



COLECCIÓN
EXPERIENCIAS NARRATIVAS

Título Original: Antología Tentativa Antonin Artaud

Compilador: Ziben Desastia

Impreso en Talleres *Editorial Deriva*, 2017

editorialderiva.org

**ANTE LA PROPIEDAD INTELECTUAL, PROMOVEMOS
INTELECTO CONTRA LA PROPIEDAD**

**ANTOLOGÍA
TENTATIVA**



**ANTONIN
ARTAUD**

Tentativa Antológica

*

ANTONIN ARTAUD

INDICE

El Ombligo de los Limbos.....	10
Carta a los Poderes.....	27
El Pesa-Nervios.....	41
En Plena Noche o El Bluff Surrealista.....	59
Heliogábalo o El Anarquista Coronado.....	69
La Cuna del Esperma.....	73
La Guerra de los Principios.....	105
La Anarquía.....	123
Van Gogh el Suicidio por la Sociedad.....	207
Artaud El Momo.....	249
Para Acabar con el Juicio de Dios.....	277
[Poemas Otros].....	303

NOTA DEL COMPILADOR

Esta compilación es lisa y llanamente ilegal, no cumple con ningún requisito de los estipulados en la Ley de Propiedad Intelectual, características que le brinda un valor adicional sin duda; una manera de incentivar la actividad editorial subterránea y suculenta, del mismo modo la lectura y la difusión.

Mi trabajo consistió básicamente en investigar en la red, primero cuáles eran los textos de Antonin disponibles; luego, seleccionar los que me parecieron no correctamente traducidos del francés, sino aquellos que en español se leían artaudianamente con más gozo (acá entra inevitablemente el juicio tanto estético como poético del compilador). El resto fue diagramación: el efectivo trabajo de obrero.

Que lo haya bautizado **Tentativa** y no Obras Completas (lo que sería pretensioso) o Antología General, fue precisamente por lo dicho anteriormente: en este libro entró el juicio deliberado del compilador, y es por lo tanto, en parte, también creación de él.

Espero, y estoy confiado, de que se disfrute de esta Tentativa Antológica; y que a la vez se hagan publicaciones de iguales características con otros autores poco difundidos o demasiado caros de adquirir.

ZIBEN DE SASTIA

El Ombligo de los Limbos (1925)

I

Allí donde otros exponen su obra yo sólo pretendo mostrar mi espíritu.

Vivir no es otra cosa que arder en preguntas.

No concibo la obra al margen de la vida.

No amo en sí misma a la creación.

Tampoco entiendo el espíritu en sí mismo.

Cada una de mis obras, cada uno de los proyectos de mí mismo, cada uno de los brotes gélidos de mi vida interior expulsa sobre mí su baba.

Estoy en una carta escrita para dar a entender el estrujamiento íntimo de mi ser, tanto como estoy en un ensayo exterior a mí mismo y que se me presenta como una indiferente incubación de mi espíritu.

Sufro que el Espíritu no halle lugar en la vida y que la vida no se encuentre en el Espíritu, sufro del Espíritu-Órgano, del Espíritu-Traducción o del Espíritu-atemorizante-de-las-cosas para hacerlas ingresar en el Espíritu.

Yo dejo este libro colgado de la vida, deseo que sea masticado por las cosas exteriores y en primer término por todos los estremecimientos acuciantes, todas las vacilaciones de mi yo por venir.

Todas estas páginas se arrastran en el espíritu como témpanos.

Perdón por mi total libertad.

Me niego a hacer diferencias entre cada minuto de mí mismo.

No acepto el espíritu planeado.

Es preciso acabar con el Espíritu como con la literatura.

Quiero decir que el Espíritu y la vida se encuentran en todos los grados.

Yo quisiera hacer un libro que altere a los hombres, que sea como una puerta abierta que los lleve a un lugar al que nadie hubiera consentido en ir, una puerta simplemente ligada con la realidad.

Y esto no es el prefacio de un libro, como tampoco lo son los poemas que lo indican en la lista de todas las furias del malestar.

Esto no es más que un témpano atragantado.

II

Una gran pasión razonadora y superpoblada arrastraba a mi yo como un puro abismo.

Resoplaba un viento carnal y sonoro, y el azufre también era denso.

Y pequeñas raíces diminutas llenaban ese viento como un enjambre de venas y su entrelazamiento fulguraba.

El espacio sin forma penetrable era calculable y crujiente.

Y el centro era un mosaico de trozos como una especie de rígido martillo cósmico, de una pesadez deformada y que sin parar cae como un muro en el espacio con un estruendo destilado.

Y la cubierta algodonosa del estruendo tenía la opción obtusa y una viva mirada que lo penetraba.

Sí, el espacio entregaba su puro algodón mental donde ningún pensamiento era todavía claro ni devolvía su descarga de objetos.

Pero paulatinamente la masa dio vueltas como una náusea potente y fangosa, una especie de fuerte flujo de sangre vegetal y detonante.

Y las ínfimas raíces trémulas en el filo de mi ojo mental se arrancaban de la masa erizada del viento a una velocidad vertiginosa.

Y todo el espacio como un sexo saqueado por el vacío ardiente del cielo, se estremeció.

Y algo como un pico de paloma real socavó la masa turbada de los estados, todo el pensamiento más hondo se diversificaba, se disipaba, se volvía claro y reducido.

Entonces era preciso que una mano se transformara en el órgano mismo de la aprehensión. Y aún dos o tres veces giró la masa artificial y cada vez, mi ojo se enfocaba sobre un sitio más exacto.

La oscuridad misma se hacía más densa y sin objeto.

Todo el hielo ganaba la claridad.

III

Dios-el-perro contigo y su lengua
que atraviesa la costra como una saeta
del doble morrión abovedado
de la tierra que le causa ardor.

Y aquí está el triángulo de agua
que se aproxima con paso de chinche
pero que bajo la chinche ardiente
se transforma en cuchillada.

Bajo los senos de la espantosa tierra
dios-la-perra se ha marchado,
de los senos de la tierra y de agua congelada
que pudren los agujeros de su lengua.

Y aquí está la virgen-del-martillo
para masticar las cuevas de la tierra
donde la calavera del perro del cielo
siente crecer el horroroso nivel.

IV

Doctor,

Hay un asunto sobre el cual hubiera querido insistir: es el de la relevancia de la cosa sobre la cual operan sus inyecciones; esta especie de languidecimiento esencial de mi ser, esta disminución de mi estiaje mental, que no quiere decir, como podría creerse, un rebajamiento cualquiera de mi moralidad (de mi alma moral) o ni siquiera de mi inteligencia, sino más bien de mi intelectualidad servible, de mis recursos razonantes, y que se relaciona más con el sentimiento que tengo yo mismo de mí mismo yo, que con lo que pongo de manifiesto a los demás de él.

Esta vitrificación sorda y polimorfa del pensamiento que en cierto momento elige su forma. Hay una vitrificación inmediata y llana del yo en el centro de todas las posibles formas, de todos los modos posibles del pensamiento.

Y, señor Doctor, ahora que usted está bien enterado de lo que puede ser alcanzado en mí (y curado por las drogas), de la zona de conflicto de mi vida, espero que sabrá suministrarme la cantidad suficiente de líquidos sutiles, de reactores especiosos, de morfina mental, capaces de sobreponer mi abatimiento, de enderezar lo que cae, de juntar lo que está separado, de reparar lo que está destruido.

Le saluda mi pensamiento.

V

DESCRIPCIÓN DE UN ESTADO FISICO

Una sensación de ardor quemante en los miembros, músculos contraídos y candentes, la sensación de estar vidriado y frágil, un miedo, una retracción ante el ruido y el movimiento. Una alteración inconsciente de la marcha, de los gestos, de los desplazamientos. Una voluntad eternamente rígida para los más simples gestos, la claudicación al ademán sencillo, una fatiga central y destructiva, una especie de fatiga mortal, de fatiga de espíritu para una utilización de la más mínima tensión muscular, el ademán de tomar, de agarrarse inconscientemente a algo, que será sostenido por una voluntad dedicada. Una fatiga de nacimiento de mundo, la sensación de cargar un cuerpo, un increíble sentimiento de fragilidad que se transforma en dolor partiente, un estado de doloroso endurecimiento, endurecimiento localizado en la epidermis, que no impide ningún movimiento pero cambia el sentimiento interior de un miembro y otorga a la posición vertical al galardón de un victorioso esfuerzo.

Probablemente localizado en la piel, pero sentido por la amputación radical de un miembro, y no ofreciendo al cerebro otra cosa que imágenes de miembros filiformes y algodonosos, de imágenes de miembros distantes y que está fuera de su lugar. Una especie de quebradura interna de la correspondencia de todos los miembros.

Un vértigo desplazándose, una especie de pasmo oblicuo que se añade a todo esfuerzo, una coagulación de calor que oprime toda la superficie del cráneo, o se quiebra en pedazos, placas de calor en movimiento.

Un dolor paroxístico del cráneo, una incisiva presión de los nervios, la nuca agarrada al sufrimiento, las sienes que se cristalizan o se marmorizan, una cabeza pateada por
caballos.

Ahora habría que referirse a una descorporización de la realidad, de esa especie de ruptura abocada, se diría, a reproducirse por sí misma entre las cosas y el sentimiento que ellas causan en nuestro espíritu, el lugar que ellas
deben ocupar.

Esta ordenación inmediata de las cosas en las células del espíritu, no tanto en su orden lógico como en su orden sentimental, afectivo.

(que ya no se hace):

las cosas no tienen olor, no tienen sexo. Pero su ordenación lógica a veces también está partida por la falta, justamente, de aliento afectivo. Las palabras se pudren en el llamado inconsciente del cerebro, las palabras todas para no interesa qué operación mental, y sobre todo aquellas que pulsan los resortes más corrientes, los más activos del espíritu.

Un vientre aplanado. Un vientre de polvo fino y como en foco. Debajo del vientre una granada reventada.

La granada expande un flujo de copos que se eleva como lenguas de fuego, un fuego helado.

El flujo se agarra del vientre y lo hace girar. Pero el vientre
no da más vueltas.

Son venas de sangre como vino, de sangre combinada con

azufre y azafrán pero con un azufre endulzado con agua. Sobre el vientre sobresalen los senos. Y más hacia arriba y en profundidad, pero en otro plano del espíritu un sol enardecido de manera que se podría pensar que es el seno el que arde. Y un pájaro al pie de la granada.

El sol parece que tuviera una mirada. Pero una mirada que estaría mirando el sol. Y el aire todo es una como una melodía gélida pero una extensa, honda melodía bien compuesta y secreta y colmada de ramificaciones congeladas.

Y todo construido con columnas, y con una especie de aguada arquitectónica que une el vientre con la realidad.

La tela está ahuecada y estratificada. La pintura está muy prensada a la tela. Es como un círculo que se cierra sobre sí mismo, una suerte de abismo en movimiento que se parte por el medio. Es como un espíritu que se ve y se ahueca, está modelado y trabajado sin cesar por las manos crispadas del espíritu. Mientras tanto el espíritu siembra su fósforo.

El espíritu está seguro. Tiene un pie bien apoyado en este mundo. El vientre, los senos, la granada, son como evidencias testimoniales de la realidad. Hay un pájaro muerto y hay un abundante surgimiento de columnas. El aire está plagado de golpes de lápices como de golpes de cuchillos, como de esquirlas de uña mágica. El aire está

suficientemente alterado.

Así donde germina una semilla de irrealidad se dispone en células.

Las células se colocan cada una en su lugar, en abanico, rodeando el vientre, delante del sol más lejos del pájaro y sobre ese flujo de agua sulfurosa.

Pero la arquitectura que sostiene y no dice nada es indiferente a las células.

Cada célula contiene un huevo donde se destaca ¿qué germen? Repentinamente nace un huevo en cada célula. En cada uno hay un hormigueo inhumano pero límpido, Las diversificaciones de un universo detenido.

Cada célula contiene bien su huevo y nos lo ofrece; pero al huevo no le importa demasiado ser elegido o rechazado.

Algunas células no llevan huevo. En algunas crece una espiral. Y en el aire cuelga una espiral más grande pero como azufrada, de fósforo todavía y cubierta de irrealidad.

Y esta espiral tiene toda la relevancia del pensamiento más potente.

El vientre lleva a recordar la cirugía y la Morgue, la bodega, la plaza pública y la mesa de operaciones. El cuerpo del vientre parece tallado en granito o en mármol o en yeso,

pero un yeso endurecido. Hay un casillero para una montaña.

Las burbujas del cielo dibuja sobre la montaña

una aureola fresca y translúcida. Alrededor de la montaña

el aire es sonoro, compasivo, antiguo, prohibido. La entrada

a la montaña está prohibida. La montaña tiene su lugar

en el alma. Ella es el horizonte de algo que no deja de retroceder.

Produce la impresión del horizonte infinito.

Y yo describo con lágrimas esta pintura porque esta pintura me toca el corazón.

En ella siento desplegarse mi pensamiento como en un

espacio ideal, absoluto, pero un espacio que tendría

una forma posible de ser insertada en la realidad.

Caigo en ella

del cielo.

Y alguna de mis fibras se desata y encuentra un lugar en determinados casilleros. A ella regreso como a mi fuente,

allí siento el lugar y la disposición de mi espíritu.
El que ha pintado esa tela es el más grande pintor del mundo.
A André Mason lo que es justo.

VI

POETA NEGRO

Poeta negro, te obsesiona
un seno de doncella
poeta amargo, la vida se agita
y arde la ciudad
y el cielo se diluye en agua,
y tu pluma punza el corazón de la vida.

Selva, selva, ojos irisados
sobre pináculos que se multiplican
hilos de tormenta, los poetas
montan caballos, montan perros.

Los ojos se enardecen, las lenguas giran
el cielo fluye hacia las fosas nasales
como una leche azul y nutritiva;
estoy atento a sus bocas
mujeres, rígidos corazones de vinagre.

VII

CARTA AL SEÑOR LEGISLADOR DE LA LEY DE ESTUPEFACIENTES

Señor legislador

Señor legislador de la ley de 1916 aprobada por decreto de julio de 1917 sobre estupefacientes, usted es un castrado.

Su ley sólo sirve para fastidiar la farmacia del mundo sin beneficio alguno para el nivel toxicómano de la nación porque

1° La cantidad de toxicómanos que se proveen en las farmacias es insignificante;

2° Los auténticos toxicómanos no se proveen en las farmacias;

3° Los toxicómanos que se proveen en las farmacias son todos enfermos;

4° La cantidad de toxicómanos enfermos es insignificante en comparación con la de los toxicómanos voluptuosos;

5° Las reglamentaciones farmacéuticas de la droga jamás reprimirán a los toxicómanos voluptuosos y organizados;

6° Nunca dejará de haber traficantes;

7° Nunca dejará de haber toxicómanos por vicio, por pasión;

8° Los toxicómanos enfermos tienen un derecho imprescriptible sobre la sociedad y es que los dejen en paz.

Es por sobre todas las cosas un asunto de conciencia.

La ley de estupefacientes deja en manos del inspector usurpador de la salud pública el derecho de disponer del sufrimiento de los hombres; es una arrogancia peculiar de la medicina moderna pretender imponer sus reglas a la conciencia de cada uno. Todos los berridos oficiales de la ley no tienen poder para actuar frente a este hecho de conciencia: a saber que soy mucho más dueño de mi sufrimiento que de mi muerte. Todo hombre es juez, y único juez, del grado de sufrimiento físico, o también de vacuidad mental que pueda verdaderamente tolerar.

Lucidez o no, hay una lucidez que nunca ninguna enfermedad me podrá arrebatarse es la lucidez que me dicta el sentimiento de mi vida física. Y si yo he perdido mi lucidez la medicina no tiene nada más que hacer que darme las sustancias que me permitan recuperar el uso de esta lucidez.

Señores dictadores de la escuela farmacéutica de Francia ustedes son unos sucios pedantes y hay algo que debieran considerar mejor: el opio es esa imprescriptible y suprema sustancia que permite reenviar a la vida de su alma a aquellos que han tenido la desgracia de haberla perdido.

Hay un mal contra el cual el opio es irreemplazable y este mal se llama Angustia, en su variante mental, médica, psicológica, lógica o farmacéutica, como a ustedes les guste.

La Angustia que hace a los locos.

La Angustia que hace a los suicidas.

La Angustia que hace a los condenados.

La Angustia que la medicina desconoce.

La Angustia que su doctor no entiende.

La Angustia que arranca la vida.

La Angustia que corta el cordón umbilical de la vida.

Por su infame ustedes dejan en manos de gente en la que no tengo ninguna confianza, castrados en medicina, farmacéuticos de mierda, jueces fraudulentos, parteras, doctores, inspectores doctorales, el derecho a disponer de mi angustia, de una angustia que en mí es tan mortal como las agujas de todas las brújulas del infierno.

¡Convulsiones del cuerpo o del alma, no existe sismógrafo humano que permita a quien me mire, llegar a una evaluación de mi sufrimiento más exacta que aquella fulminante de mi espíritu!

Toda la incierta ciencia de los hombres no es superior al conocimiento inmediato que puedo tener de mi ser. Soy el único juez de lo que hay en mí.

Regresen a sus cuevas, médicos parásitos, y usted también señor Legislador Moutonnier que usted no delira por amor de los hombres sino por tradición de imbecilidad. Su ignorancia total de ese que es un hombre sólo es equiparable a su idiotez pretendiendo limitarlo. Deseo que su ley caiga sobre su padre, su madre, su mujer y sus hijos y toda su posteridad. Mientras tanto yo aguanto su ley.

VIII

Allí donde tiemblan vitriolos vivientes
los poetas elevan sus manos,
el cielo ídolo sobre las mesas
se vuelve sobre sí mismo, y el fino sexo

empapa una lengua de hielo
en cada agujero, en cada lugar
que al avanzar el cielo deja libre.

El suelo está emparedado de almas
y de mujeres con un sexo hermoso
donde los minúsculos cadáveres
reflejan sus momias.

IX

Hay una angustia agria y turbia, tan aguda como un cuchillo y donde el descuartizamiento tiene el peso de la tierra, una angustia en centellas, en suspensión de abismos, oprimidos y apretados como chinches, como una suerte de piojos rígidos con sus patas paralizadas, una angustia donde se estrangula el espíritu y se corta a sí mismo, -se aniquila.

No consume nada que no le sea propio, nace de su propia asfixia.

Es un congelamiento de la médula, una falta de fuego mental, una falta de movimiento de la vida.

Pero la angustia del opio tiene otro color, no tiene esta declinación metafísica vertiginosa, este maravilloso defecto de acento.

La imagino colmada de cuevas y ecos, de vueltas, de laberintos; colmada de lenguas de fuego hablantes, de ojos mentales en acción y del estruendo de un rayo sombrío y pleno de razón.

Pero entonces me imagino el alma bien ubicada y aún así en el infinito divisible y transportable como algo que es.

Imagino el alma que siente y lucha y otorga consentimiento y hace girar a sus lenguas en todas direcciones, prolifera su sexo -y se mata.

Es preciso conocer la auténtica nada deshilachada, la nada que ya no tiene órgano.

La nada del opio tiene en sí como la forma de la frente que piensa, que ha localizado el sitio del agujero negro.

Yo me refiero a la ausencia de agujero, de cierto sufrimiento helado y sin imágenes, sin emociones y que resulta como un golpe indecible de abortos.

Carta a los Poderes (1925)

I

A LA MESA

Abandonen las cavernas del ser. Vengan, el espíritu alienta fuera del espíritu. Ya es hora que dejen sus viviendas. De ceder al Omni-Pensamiento. Lo maravilloso está en la raíz del espíritu.

Nosotros estamos dentro del espíritu, en el interior de la cabeza. Ideas, lógica, orden, Verdad (con V mayúscula), Razón: todo lo ofrecemos a la nada de la muerte. Cuidado con sus lógicas, señores, cuidado con sus lógicas; no imaginan hasta dónde puede llevarnos nuestro odio a la lógica.

La vida, en su fisonomía llamada real, sólo se puede determinar mediante un alejamiento de la vida, mediante un suspenso impuesto al espíritu; pero la realidad no está allí. No hay, pues, que venir a fastidiarnos en espíritu a nosotros, que apuntamos hacia cierta eternidad superreal, a nosotros que desde hace ya tiempo no nos consideramos del presente y somos para nosotros como nuestras sombras reales.

Aquel que nos juzga no ha nacido al espíritu, a ese espíritu que nos referimos y que está, para nosotros, fuera de lo que ustedes llaman espíritu. No hay que llamar demasiado nuestra atención hacia las condenas que nos unen a la imbecilidad petrificante del espíritu. Nosotros hemos atrapado una nueva bestia. Los cielos responden a nuestra actitud de absurdo insensato. El hábito que tienen todos ustedes de dar la espalda a las preguntas no impedirá que los cielos se abran el día

establecido, y que un nuevo lenguaje se instale en medio de sus imbéciles de sus pensamientos.

Hay signos en el Pensamiento. Nuestra actitud de absurdo y de muerte es la de mayor receptividad. A través de las hendiduras de una realidad en adelante no viable, habla un mundo voluntariamente sibilino.

II MENSAJE AL PAPA

No eres tú el confesionario, ¡oh Papa!, lo somos nosotros; compréndenos y que los católicos nos comprendan. En nombre de la Patria, en nombre de la Familia, impulsas a la venta de las almas y a la libre trituración de cuerpos.

Entre nuestra alma y nosotros mismos, tenemos bastantes caminos que transitar, bastantes distancias que salvar, para que vengan a interponerse tus tambaleantes sacerdotes y ese cúmulo de aventuradas doctrinas con que se nutren todos los castrados del liberalismo mundial. A tu dios católico y cristiano que -como los otros dioses- ha concebido todo el mal:

1. Te lo has metido en el bolsillo.
2. Nada tenemos que hacer con tus cánones, índices, pecados, confesionarios, clerigalla; pensamos en otra guerra, una guerra contra ti, Papa, perro.

Aquí el espíritu se confiesa al espíritu.

De la cabeza a los pies de tu mascarada romana, triunfa el odio a las verdades inmediatas del alma, a esas llamas que consumen el espíritu mismo. No hay Dios, Biblia o Evangelio, no hay palabras que detengan al espíritu.

No estamos en el mundo. ¡Oh Papa confinado en el mundo!, ni la tierra ni Dios hablan de ti.

El mundo es el abismo del alma; déjanos nadar en nuestro cuerpo, deja nuestras almas en nuestras almas; no necesitamos tu cuchillo de claridades.

III

MENSAJE AL DALAI- LAMA

Somos tus fieles servidores, ¡Oh Gran Lama!, concédenos, envíanos tu luz en un lenguaje que nuestros contaminados espíritus de europeos puedan comprender, y si es necesario cambia nuestro Espíritu, créanos un espíritu vuelto por entero hacia esas cimas perfectas donde el Espíritu del Hombre ya no sufre.

Créanos un Espíritu sin hábitos, un espíritu cuajado verdaderamente en el Espíritu, o un Espíritu con hábitos más puros -los tuyos- si ellos son aptos para la libertad.

Estamos rodeados de papas decrepitas, de profesionales de la literatura, de críticos, de perros; nuestro espíritu está entre perros, que inmediatamente piensan a ras de tierra, que irremediablemente piensan en el presente. Enséñanos, Lama, la levitación material de los cuerpos, y cómo evitar ser retenidos por la tierra.

Porque tú bien sabes a qué liberación transparente de las almas, a qué libertad del espíritu en el Espíritu aludimos, ¡Oh Papa aceptable!, ¡oh Papa de Espíritu verdadero!

Con el ojo interior te contemplo ¡Oh Papa!, en la cumbre de lo interior. Es en ese interior donde me asemejo a tí, yo, germinación, idea, labio, levitación, suelo, grito, renunciamiento a la idea, suspendido entre todas las formas y a la espera sólo del viento.

IV

CARTA A LOS REDACTORES DE LAS UNIVERSIDADES EUROPEAS

Señor Rector:

En la estrecha cisterna que llamas “Pensamiento” los rayos del espíritu se pudren como parvas de paja. Basta de juegos de palabras, de artificios de sintaxis, de malabarismos formales; Hay que encontrar -ahora- la gran Ley del corazón, la Ley no sea una ley, una prisión, sino una guía para el Espíritu perdido en su propio laberinto. Más allá de aquello que la ciencia jamás podrá alcanzar, allí donde los rayos de la razón se quiebran contra las nubes, ese laberinto existe, núcleo en el que convergen todas las fuerzas del ser, las últimas nevaduras del Espíritu. En ese dédalo de murallas movedizas y siempre trasladadas, fuera de todas las formas conocidas de pensamiento, nuestro espíritu se agita espiando sus más secretos y espontáneos movimientos, esos que tienen un carácter de revelación, ese aire de venidos de otras partes, de caído del cielo.

Pero la raza de los profetas se ha extinguido. Europa se cristaliza, se momifica lentamente dentro de las ataduras de sus fronteras, de sus fábricas, de sus tribunales, de sus Universidades. El Espíritu “helado” cruje entre las planchas minerales que lo oprimen. Y la culpa es de sus sistemas enmohecidos, de su lógica de dos y dos son cuatro, la es de ustedes -Rectores- atrapados en la red de los silogismos. Fabrican ingenieros, magistrados, médicos a quienes escapan

los verdaderos misterios del cuerpo, las leyes cósmicas del ser; falsos sabios, ciegos en el más allá, filósofos que pretenden reconstruir el Espíritu. El más pequeño acto de creación espontánea constituye un mundo más complejo y más revelador que cualquier sistema metafísico. Déjennos, pues, Señores; tan sólo son usurpadores. ¿Con qué derecho pretenden canalizar la inteligencia y extender diplomas de Espíritu?

No saben nada del Espíritu, ignoran sus más ocultas y esenciales ramificaciones, esas huellas fósiles tan próximas a nuestros propios orígenes, esos rastros que a veces alcanzamos a localizar en los yacimientos más oscuros de nuestro cerebro.

En nombre de su propia lógica, les decimos: la vida apesta, señores. Contemplan por un instante sus rostros, y consideren sus productos. A través de las cribas de sus diplomas, pasa una juventud demacrada, perdida. Son la plaga de un mundo, Señores, y buena suerte para ese mundo, pero que por lo menos no se crean la cabeza de la humanidad.

V

CARTA A LOS DIRECTORES DE LOS ASILOS DE LOCOS

Señores:

Las leyes, las costumbres, les conceden el derecho de medir el espíritu. Esta jurisdicción soberana y terrible, ustedes la ejercen con su entendimiento. No nos hagan reír. La credulidad de los pueblos civilizados, de los especialistas, de los gobernantes, reviste a la psiquiatría de inexplicables luces sobrenaturales. La profesión que ustedes ejercen está juzgada de antemano. No pensamos discutir aquí el valor de esa ciencia, ni la dudosa realidad de las enfermedades mentales. Pero por cada cien pretendidas patogenias, donde se desencadena la confusión de la materia y del espíritu, por cada cien clasificaciones donde las más vagas son también las únicas utilizables, ¿cuántas nobles tentativas se han hecho para acercarse al mundo cerebral en el que viven todos aquellos que ustedes han encerrado? ¿Cuántos de ustedes, por ejemplo, consideran que el sueño del demente precoz o las imágenes que lo acosan, son algo más que una ensalada de palabras? No nos sorprende ver hasta qué punto ustedes están por debajo de una tarea para la que sólo hay muy pocos predestinados. Pero nos rebelamos contra el derecho concedido a ciertos hombres -incapacitados o no- de dar por terminadas sus investigaciones en el campo del espíritu con un veredicto de

encarcelamiento perpetuo. ¡Y qué encarcelamiento! Se sabe -nunca se sabrá lo suficiente- que las asilos, lejos de ser “asilos”, son cárceles horrendas donde los reclusos proveen mano de obra gratuita y cómoda, y donde la brutalidad es norma. Ustedes toleran todo esto. El hospicio de alienados, bajo el amparo de la ciencia y de la justicia, es comparable a los cuarteles, a las cárceles, o los penales.

No nos referimos aquí a las internaciones arbitrarias, para evitarles las molestias de un fácil desmentido. Afirmamos que gran parte de sus internados -completamente locos según la definición oficial- están también reclusos arbitrariamente. Y no podemos admitir que se impida el libre desenvolvimiento de un delirio, tan legítimo y lógico como cualquier otra serie de ideas y de actos humanos. La represión de las reacciones antisociales es tan quimérica como inaceptable en principio. Todos los actos individuales son antisociales. Los locos son las víctimas individuales por excelencia de la dictadura social. Y en nombre de esa individualidad, que es patrimonio del hombre, reclamamos la libertad de esos galeotes de la sensibilidad, ya que no está dentro las facultades de la ley el condenar a encierro a todos aquellos que piensan y obran.

Sin insistir en el carácter verdaderamente genial de las manifestaciones de ciertos locos, en la medida de nuestra aptitud para estimarlas, afirmamos la legitimidad absoluta de su concepción de la realidad y de todos los actos que de ella derivan.

Esperamos que mañana por la mañana, a la hora de la visita médica, recuerden esto, cuando traten de conversar sin léxico con esos hombres sobre los cuales -reconózcanlo- sólo tienen la superioridad que da la fuerza.

VI

CARTA A LAS ESCUELAS DE BUDA

Ustedes que no están en la carne, que saben en qué punto de su trayectoria carnal, de su vaivén insensato, el alma encuentra el absoluto, la palabra nueva, la tierra inferior. Ustedes que saben cómo uno da vueltas en el pensamiento y cómo el espíritu puede salvarse a sí mismo. Ustedes que son interiores a ustedes mismos, que no tienen un espíritu a nivel de la carne: aquí hay manos que no se limitan a tomar, cerebros que ven más allá de un bosque de techos, de un florecer de fachadas, de un pueblo de ruedas, de una actividad de fuego y mármoles. Aunque avance ese pueblo de hierro, aunque avancen las palabras escritas con la velocidad de la luz, aunque avancen los sexos uno hacia otro con la violencia de un cañonazo, ¿qué habrá cambiado en las rutas del alma, qué en los espasmos del corazón, en la insatisfacción del espíritu?

Por eso, arrojen al agua a todos esos blancos que llegan con sus cabezas pequeñas y sus espíritus bien manejados. Es necesario ahora que esos perros nos oigan: no hablamos del viejo mal humano. Nuestro espíritu sufre de otras necesidades que las inherentes a la vida. Sufrimos de una podredumbre, la podredumbre de la Razón.

La lógica Europea aplasta sin cesar al espíritu entre los martillos de los de dos términos opuestos, abre el

espíritu y lo vuelve a cerrar. Pero ahora el estrangulamiento ha llegado al colmo, ya hace demasiado tiempo que padecemos bajo el yugo. El espíritu es más grande que el espíritu, la metamorfosis de la vida son múltiples. Como ustedes, rechazamos el progreso: vengan, tiren abajo nuestras viviendas.

Que sigan todavía nuestros escribas escribiendo, nuestros periodistas cacareando, nuestros críticos mascullando, nuestros usureros deslizándose en sus moldes de rapiña, nuestros políticos perorando y nuestros asesinos legales incubando sus crímenes en paz. Nosotros sabemos - sabemos muy bien- qué es la vida. Nuestros escritores, nuestros pensadores, nuestros doctores, nuestros charlatanes coinciden en esto: en frustrar la vida.

Que todos esos escribas escupan sobre nosotros, que nos escupan por costumbre o por manía, que nos escupan porque son castrados de espíritu, porque no pueden percibir los matices, los barros cristalinos, las tierras giratorias donde el espíritu encumbrado del hombre se transforma sin cesar. Nosotros hemos captado el pensamiento mejor. Vengan. Sávennos de estas larvas. Inventen para nosotros nuevas viviendas.

El Pesa-Nervios (1927)

I

EL PESA-NERVIOS

De verdad he sentido que partías la atmósfera a mi alrededor, que hacías el vacío para permitirme avanzar para hacer el lugar de un espacio imposible a lo que en mí se encontraba todavía sólo en potencia, a toda una virtual fecundación y que debía nacer atraída por el lugar que se le ofrecía.

A menudo me he puesto en ese estado de absurdo imposible, para intentar que el pensamiento nazca en mí.

En esta época somos sólo algunos los empeñados en atentar contra las cosas, en crear espacios para la vida en nosotros, espacios que no había ni parecía que tenían que encontrar lugar en el espacio.

Siempre me resultó sorprendente esa obstinación del espíritu que pretende pensar en espacios y en dimensiones y afincarse en algunos estados arbitrarios de las cosas para pensar; en pensar en tramos, en cristaloides y que cada forma del ser quede solidificada desde el principio, que el pensamiento no esté en conexión apremiante y permanente con las cosas, sino que esa fijeza y ese hielo, esa suerte de colocación en movimiento del alma se produzca, por decirlo de alguna manera, ANTES DEL PENSAMIENTO.

Evidentemente esa es la condición adecuada para crear.

Pero más me sorprende esa incansable, esa meteórica ilusión que nos sugieren ciertas arquitecturas circunscritas, pesadas; esos tramos de alma cristalizados como si fueran una gigante página plástica y en ósmosis con el resto de realidad.

Y la surrealidad es como un angostamiento de la ósmosis, una especie de comunicación verbal replegada hacia atrás.

Sin embargo no veo en eso un decrecimiento del control, por el contrario veo un mayor control pero que en lugar de actuar, desconfía, un

control que obstaculiza los encuentros de la realidad corriente y da lugar a encuentros más sutiles y enrarecidos, encuentros afinados como la soga que se enciende y nunca se corta.

En virtud de esos encuentros, imagino un alma elaborada y como sulfurada y fosforosa, como si no hubiera otro estado aceptable de la realidad.

Pero no sé que clase de lucidez innominada, extraña, es la que me da el tono y el grito de aquellos y hace que los sienta en mí mismo.

Los advierto a causa de una insoluble totalidad, quiero decir que no tengo dudas acerca de su sensación.

Y ante esos agitados encuentros yo estoy en un estado de mínima alteración, quisiera que uno pudiera imaginar una nada detenida, una masa de espíritu reclusa en algún sitio, transformada en virtualidad.

A un actor se lo ve como detrás de un vidrio.

La inspiración graduada.

No debe dejarse demasiado lugar a la literatura.

Sólo me he referido a la relojería del alma, sólo transcribí el dolor de un ajuste malogrado.

Soy un total abismo.

Aquellos que me creían capaz de un dolor íntegro, de un hermoso dolor, de angustias completas y carnosas, de angustias que son una combinación de objetos, una pulverización efervescente de fuerzas y no un punto detenido -y sin embargo con impulsos agitados, desarraigantes que provienen de la confrontación de mis fuerzas con esos abismos de un absoluto ofertado, (de la confrontación de fuerzas de volumen poderoso) y no hay ya más que abismos voluminosos, la detención, el frío, -aquellos que me han atribuido más vida, que me han imaginado en un menor grado de mi caída, que han supuesto que me encontraba como sumergido en un impulso torturado, en una tenebrosa oscuridad con la que me debatía, -están extraviados en las tinieblas del hombre.

Los nervios tensos a lo largo de las piernas en el sueño.

El sueño se generaba en un desplazamiento de creencia, el abrazo se ablandaba, lo insólito andaba por los pies.

Es preciso que se comprenda que toda la inteligencia no es otra cosa que una extensa eventualidad, y que se la puede perder ya no como el alienado inerte, sino como el ser vivo que está en la vida y que sobre él recae la atracción y el soplo (no de la vida, sino de la inteligencia)

Los parpadeos de la inteligencia y ese repentino trastocamiento de las partes.

Las palabras a medio camino de la inteligencia.

Esa suerte de poder pensar hacia atrás y de invectivar repentinamente su pensamiento.

Ese diálogo en el pensamiento.

La asimilación, la fractura de todo.

Y de pronto esa línea de agua sobre un volcán, la caída leve y demorada del espíritu.

Encontrarse otra vez en un estado de máxima conmoción, despejado de irrealidad, con trozos del mundo real en un rincón de sí mismo.

Pensar sin mínima fractura, sin artilugios de pensamiento, sin uno de esos abruptos escamoteos a los cuales mis médulas están habituadas como columnas transmisoras de corrientes.

A veces mis médulas se entretienen con esos juegos, se satisfacen en esos juegos, se satisfacen en esos raptos sigilosos a los que gobierna la cabeza de mi pensamiento.

Sólo me bastaría una palabra, a veces nada más que una sílaba sin importancia para ser grande, para hablar con la voz de los profetas, una sílaba testimonio, una sílaba precisa, sutil, una sílaba bien añejada en mis médulas, surgida de mí mismo, que permaneciera en el punto máximo de mi ser y que no significara nada para todo el mundo.

Soy testigo de mí mismo, el único testigo.

De esa cubierta de palabras, esas casi imperceptibles trasmutaciones de mi pensamiento en voz baja, de esa mínima zona de mi pensamiento que yo hago parecer que estaba formulada y que aborta, soy el único juez capaz de suponer su alcance.

Una especie de mengua constante del nivel normal de la realidad.

Bajo esta cáscara de hueso y de piel que es mi cabeza hay una constante de angustias, no como un asunto moral, como los razonamientos de una naturaleza estúpidamente puntillosa, o acostumbrada por un sedimento fermentado de ambiciones en el sentido de la altura, sino como una (decantación) en el interior, como el despojamiento de mi sustancia vital, como el extravío de la fuerza física esencial (digo extravío por parte de la esencia) de un sentido.

Una impotencia para cristalizar de manera inconsciente el punto partido del automatismo sea cual fuere su grado.

Lo difícil es encontrar su lugar adecuado y volver a establecer la comunicación con uno mismo.

El todo está en una especie de floculación de las cosas, en la unión de toda ese pedregullo mental que gira en torno a un punto que es precisamente el que hay que encontrar.

Y lo que yo pienso del pensamiento es:

CIERTAMENTE EXISTE LA INSPIRACION.

Y hay un punto fosforoso donde se recupera toda la realidad, pero distinta, metamorfoseada, -¿y por qué?-, un punto de uso mágico de las cosas.

Y yo creo en aerolitos mentales, en cosmogonías individuales.

Saben en qué consiste la sensibilidad suspendida, esa especie de vitalidad terrorífica y partida en dos, ese punto de aglutinación necesaria a la que el ser ya no se eleva más, ese sitio amenazante, ese lugar que horroriza.

Queridos amigos:

Lo que ustedes han tratado como mis obras eran sólo los deshechos de mí mismo, esos arañazos del alma que el hombre común no acoge.

Que desde entonces mi mal haya retrocedido o avanzado, no es donde está para mí la cuestión, sino en el dolor y la sideración persistente de mi espíritu.

Ahora estoy de regreso en M., donde he recuperado la sensación de embotamiento y de vértigo, esa necesidad impostergable y alocada de dormir, esa pérdida repentina de mis fuerzas con un sentimiento de enorme dolor de embrutecimiento instantáneo.

Hay aquí alguien en cuyo espíritu no se endurece ningún sitio y no siente de repente su alma a la izquierda, a un costado del corazón.

Alguien para quien la vida es un punto y para quien el alma no tiene fragmentos, ni el espíritu tiene comienzos.

Por supresión del pensamiento soy imbécil, por malformación del pensamiento, estoy vacío por estupefacción de mi lengua.

Mal-formación, malaglutinación de un cierto número de esos corpúsculos vitreos de los cuales tú haces un uso tan poco considerado.

Un uso que desconoces, del que nunca has tomado parte.

Todos los términos que selecciono para pensar son para mí TERMINOS en el propio sentido de la palabra, auténticas terminaciones, lindes de mi mente, de todos los estados por los que hecho pasar mi pensamiento.

Estoy auténticamente LOCALIZADO por mis términos, y si afirmo que estoy localizado por mis términos, es porque no los considero como válidos en mi pensamiento.

Estoy verdaderamente congelado por mis términos, por una serie de terminaciones.

Y por FUERA que ande en este momento mi pensamiento, sólo puedo hacerlo pasar por esos términos, tan controvertidos para él, tan

paralelos, tan confusos como puedan ser, con el riesgo de dejar, en esos momentos, de pensar.

Si uno al menos pudiera disfrutar de su nada, si uno pudiese reposar en su nada y que esa nada no fuera una especie de ser pero tampoco la muerte total.

Es tan tortuoso no existir más, dejar de ser en alguna cosa.

El dolor verdadero es sentir en uno mismo cómo se desplaza el pensamiento.

Pero el pensamiento en sí no es un sufrimiento.

Estoy en el punto en que la vida ya no me concierne, pero con todos los apetitos y el parpadeo insistente del ser dentro de mí.

Sólo tengo una ocupación, rehacerme.

No hay una concordancia de las palabras con el minuto de mis estados.

"Pero si es algo normal, pero si a todo el mundo le faltan palabras, usted es demasiado duro con usted mismo, al escucharlo no da esa impresión, usted se expresa perfectamente en francés, pero le da una importancia excesiva a las palabras."

Son todos unos farsantes, desde el inteligente hasta el obtuso, desde el astuto hasta el torpe, son unos cretinos, quiero decir que ustedes son todos unos perros, quiero decir que ladran hacia fuera, que se empecinan en no comprender.

Me conozco y eso me es suficiente, y eso debe ser suficiente, me conozco porque asisto a mí mismo, asisto a Antonin Artaud.

- Usted se conoce pero lo vemos, vemos perfectamente lo que hace.

- Sí, pero ustedes no ven mi pensamiento.

En cada uno de los estados de relojería pensante hay agujeros, detenciones, entiéndanme bien, no quiero decir en el tiempo, quiero decir en una cierta clase de espacio (yo me entiendo); no me refiero a un pensamiento en extensión, un pensamiento en duración de pensamientos, quiero decir UN pensamiento, uno solo, y un

pensamiento EN INTERIOR, pero no quiero decir un pensamiento de Pascal, un pensamiento filosófico, quiero decir la detención deformada, la esclerosis de cierto estado.

¡Y entiende! Me considero en mi niñez.

Pongo el dedo en el punto exacto de la grieta, del desplazamiento inconfesado.

Ya que el espíritu es más reptiloide que ustedes mismos.

Señores, se esconde como la serpiente, se esconde hasta amenazar a nuestras lenguas, quiero decir hasta dejarlas en suspenso.

Soy ese, el que mejor ha sentido el asombroso desconcierto de su lengua en sus relaciones con el pensamiento.

Soy el que mejor ha ubicado el punto de sus más secretos, de sus más insospechables desplazamientos.

Me extravió auténticamente en mis pensamientos, como en un sueño, como se introduce súbitamente en su pensamiento.

Yo soy el que conoce los escondrijos de la pérdida.

Toda escritura es una cochinada.

Los que salen de la vaguedad para querer determinar lo que sea de lo que pasa en su pensamiento son unos cochinos.

Todos los literatos son cochinos y en especial los de esta época.

Todos los que en su espíritu tienen hitos, en cierto lugar de la cabeza es lo que quiero decir; en lugares bien localizados de su cerebro, todos esos que son amos de su lengua, todos esos para quienes las palabras tienen algún sentido, para quienes existen niveles en el alma y corrientes en el pensamiento, aquellos que se consideran el espíritu de su época, y que han encasillado esas corrientes de pensamiento; pienso en sus tareas específicas, y en ese rechinar de autómatas que causa su espíritu en cualquier parte;
- son unos cochinos.

Esos que creen que las palabras tienen un sentido y ciertas maneras de ser, esos que tan bien hacen cumplidos, esos para quienes hay en los sentimientos clases y discuten sobre un grado cualquiera de sus absurdas clasificaciones, los que todavía creen en "términos", esos que agitan ideologías que se van establecido en la época, esos cuyas mujeres hablan tan correctamente y que hablan de las ideas del momento, esos que todavía creen en una dirección del espíritu, esos que siguen caminos, que elevan nombres, que hacen vociferar las páginas de los libros, - esos son los peores cochinos.

¡Muchacho, eres arbitrario!

No, pienso en críticos barbudos.

Y ya se los he dicho: nada de obras, nada de lengua, ninguna palabra, nada de espíritu, nada.

Nada, sólo un hermoso Pesa-nervios.

Una especie de zona incomprensible y bien erecta en el centro de todo el espíritu.

Y no esperen que les nombre ese todo, en cuántas partes se divide, que les diga cuánto pesa, que marche, que me preste a discutir sobre ese todo y que en la disputa me pierda y me ponga así sin saberlo a PENSAR -y que se esclarezca, que viva, que se cubra de infinidad de palabras todas bien saturadas de sentido, todas diversas y capaces de echar luz sobre las actitudes, todos los matices de un muy sensitivo y penetrante pensamiento.

¡Ah! esos estados que nunca se nombran, esos eminentes estados del alma, ¡ah! esos intervalos del espíritu, ¡ah! ínfimos frustrados que son el pan cotidiano de mis horas, ah, ese pueblo rumiante de datos, siempre son las mismas palabras las que me sirven y en verdad no parezco desplazarme demasiado en mi pensamiento, pero me muevo más que ustedes en la realidad, cabezas de asnos, cochinos pertinentes, maestros del fraudulento verbo, cachivacheros de

retratos, folletinistas, rastreros, entomólogos, herboristas, llaga de mi lengua.

Ya les he dicho: que yo ya no tenga mi lengua no es una razón para que ustedes persistan, para que se obstinen con la lengua.

Dentro de diez años seré comprendido por esos que hoy harán lo que ustedes hacen.

Se conocerán entonces mis témpanos, se verán mis hielos, habrán aprendido a desnaturalizar mis venenos, se descubrirán los juegos de mi alma.

Entonces todos mis cabellos estarán condensados en cal, todas mis venas mentales, entonces se observará mi bestiario, y mi música se habrá transformado en un sombrero.

Entonces se verá salir humo de las juntas de las piedras y ramos umbríos de ojos mentales se solidificarán en glosarios, se verán entonces caer aerolitos de piedras, entonces se verán sogas, entonces se comprenderá la geometría sin espacios y se aprenderá lo que es la disposición del espíritu y también se comprenderá por qué mi espíritu no está aquí, entonces verán agotarse todas las lenguas, disecarse todos los espíritus, entumecerse la totalidad de las lenguas, las figuras humanas se achatarán, se consumirán como siendo chupadas por ventosas secantes, y esa tela lubricante seguirá dotando en el aire, esa tela lubricante y cáustica, esa membrana de doble espesor, de múltiples grados, de incontables grietas, esa membrana melancólica y vitrea, pero tan sensible, tan adecuada también, tan capaz de multiplicarse, de desmontarse, de volverse sobre sí con sus reverberaciones de grietas, de sentidos, de estupefacientes, de irrigaciones penetrantes y venosas, entonces todo esto les parecerá bien, y ya no será preciso que yo hable.

II

PRIMERA CARTA CONYUGAL

Cada una de tus cartas aumenta la incomprensión y la estrechez de espíritu de las anteriores; juzgas con tu sexo y no con tu pensamiento como lo hacen todas las mujeres. Confundirme yo, con tus razones. ¡Te burlas! Pero lo que me irritaba era verte volver sobre las razones que hacían tabla rasa sobre mis razonamientos, cuando uno de esos mismos te había llevado a la evidencia. Todos tus razonamientos y tus infinitas disputas no podrán impedir que no sepas nada de mi vida y que me condenes por un mínimo fragmento de ella misma. No debería siquiera serme necesario justificarme ante ti si sólo fueras, tu misma, una mujer prudente y equilibrada, pero tu imaginación te enloquece, una sensibilidad sobre aguda que no te permite enfrentar la verdad. Contigo cualquier discusión es imposible. Sólo me queda decirte una cosa: mi espíritu siempre fue confuso, un achatamiento del cuerpo y del alma, esa suerte de contracción de todos mis nervios. Si me hubieras visto hace algunos años, por períodos más o menos cercanos, antes aún de que en mi se sospechara el uso del que tú me recriminas, dejarías de extrañarte, ahora, del retorno de esos fenómenos. Si por otra parte estás convencida, si te parece que su reincidencia se debe a ello, entonces no hay nada que decir, contra un sentimiento no se puede luchar. De cualquier manera ya no puedo contar contigo en mi angustia, ya que te niegas a ocuparte de la parte

de mí más afectada: mi alma. No me has juzgado, por otra parte, nunca de otra manera que por mi aspecto externo como hacen todas las mujeres, como hacen todos los imbéciles, cuando lo que está más destruido, más arruinado es mi alma interior; y no puedo perdonarte eso, pues las dos no siempre coinciden, desafortunadamente para mí. En cuanto a lo demás, te prohibo hablar otra vez.

III

SEGUNDA CARTA CONYUGAL

Necesito a mi lado una mujer sencilla y equilibrada, y cuya alma agitada y oscura no alimentara continuamente mi desesperación. Los últimos tiempos te veía siempre con un sentimiento de temor e incomodidad. Sé muy bien que tus inquietudes por mí son a causa de tu amor, pero es tu alma enferma y malformada como la mía la que exaspera esas inquietudes y te corrompe la sangre. No quiero seguir viviendo contigo bajo el miedo. Agregaré que además necesito una mujer que sea mía exclusivamente, y que pueda encontrar en todo momento en mi casa. Estoy aturdido de soledad. Por la noche no puedo regresar a un cuarto solo sin tener a mi alcance ninguna de las comodidades de la vida. Me hace falta un hogar y lo necesito enseguida, y una mujer que se ocupe de mí permanentemente, incapaz como soy de ocuparme de nada, que se ocupe de mí hasta de lo más insignificante. Una artista como tú tiene su vida y no puede hacer otra cosa. Todo lo que te digo es de una mezquindad atroz, pero es así. No es preciso siquiera que esa mujer sea hermosa, tampoco quiero que tenga una excesiva inteligencia, y menos aún que piense demasiado. Con que se apegue a mí es suficiente.

Pienso que sabrás reconocer la enorme franqueza con que te hablo y sabrás darme la siguiente prueba de tu inteligencia: comprender muy bien que todo lo que te digo no rebaja en nada la profunda ternura, y el

indeclinable sentimiento de amor que te tengo y seguiré teniendo inalienablemente por ti, pero ese sentimiento no guarda ninguna relación con el devenir corriente de la vida. La vida es para vivirse. Son demasiadas las cosas que me unen a ti para que te pida que lo nuestro se rompa; sólo te pido que cambiemos nuestras relaciones, que cada uno se construya una vida diferente, pero que no nos desunirá más.

IV

TERCERA CARTA CONYUGAL

Desde hace cinco días he dejado de vivir a causa de ti, a causa de tus estúpidas cartas, por tus cartas no de espíritu sino de sexo, por tus cartas llenas de reacciones de sexo y no de razonamientos conscientes. Estoy harto de nervios, harto de razones; en lugar de protegerme, tú me agobias, me agobias por que lo que dices es errado. Siempre has errado. Siempre me has juzgado con la sensibilidad más baja que hay en la mujer. Te empeñas en no admitir ninguna de mis razones. Pero a mí ya no me quedan razones, ya no tengo nada de qué disculparme, ya no tengo nada que discutir contigo. Conozco mi vida y eso me alcanza. Y en el instante en que comienzo a meterme en mi vida, más y más me socavas, causas mi desesperación; cuantos más motivos te doy para esperar, para que seas paciente, para tolerarme, más encarnizadamente te empeñas en destrozarme, en hacerme perder los beneficios logrados, más intolerante eres con mis males. Del espíritu lo desconoces todo, nada sabes de la enfermedad. Todo lo juzgas llevada por las apariencias externas. Pero yo conozco mi interior, ¿verdad?, y cuando te grito no hay nada en mí, nada en mi persona, que no sea causado por la existencia de un mal anterior a mí mismo, previo a mi voluntad, nada en ninguna de mis más inmundas reacciones que no provenga exclusivamente de mi enfermedad y no le fuera

imputable, sea cual sea el caso, vuelves a esgrimir tus razones equivocadas que se fijan en los detalles nimios de mi persona, que me condenan por lo más mezquino. Pero cualquier cosa que yo haya podido hacer de mi vida, ¿no es verdad? no me ha impedido retornar paulatinamente a mi ser e instalarme un poco más cada día. En ese ser que la enfermedad me había arrebatado y que los reflujos de la vida me reintegran pedazo a pedazo. Si no supieras a qué me había entregado para limitar o extirpar los dolores de esa separación intolerable, tolerarías mis desequilibrios, mis estruendos, ese desmoronamiento de mi persona física, esas ausencias, esos achatamientos. Y en virtud de que supones que se deben al uso de una sustancia, que de sólo nombrarla oscurece tu razón, me acosas, me amenazas, me arrastras a la locura, me destrozas con tus manos ira la materia misma de mi cerebro. Sí, me obligas a obstinarme más conmigo mismo, cada una de tus cartas parte a mi espíritu en dos, me tira a insensatos callejones sin salida, me destruye con desesperaciones, con furores. No puedo más, te he gritado suficiente. Deja de razonar con tu sexo, asimila de una vez la vida, toda la vida, ábrete a la vida, mira las cosas, mírame, renuncia, y deja al menos que la vida me abandone, se expanda ante mí, en mí. No me agobies. Basta. La Cuadrícula es un momento espantoso para la sensibilidad, la materia.

En Plena Noche o
El Bluff Surrealista (1928)

Que los surrealistas me hayan expulsado o que yo mismo me haya alejado de sus grotescos simulacros, hace mucho que no es ésa la cuestión¹.

Me retiré porque estaba harto de una mascarada que había durado demasiado, por otra parte estaba muy seguro de que en la nueva posición que habían elegido, no menos que en cualquier otra, los surrealistas no harían nada.

Y el tiempo y los hechos no tardaron en darme la razón.

Uno se pregunta qué puede importarle al mundo que el surrealismo coincida con la Revolución o que la Revolución deba hacerse por fuera y por encima de la aventura surrealista, cuando se considera la poca influencia que los surrealistas han tenido sobre las costumbres y las ideas de esta época.

Además, hay todavía una aventura surrealista y acaso no ha muerto el surrealismo el día en que Breton y sus adeptos creyeron que debían adherir al comunismo y buscar en el terreno de los hechos y de la materia inmediata el resultado de una acción que normalmente sólo podía desarrollarse dentro de los marcos íntimos de la mente.

Crean poder permitirse echarme cuando hablo de una metamorfosis de las condiciones interiores del alma, como si yo entendiera el alma en el sentido infecto en que ellos mismos la entienden y

¹ Insistiré apenas sobre el hecho de que los surrealistas no hayan encontrado nada mejor para tratar de destruirme que servirse de mis propios escritos. Es necesario que se sepa que la nota que figura al pie de las páginas 6 y 7 del artículo «Au grand jour» y que apunta a arruinar los fundamentos de mi actividades es apenas una reproducción pura y simple, la copia apenas disfrazada de fragmentos tomados de textos que yo les destinaba y donde me ocupaba de poner a la luz su actividad, embutida de odios miserables y de veleidades sin futuro. Esos fragmentos constituían la materia de un artículo que me rechazaron sucesivamente dos o tres revistas, entre ellas la N.R.F, por demasiado comprometedor. Poco importa saber por los oficios de qué soplón llegó este artículo a sus manos. Lo esencial es que lo hayan encontrado tan molesto como para sentir la necesidad de neutralizar su efecto. En cuanto a las acusaciones que les destinaba y que me devuelven, dejo a la gente que me conoce bien, no ya según su innoble manera, el trabajo de clasificarnos. En el fondo, todas las exasperaciones de nuestra pelea giran alrededor de la palabra Revolución.

como si desde el punto de vista de lo absoluto pudiera tener el menor interés de ver cambiar la estructura social del mundo o ver pasar el poder de manos de la burguesía a las del proletariado.

Si los surrealistas realmente buscaran eso, al menos tendrían una excusa. Su objetivo sería banal y restringido pero al menos existiría. ¿Pero

tienen acaso algún objetivo hacia el que lanzar una acción y cuándo fueron capaces de formularlo?

¿Acaso trabajamos con una meta? ¿Trabajamos con móviles?
¿Creen los surrealistas poder justificar su expectativa por el simple hecho de la conciencia que tienen?

La expectativa no es un estado de ánimo. Cuando no se hace nada no se corre el riesgo de romperse la cara. Pero no es razón suficiente para que hablen de uno.

Desprecio demasiado la vida para pensar que cualquier cambio desarrollado en el marco de las apariencias, pueda cambiar algo de mi detestable condición.

Lo que me separa de los surrealistas es que aman tanto la vida como yo la desprecio.

Disfrutar en toda ocasión y por todos los poros es el centro de sus obsesiones. Pero el ascetismo no coincide con la verdadera magia, incluso la más sucia, incluso la más negra. Incluso el gozador diabólico tiene aspectos ascéticos, un cierto espíritu de mortificación.

No hablo de sus escritos que son brillantes aunque vanos desde el punto de vista que ellos sostienen. Hablo de su actitud central, del ejemplo de toda su vida. Yo no tengo odio individual. Los rechazo y los condeno en bloque rindiendo a cada uno de ellos toda la estima e incluso toda la admiración que merecen por sus obras o por su inteligencia. En todo caso y desde ese punto de vista no cometeré, como ellos, el infantilismo de darle vuelta la cara a ese tema, y de negarles talento porque han dejado de ser mis amigos. Pero felizmente no se trata de eso.

Se trata de una ruptura del centro espiritual del mundo, de un desacuerdo de las apariencias, de una transfiguración de lo posible que el surrealismo debía contribuir a provocar. Toda materia comienza por un desarreglo espiritual. Confiar en las cosas, en sus transformaciones, en el cuidado al conducirnos es un punto de vista de torpe obsceno, de

aprovechador de la realidad. Nadie ha comprendido nada nunca y los surrealistas no comprenden y no pueden preveer adonde los llevará su voluntad de Revolución. Incapaces de imaginar, de representarse una Revolución que no evolucione dentro de los desesperantes marcos de la materia, se resguardan en la fatalidad, en cierto azar de debilidad y de impotencia que les es propio, del trabajo de explicar su inercia, su eterna esterilidad.

El surrealismo siempre ha sido para mí una nueva forma de magia. La imaginación, el sueño, toda esta intensa liberación del inconsciente que tiene por finalidad hacer aflorar a la superficie del alma lo que habitualmente tiene escondido, debe necesariamente introducir profundas transformaciones en la escala de las apariencias, en el valor de significación y en el simbolismo de lo creado. Lo concreto cambia completamente de vestido, de corteza, no se aplica más a los mismos gestos mentales. El más allá, lo invisible rechaza la realidad. El mundo ya no se sostiene.

Entonces se puede comenzar a calibrar los fantasmas, a rechazar las falsas apariencias.

Que la muralla espesa de lo oculto se hunda de una vez sobre todos esos impotentes charlatanes que consumen su vida en admoniciones y vanas amenazas, sobre esos revolucionarios que no revolucionan nada.

Esos torpes tratan de convertirme. Ciertamente tendré mucha necesidad. Pero al menos yo me reconozco inválido y sucio. Aspiro después a otra vida. Y bien pensado, prefiero estar en mi lugar y no en el suyo³.

³ Esta bestialidad de la que hablo y que tanto los subleva es sin embargo lo que los caracteriza mejor. Su amor al placer inmediato, es decir a la materia, les ha hecho perder su primitiva orientación, ese magnífico poder de evasión cuyo secreto creímos nos iban a dispensar. Un espíritu de desorden, de mezquina chicana, los impulsa a desgarrarse unos a otros. Ayer, Soupault y yo nos fuimos descorazonados. Antes de ayer, Roger Vitrac, cuya exclusión fue de una de sus primeras cochinadas. Por más que griten en su rincón y digan que no es así, les responderé que para mí el surrealismo siempre ha sido una insidiosa extensión de lo invisible, el inconsciente al alcance de la mano. Los tesoros del inconsciente invisible vueltos palpables, conduciendo la lengua directamente, de un solo golpe.

¿Qué queda de la aventura surrealista? Poca cosa además de una gran esperanza decepcionada, pero en el terreno de la literatura misma tal vez hayan aportado algo.

Esa cólera, ese disgusto quemante volcado sobre la cosa escrita constituye una actitud fecunda y que tal vez un día, más tarde, sirva. La literatura ha sido purificada por ella, próxima a la verdad esencial del cerebro. Pero eso es todo. Conquistas positivas al margen de la literatura, de las imágenes, no ha habido y sin embargo era el único hecho importante. De la buena utilización de los sueños podía nacer una nueva forma de conducir el pensamiento, de mantenerse en medio de las apariencias.

La verdad psicológica estaba despojada de toda excrecencia parasitaria, inútil, aproximada mucho más de cerca. Entonces se vivía con seguridad, pero tal vez es una ley de la inteligencia que el abandono de la realidad sólo puede conducir a fantasmas. En el marco exiguo de nuestro dominio palpable estamos apurados, exigidos de todas partes. Lo hemos visto bien en esa aberración que llevó a revolucionarios en el plano más alto posible, a literalmente abandonar ese plano, a dar a la palabra revolución su sentido utilitario práctico, el sentido social que se quiere pretender el único válido, porque nadie quiere contentarse con palabras vanas. Extraña vuelta sobre sí mismos, extraño nivelamiento.

¿Quién puede creer que anteponer una simple actitud moral bastará, si esta actitud está enteramente marcada por la inercia? El interior del surrealismo lo conduce hasta la Revolución. Ese es el hecho positivo. La única conclusión eficaz posible (según dicen ellos) y a la que un gran número de surrealistas se ha rehusado a adherir; pero, a los otros, ¿qué les ha dado y qué les ha hecho dar su adhesión al comunismo?

A mí, Rusbroeck, Martínez de Pasqualis, Boehme, me justifican suficientemente. Cualquier acción espiritual si es justa se materializa cuando es necesario.

¡Las condiciones interiores del alma! Pero éstas llevan en sí su investidura de piedra, de verdadera acción. Es un hecho adquirido y adquirido por sí mismo, irremisiblemente sobreentendido.

No los hizo dar ni un paso. En el círculo cerrado de mi persona nunca sentí la necesidad de esta moral del devenir que, parece, revelaría la Revolución. Yo coloco por encima de toda necesidad real las exigencias lógicas de mi propia realidad.

Es la única lógica que me parece válida y no una lógica superior cuyas irradiaciones no me afectan sino en tanto tocan mi sensibilidad. No hay disciplina a la que me sienta forzado a someterme por riguroso que sea el razonamiento que me lleva a aceptarla.

Dos o tres principios de muerte y de vida están para mí por encima de toda sumisión precaria. Y cualquier lógica siempre me parecerá prestada.

*

El surrealismo ha muerto por el sectarismo imbécil de sus adeptos. Lo que queda es una especie de montón híbrido al cual los mismos surrealistas son incapaces de ponerle nombre. Perpetuamente cerca de las apariencias, incapaz de hacer pie en la vida, el surrealismo todavía está buscando su salida, pisoteando sus propias huellas. Impotente para elegir para decidirse ya sea totalmente hacia la mentira, ya sea totalmente hacia la verdad (verdadera mentira de lo espiritual ilusorio, falsa verdad de lo real inmediato, pero destructible), el surrealismo busca este insondable, este indefinible intersticio de la realidad donde apoyar su palanca, antes poderosa, hoy en manos de castrados. Pero mi debilidad mental, mi cobardía bien conocidas se rehúsan a encontrar el menor interés en las convulsiones que sólo afectan ese lado exterior, inmediatamente perceptible de la realidad. Para mí, la metamorfosis exterior es algo que sólo puede estar dado por añadidura. El programa social, el programa material hacia el que los surrealistas dirigen sus pobres veleidades de

acción, sus odios jamás virtuales a todo, son para mí sólo una representación inútil y sobrentendida.

Sé que en el debate actual tengo de mi lado a todos los hombres libres, a todos los verdaderos revolucionarios que piensan que la libertad individual es un bien superior al de cualquier conquista obtenida en un plano relativo.

*

¿Mis escrúpulos hacia toda acción real?

Estos escrúpulos son absolutos y de dos clases. Hablando absolutamente, apuntan a ese sentido enraizado de la profunda inutilidad de cualquier acción espontánea o no espontánea.

Es el punto de vista del pesimismo integral. Pero una cierta forma de pesimismo lleva en sí su lucidez. La lucidez de la desesperación, de los sentidos exacerbados y como en las orillas de los abismos. Y al lado de la horrible relatividad de cualquier acción humana, esta espontaneidad inconsciente que pese a todo impulsa a la acción.

Y también en el terreno equívoco, insondable del inconsciente, de las señales, de las perspectivas, de las percepciones, toda una vida que crece cuando se establece y se revela aún capaz de turbar el espíritu.

Estos son pues nuestros escrúpulos comunes. Pero al parecer ellos se decidieron por la acción. Pero una vez reconocida la necesidad de esta acción, se apresuran a declararse incapaces de ella. La configuración de su pensamiento los aleja para siempre de este terreno. Y en lo que a mí concierne ¿dije alguna vez otra cosa? En mi favor, de todos modos, circunstancias psicológicas y fisiológicas desesperadamente anormales y en las que ellos no podrían prevalecer.

Heliogábalo o

El Anarquista Coronado (1934)

DEDICATORIA

Dedico este libro a los manes de Apolonio de Tiana, contemporáneo de Cristo, y a todos los Iluminados verdaderos que pueden quedar en este mundo que se pierde;

Y para señalar bien su profunda inactualidad, su espiritualismo, su inutilidad, lo dedico a la anarquía y a la guerra en este mundo;

Finalmente lo dedico a los Antepasados, a los Héroes en el antiguo sentido y a los manes de los Grandes Muertos.

A. A.

I

LA CUNA DE ESPERMA

Si en torno del cadáver de Heliogábalo, muerto sin sepultura, y degollado por su policía en las letrinas de su palacio, hay una intensa circulación de sangre y excrementos, en torno de su cuna hay una intensa circulación de esperma. Heliogábalo nació en una época en que todo el mundo se acostaba con todo el mundo; y nunca se sabrá dónde ni por quién fue realmente fecundada su madre. La filiación de un príncipe sirio como él se establece por las madres; y en lo que a madres respecta, hay alrededor de ese hijo de cochero, recién nacido, toda una pléyade de Julias; y ejerzan o no en el trono, todas esas Julias son meretrices de alto vuelo.

El padre de todos, la fuente femenina de ese río de estupro y infamias, debe haber sido cochero antes de sacerdote, ya que de otro modo no se explicaría el encarnizamiento de Heliogábalo, una vez en el trono, en hacerse encular por los cocheros.

El caso es que la Historia, remontándose por el lado femenino a los orígenes de Heliogábalo, tropieza indefectiblemente con ese cráneo chocho y desnudo, con ese coche y esa barba que en nuestros recuerdos componen el rostro del viejo Basianus.

El hecho de que esta momia sea oficiante de un culto no condena a ese culto, sino a los ritos imbéciles y despreciables a que ese culto había quedado reducido por obra de los contemporáneos de las Julias y los Basianos, y por la Siria del naciente Heliogábalo.

Pero desde el momento en que Heliogábalo niño aparece sobre los peldaños del templo de Emesa, ese culto muerto, y reducido a osamentas de gestos, al que se entregaba Basianus, recupera por debajo de las creencias y los revestimientos, su energía de oro concentrado, de luz pulverizada y victoriosa, y vuelve a ser milagrosamente activo.

En todo caso este antepasado Basiano, apoyándose en una cama como sobre muletas, hace esas dos hijas, Julia Domna y Julia Mesa, con una mujer ocasional. Las hace y bien. Son hermosas. Hermosas y preparadas para su doble oficio de emperatrices y ramera.

¿Con quién hace estas hijas? Hasta el momento actual la Historia no lo dice. Y nosotros admitiremos que esto no tiene importancia, obsesionados como estamos por las cuatro medallas con las cabezas de Julia Domna, Julia Mesa, Julia Semia y Julia Mamea. Ya que si Basianus hace dos hijas, Julia Domna y Julia Mesa, Julia Mesa a su vez hace otras dos: Julia Semia y Julia Mamea. Y Julia Mesa, cuyo marido es Sextus Varius Marcellus, pero sin duda fecundada por Caracalla o Geta (hijo de Julia Domna, su hermana) o por Gesius Marcianus, su cuñado, esposo de Julia Mamea, o quizá por Septimio Severo, su cuñado segundo, trae al mundo a Varius Avitus Basianus, más tarde apodado Elagabalus, o hijo de las alturas, falso Antonio, Sardanápalo, y por fin Heliogábalo, nombre que parece ser la feliz contracción gramatical de las más altas denominaciones del sol.

Desde aquí vemos a ese bonzo chocho, Basianus, en Emesa, a orillas del Orontes, con sus dos hijas, Julia Domna y Julia Mesa. Ya son dos estupendas mujeres esas dos hijas nacidas de una muleta con un sexo masculino en la punta. Aunque fabricadas con esperma tardía, y en el

punto más alejado que alcanza su esperma los días en que el parricida eyacula –digo el parricida y ya se verá por qué-, ambas están bien conformadas y macizas; macizas, es decir llenas de sangre, piel, huesos y cierta materia lívida que pasa bajo las coloraciones de su piel. Una es grande y empolvada de plomo, con el signo de Saturno en la frente, Julia Domna, semejante a una estatua de la Injusticia, la abrumadora Injusticia del destino; la otra es pequeña, delgada, ardiente, explosiva y violenta y amarilla como una enfermedad del hígado. La primera, Julia Domna, es un sexo con cabeza, y la segunda una cabeza que no carece de sexo.

El año en que comienza esta historia, el año 960 y pico de la declinación del Latium, del desarrollo separado de ese pueblo de esclavos, comerciantes, piratas, incrustado como ladilla en la tierra de los etruscos; que desde el punto de vista espiritual no hizo otra cosa que chuparle la sangre a los demás; que nunca tuvo otra idea sino defender sus tesoros y cofres con preceptos morales, este año 960 y pico, que corresponde al año 179 del reino de Jesucristo, Julia Domna, la abuela, podía tener dieciocho años, y su hermana trece, y digamos de una vez que pronto estarían en edad de casarse. Pero Julia Domna se asemejaba a una piedra lunar, y Julia Mesa al azufre achicharrado al sol.

Yo no pondría mi mano en el fuego asegurando que ambas fueran vírgenes, eso habría que preguntárselo a sus hombres, es decir, por la Piedra Lunar, a Septimio Severo, y por el Azufre, a Julius Barbakus Mercurius.

Desde el punto de vista geográfico, siempre existía esa franja de barbarie alrededor de lo que se ha dado en llamar el Imperio Romano, y en el Imperio Romano hay que incluir a Grecia que, históricamente, inventó la idea de barbarie. Y desde ese punto de vista nosotros, gente de Occidente, somos los dignos hijos de esa madre estúpida, puesto que para nosotros los civilizados somos nosotros mismos, y todo el resto, que da la medida de nuestra universal ignorancia, se identifica con la barbarie.

No obstante, el hecho es que todas las ideas que impidieron la muerte inmediata de los mundos romano y griego, su caída en una ciega bestialidad, justamente vinieron de esta franja bárbara; y el Oriente, lejos de traer sus enfermedades y su malestar, permitió conservar el contacto con la Tradición. Los principios no se encuentran, no se inventan; se conservan, se comunican; y existen pocas operaciones en el mundo más difíciles que conservar la noción, a la vez diferente y fundada en el organismo, de un principio universal.

Todo esto sirve para señalar que desde el punto de vista metafísico, el Oriente siempre estuvo en un estado de tranquilizadora ebullición; que las cosas jamás se degradan por su causa; y que el día en que la cáscara de los principios se encoja allí irremediablemente, la cara del mundo también se encogerá, y todas las cosas estarán cerca de su ruina; y ese día ya no me parece lejano.

Julia Domna y Julia Mesa nacieron en medio de esta barbarie metafísica, de este desbordamiento sexual que en la misma sangre se encarniza en hallar el nombre de Dios. Nacieron del esperma ritual de un parricida, Basianus, al que yo no puedo ver de otro modo que con la forma de una momia.

Este parricida clavó su miembro en el comprimido reino de Emesa, que en un principión era un reino sino un sacerdocio; y todo eso, reino, sacerdocio, sacerdotes y sacerdote rey a la cabeza, jura estar inyectado de materia lívida, estar hecho de oro y descender en línea recta del Sol.

Pero un día, este sacerdocio que manejaba preceptos y que balbuceaba principios como semanean al azar y sin ninguna ciencia alfileres o fuelles, este sacerdocio que quizá llevaba en su interior algo divino, pero que ya no sabía dónde se encontraba, en el que lo divino estaba aplastado, reducido a nada como el pequeño reino de Emesa entre el Líbano, Palestina, Capadocia, Chipre, Arabia y Babilonia, o como el plexo solar está aplastado en nuestros organismos de occidentales, este

sacerdocio vacuno de Emesa, Vacuno, es decir mujer, y mujer, es decir cobarde, maleable, abofeteado y esclavizado; que no hubiera podido conquistar su realeza visible a fuerza de puños, sino que se hallaba a su gusto en una atmósfera de facilidad y anarquía, supo aprovechar la descomposición del reinado de los Seleucidas –que a ciento sesenta años de distancia prosiguió la descomposición, mucho más importante, del imperio de Alejandro Magno-, para declararse independiente.

Los sacerdotes de Emesa, que desde hace mil años y más aún proviene de los Samsigeramidas, se transmiten el reino y la sangre del Sol de madre a hijo. De madre a hijo porque en Siria la filiación se establece por las madres: madre hace de padre, tiene los atributos sociales del padre; y la que, desde el punto de vista de la misma generación, es considerada como el primo genitor. Digo EL PRIMO GENITOR.

Esto quiere decir que la madre es padre, que la que es padre es la madre, y que lo femenino engendra lo masculino. Y esto hay que compararlo con el sexo masculino de la Luna que a quienes lo veneran les impide convertirse en cornudos.

El caso es que en Siria, y particularmente entre los Samsigeramidas, la hija transmite el sacerdocio, mientras que el hijo no transmite nada. Pero para volver a los Basianos, entre los cuales Heliogábalo es el más ilustre, y de los cuales Basianus es el fundador, hay una terrible escisión entre la línea de los Basianos y la de los Samsigeramidas; y esta escisión está señalada por una usurpación y un crimen, que sin interrumpirla desvían la descendencia del Sol.

Ahora, como entre los Samsigeramidas el padre es la madre, para que el historiador romano haya podido llamarlo “parricida”, es preciso que Basianus haya matado a su madre; pero como no se sucede a una mujer, sino a un hombre, y aunque la mujer transmitía el sacerdocio era de todos modos el hombre quien estaba encargado de conservarlo, yo pienso que Basianus debió matar a quien lo conservaba, y que mató a su verdadero

padre, su padre POR la naturaleza y su padre EN la sociedad. Por lo tanto era de sangre masculina; se encontraba del lado masculino de la sangre solar; pero el hecho de haber restaurado una vez más la supremacía del macho sobre la hembra, y de lo masculino sobre lo femenino, no parece haber arreglado las cosas, puesto que la declinación comienza a partir de él; y es difícil encontrar en la Historia un conjunto de crímenes, de bajezas, de crueldades más perfecto que el de esta familia, en que a los hombres correspondió toda la maldad y la debilidad, y a las mujeres la virilidad. Aquí se puede decir que Heliogábalo fue hecho por las mujeres, que pensó a través de la voluntad de dos mujeres; y que cuando quiso pensar por sí mismo, cuando el orgullo del macho azotado por la energía de sus mujeres, de sus madres, que se acostaron todas con él, quiso manifestarse, se sabe cuál fue el resultado.

No juzgo el resultado como puede juzgarlo la Historia; a mí me gusta esa anarquía, ese libertinaje. Me gusta desde el punto de vista de la Historia y desde el punto de vista de Heliogábalo; pero Heliogábalo todavía no había nacido en el momento en que tomo su historia.

Los reyes de Emesa, esos pequeños reyes-mujeres, que pretenden ser hombre y mujer a la vez –como el Megabiro del templo de Efeso, hombre, que se ata la verga para sacrificar como mujer, pero se convierte en la piedra reclinada del sacrificio, ante la que sacrifica de pie– desde hace mucho tiempo depositaron su libertad en los machos de Roma. Del viejo reinado de Ematno queda más que ese templo, oscuro y voluminoso. El control de los negocios, la guerra, la protección material de los bienes pertenece a la soldadesca de Roma. Por lo demás, cada sirio piensa como quiere, y la religión del Sol sigue estando repleta a cada tanto de devociones a la Luna, con una mezcla de piedras lunares, peces, carneros y jabalíes. Además toros, águilas, gavilanes diseminados; ¡pero nada de gallos! No, no creo que el gallo haya ocupado un gran lugar en medio de esos ritos.

El templo de Elagabalus en Emesa desde hace varios siglos es el centro de espasmódicas tentativas en que se mide la gula de un dios. Ese Dios, Elagabalus, o Surgido de la Montaña, Cima Radiante, viene de muy lejos. Y quizá se llama Deseo en la vieja cosmogonía fenicia; y ese deseo, como el mismo Elagabalus, no es simple, ya que resulta de la mezcla lenta y multiplicada de los principios que irradiaban en el fondo del Hálito del caos. El sol no es más que el rostro reducido de todos esos principios, un aspecto que sólo sirve para adoradores fatigados y caídos.

Es preciso decir que el Hálito que estaba en el Caos se enamoró de sus principios; y que de ese movimiento de avance, de esa especie de idea que elimina las tinieblas nació un deseo consciente. Y en el mismo Sol hay fuentes vivas, una idea del Caos reducido y completamente eliminado.

Ahora bien, aquello que en el cuerpo humano representa la realidad de ese hálito no es la respiración pulmonar, que sería a ese hálito lo que el Sol en su aspecto físico es al principio de la reproducción, sino esa especie de hambre vital, cambiante, opaca, que recorre los nervios con sus descargas, y entra en lucha con los principios inteligentes de la cabeza. Y a su vez esos principios recargan el hálito pulmonar y le confiere todos sus poderes. Nadie podrá pretender que los pulmones que renuevan la vida no estén bajo las órdenes de un hálito proveniente de la cabeza. Y la cabeza de Elagabalus, dios de Emesa, siempre trabajó mucho.

Pero en el año 179, cuando Septimio Severo en Siria toma el mando de la cuarta Legión Escítica de la alta cosmogonía fenicia divulgada por Sanchoniaton ya no queda más que una piedra negra caída del cielo: ese monolito, ese bloque en punta del que Basianus se constituyó en guardián, pero que en realidad está bajo la custodia de sus dos hijas, esas dos sirias voluptuosas: Julia Domna y Julia Mesa.

Septimio Severo ya está viejo y cansado; desde hace mucho tiempo que las arenas del desierto quemaron sus suelas y mordieron sus talones

de asta. Detrás de él tiene dos o tres viudeces: pero ni bien desembarca decide tomar mujer y con ese objeto consulta los registros del estado civil.

En esos registros encuentra a la Luna, es decir la Piedra Lunar, es decir Julia Domna. Pero Domna es Diana, Artemisa, Ishtar, y también es Proserpina, la fuerza de lo femenino negro. Lo negro en la tercera región de la tierra. La mujer encarnada en los infiernos, y que jamás asciende más arriba de los infiernos.

Pero Julia Domna tiene un horóscopo que la destina a ser un día la mujer de un Emperador; y por su horóscopo decide casarse con Julia Domna. Ahora, la piedra lunar, Julia Domna, el horóscopo y los oráculos hidrománticos ante los que se obtienen los horóscopos de los emperadores, todo marcha al unísono. Quiero decir que en Siria la tierra vive, y que hay piedras que viven; y que Julia Domna tiene mucho que ver con todo eso.

Hay piedras negras en forma de verga de hombre, y un sexo de mujer cincelado debajo. Y esas piedras son vértebras en preciosos rincones de la tierra. Y la piedra negra de Emesa es la más grande de esas vértebras, la más pura, y también la más perfecta.

Pero hay piedras que viven, como viven las plantas o los animales, y como puede decirse que el Sol, con sus manchas que se desplazan, se hinchan y se deshinchan, babean unas sobre otras, vuelven a babear y vuelven a desplazarse –y cuando se hinchan o se deshinchan, lo hacen rítmicamente y desde el interior-, como puede decirse que el Sol vive. Las manchas nacen en él como un cáncer, como los bubones efervescentes de una peste. Allí adentro hay materia pulverizada que se contrae, como trozos de sol triturados pero negros. Y pulverizados, ocupan menos lugar. Sin embargo es el mismo Sol y la misma extensión y cantidad de Sol, pero en ciertos sitios apagado, y entonces recuerda al diamante y al carbón. Y todo eso vive; y puede decirse que algunas piedras viven; y las piedras de Siria viven como milagros de la naturaleza, puesto que son piedras lanzadas por el cielo.

Y hay muchos milagros y maravillas de la naturaleza sobre el suelo volcánico de Siria. Ese suelo que parece tapizado y enteramente formado de piedra pómez, pero en donde las piedras caídas del cielo viven su propia vida, y sin confundirse con la piedra pómez. Y existen maravillosas leyendas sobre las piedras de Siria.

Como lo atestigua este texto de Fotius, historiador bizantino de la época de Septimio Severo:

“Severo era un romano, y padre de romanos, de acuerdo con la ley; fue él mismo quien dijo que había visto una piedra en la cual se observaban las diferentes caras de la Luna, adoptando todo tipo de apariencias, ora ésta, ora aquella, creciendo y disminuyendo según el curso del Sol, y que también llevaba impreso el mismo Sol.”

Debe decirse que este texto de Fotius no es en sí mismo una obra original, sino el plagio de un libro perdido que, a juzgar por la cantidad de escritores que a él se refieren, parece haber constituido para los antiguos una verdadera Biblia de lo Maravilloso: la “Vida de Isidoro” por Damascius.

Pero la forma más apasionante de las piedras sirias se encuentra en los Btilos, los Btilos negros, o Piedras de Bel. El cono negro de Emesa es un Btilo que conserva su fuego y se dispone a devolverlo, ya que los Btilos surgieron del fuego. Son como chispas carbonizadas del fuego celeste. E indagar su historia es volver a la génesis del mundo creado:

“Vi -sigue diciendo Severo- un Btilo movido por el aire, a veces oculto entre mantas, pero también a veces llevado en las manos de un servidor; el nombre de ese servidor que se encargaba del Btilo era Eusebios, quien me dijo que súbitamente y de manera totalmente imprevista, le había sobrevenido el deseo de salir de la ciudad de Emesa, casi en medio de la noche, y de irse muy lejos hacia esa montaña en la que estaba enclavado el viejo y magnífico templo de Atenas; que había llegado muy rápido al pie de la montaña y que allí se había sentado para reposar del cansancio de la ruta y que en ese mismo lugar había visto

una bola de fuego que caía del cielo con una velocidad muy grande y un león enorme que se hallaba junto a la bola de fuego; que el león había desaparecido de súbito pero que él había corrido hasta la bola de fuego ya apagada, la había tomado y era ese Betilo, y mientras lo llevaba le preguntó a qué dios pertenecía; y le respondió que pertenecía a Gennaios (ese Gennaios es adorado por los hieropolitanos que le erigieron en el templo de Zeus una estatua en forma de león); lo había llevado a su casa esa misma noche, y había recorrido una distancia no menor, decía, de doscientos diez estadios. Eusebios no regía los movimientos del Betilo, sino que estaba obligado a rogarle, a implorarle; y el otro satisfacía sus deseos.

“Era una bola perfectamente esférica, de un color blancuzco; y su diámetro medía un palmo. Pero en ciertos momentos aumentaba o disminuía su tamaño; en otros momentos adoptaba un color purpurino. Y nos mostró unas letras trazadas sobre la piedra, teñidas del color llamado minio (o cinabrio). Luego adosó el Betilo a la pared. Y era por medio de esas letras que a quien lo interrogaba el Betilo daba la respuesta buscada. Emitía voces en forma de un leve silbido que Eusebios nos interpretaba.”

En otro pasaje de su libro, ese mismo Fotius, obsesionado por lo maravilloso de esas piedras, siente la necesidad de reanudar su descripción, y una vez más apela al testimonio de Severo:

“Severo contaba, entre otras cosas, durante su estancia en Alejandría, que también había visto una piedra heliaca, no tal como las que nosotros vimos, sino que lanzaba desde lo más profundo de su masa unos rayos dorados que formaban un disco semejante al Sol colocado en el centro de la piedra, y que al principio tenía la apariencia de una bola de fuego. De esta bola surgían rayos que iban hasta su circunferencia, ya que toda la piedra tenía una forma esférica. También había visto una piedra selenita, no de aquellas en la que se ve aparecer una pequeña luna, sólo después de haberla hundido en el agua, y que por eso se llaman

hidroselenitas, sino una piedra que, por un movimiento propio e inherente a su naturaleza, giraba cuando la Luna giraba, y de la manera como ella giraba, obra realmente maravillosa de la naturaleza.”

La pequeña ciudad de Apamea en Emesa se alza al pie del Anti Líbano, en medio de un paisaje de lava muerta y polvo de osamentas. Su pequeño templo de sol-luna posee un oráculo hidromántico, oráculo que nunca se equivoca.

En él se hubiera podido ver, un día cualquiera del mundo antiguo, caminando en grupo como peregrinos en el cerco la luz solar, a toda la familia de Heliogábalo: Basianus, el bisabuelo, Julia Domna, la tía abuela, Julia Mesa, la abuela. Basianus, de color amarillo chillón, se adelanta lentamente a paso de asno; y sus hijas lo preceden.

A las doce en punto, hora en que el oráculo habla, llegan al segundo recinto del templo; y se acercan al vivero sagrado.

La “Vida de Isidoro” de Damascius contiene una descripción de este oráculo por el cual, según se cuenta, Julia Domna llegó al trono. Y es de suponer que aquel día el oráculo estuvo particularmente preciso y particularmente concienzudo, pues a partir de él se obtuvo el horóscopo que anunció a Julia Domna su futuro reinado. Y se sabe que treinta taños después, Varius Marcellus, padre putativo de Heliogábalo, hace levantar en honor del oráculo una estelavotiva que lleva grabado en la piedra el horóscopo de Julia Domna, realizado en aquel momento.

“Quienes venían a honrar a la diosa (Afrodita, salida de las aguas)- cuenta Juvenal según el libro perdido-, llevaban presentes de oro y plata, telas de lino, biso y otros materiales preciosos, y si esos presentes eran aceptados, tanto los paños como los objetos pesados se iban al fondo. Si al contrario eran rehusados y rechazados, se veía sobre nadar los paños y hasta todo aquello que estaba hecho de oro, plata y materiales lo bastante pesados para no flotar naturalmente.

“Las tablillas oblongas de bronce, perforadas por un agujero que permitía ensartarlas a la manera de los sortilegios etruscos, y que llevaban respuestas triviales redactadas en latín arcaico en una cadencia próxima al hexámetro, conservaron para nosotros el valor de ejemplos de esos talismanes o sortilegios, en los cuales vivían los oráculos itálicos.”

Entre los otros milagros y maravillas de Siria de los que dan fe los historiadores, hay apariciones fabulosas, como la de Apolonio de Tiana frente a Antioquía; y la de esa divinidad misteriosa que se manifiesta frente a Emesa poco tiempo después de la muerte de Heliogábalo, como lo relata Vopiscus en la “Vida del Emperador Aureliano”.

“La caballería de Aureliano había emprendido la retirada frente a Emesa cuando una divinidad que sólo más tarde fue conocida vino a alentar a nuestros soldados. La emperatriz Zenobia huyó, Aureliano entró en Emesa como triunfador y en el mismo momento se dirigió al Templo de Heliogábalo, pues quería cumplir con los dioses. Allí divisó una vez más, y con la misma forma, la divinidad que había visto en el combate, alentando la acción de sus armas. “De regreso a Roma hizo construir en honor del Sol un templo cuya consagración fue hecha con la mayor magnificencia.

“Entonces aparecieron en Roma esos vestidos cubiertos de pedrerías que vemos en el Templo del Sol, esos dragones provenientes de Persia, esas mitras de oro.”

Pero por encima de esas leyendas y relatos de la tierra que, simbólicos o no, y como todos los símbolos, ocultan y ponen de manifiesto, pero de manera reversible, las más precisas e indiscutibles verdades, están los relatos y leyendas del cielo. Están las Fábulas Metafísicas, las Cosmogonías, el Génesis, no el bíblico, sino el feacio, y que, falso o no en su redacción primitiva, nos transmite, mediante la estela de Sanconiaton, el espíritu profundo y las preocupaciones cenagosas (quiero decir referidas al antiguo ceno) de los primeros mercachifles surgidos del color rojo, rojo amarillo como las menstruaciones. Esas menstruaciones rojoamarillas que

son el color y la bandera de los feacios, vuelven a delinear el recuerdo de la más terrible de las guerras. Rojo amarillo, estandarte de la mujer, contra blanco esmeralda, estandarte del sexo masculino. Acerca de los principios volveré a esta guerra que opone sin tregua posible lo femenino a lo masculino. Por el momento sólo quiero detenerme en una guerra de maravillas, de anomalías naturales, de espectáculos rituales espléndidos, en los que el hombre y la mujer se mezclan a través del oro y de la Luna sobre el manto del sacerdote celebrante.

En Siria los templos vibran de maravillas reales, de magia exteriorizada. Y una considerable cantidad de templos que no parecen contruidos sino para ilustrar esa guerra, esos ritos, esas anomalías, rivalizan en esplendor por toda la extensión de Siria, unos consagrados al Sol, otros a la Luna, y nunca se sabe muy bien cuál es la hembra, cuál el macho, y si el macho es quien ha engendrado a la hembra o a la inversa. En Emesa está el templo del Sol, que parece tener la primacía sobre los otros templos del Sol macho, como si hubiera muchos soles y tomadas en particular cada uno fuera el doble de todos los demás, y como la Luna es el doble hembra de un dios único y masculino; y el templo del sol-luna en Apamea todo empedrado con piedras lunares; y el de la Luna en Hierápolis cerca de Emesa que, exteriormente consagrado a la mujer, posee un trono esmeraldado y disminuido para el macho, que sólo se muestra una vez al año en la figura de Apolo. Apolo, es decir el Sol en movimiento y que corre, el Sol liberado de una parte de sí mismo, la más alta, y considerado en su fuerza motora, el Sol que ha bajado de su trono y que acepta ponerse en movimiento, que ya no es rey, puesto que no está sentado, no está inmóvil y trabaja, y se ha convertido en el hijo del rey, como el Cristo es hijo de Dios.

Luciano, autor griego del siglo II después de Jesucristo, relata una visita que efectuó al templo de Astarté en Hierápolis.

Pero en vano se buscaría en su relato una precisión acerca de los ritos que allí se practican. Nada parece haberle impresionado fuera de un pintoresquismo puramente exterior:

“El templo conserva objetos preciosos, antiguas ofrendas, una multitud de objetos maravillosos, estatuas veneradas y dioses siempre presentes. En efecto las estatuas sudan, semueven y emiten oráculos.”

Ya que si las piedras emiten sonidos, si vuelan, si tienen un hálito, una respiración que les pertenece, también las estatuas tienen un hálito que sin duda es el espíritu del dios.

“A menudo-dice Luciano-, se escucha una voz en el santuario, cuando el templo está cerrado. Muchos la han oído.”

Es de suponer que una vez abierto el templo, la superchería se hacía imposible. Siempre habrá farsantes al lado de los iniciados.

“He visto –continúa Luciano-, el tesoro secreto del templo, donde se conservan las reliquias, las innumerables riquezas; paños, objetos de oro y plata ordenados por separado.

“Además el templo contiene cuernos de elefantes, alfarería, tejidos etíopes; en el vestíbulo se ven dos enormes falos. También puede verse, en el recinto del templo, un hombrecito de bronce sentado provisto de un enorme miembro.

“El emplazamiento mismo en donde se construyó el templo de Hierápolis es una colina situada en medio de la ciudad. Está rodeado por dos murallas. Una de esas murallas es antigua, la otra no es muy anterior a nuestra época. Los propileos tiene una extensión de aproximadamente cien brazas (ciento sesenta metros). Bajo estos propileos se encuentran falos de una altura de treinta brazas (cuarenta y ocho metros). Un hombre sube dos veces por año a uno de esos falos y se queda en lo alto durante siete días. El motivo de esta ascensión es el siguiente: el pueblo está persuadido de que este hombre, desde ese sitio elevado, conversa con los dioses, les pide la prosperidad de toda Siria, y que aquellos escuchan su ruego desde

más cerca. Otros piensan que esto se practica en honor de Deucalión y en recuerdo de ese triste acontecimiento, cuando los hombres huían a las montañas por temor a la inundación. (El templo de Hierápolis poseía un orificio por el cual se decía que había salido el agua del diluvio). Para subir al falo el hombre pasa una gruesa cadena alrededor del falo y de su cuerpo, luego sube por medio de salientes de madera que sobresalen del falo, lo bastante anchas para apoyar el pie. A medida que se eleva levanta la cadena consigo del mismo modo que los carreros levantan las riendas. Si nunca han visto esto, seguramente han visto treparse a las palmeras, ya sea en Arabia, en Egipto o en otras partes, entonces comprenderán lo que quiero decir. Al llegar al término de su camino, nuestro hombre suelta otra cadena que lleva consigo y, por medio de esta cadena, que es muy larga, alza todo lo que necesita: maderas, ropas, utensilios. Con todo eso se confecciona una morada, una especie de nido, se sienta y permanece el tiempo mencionado. La muchedumbre que llega le trae, algunos oro, otros plata, otros cobre; depositan estas ofrendas delante de él y se retiran diciendo cada uno su nombre.

“Allí hay otro sacerdote, de pie, que le va repitiendo los nombres, y en cuanto los escucha, dice una oración por cada uno de ellos. Al orar, golpea en un instrumento de bronce que produce un sonido estrepitoso y chillón.

“El hombre no duerme. Se cuenta que, si se quedara dormido, un escorpión llegaría hasta él y lo despertaría con una picadura dolorosa. Tal es el castigo atribuido a su sueño. Lo que se cuenta del escorpión es santo y divino.

“El templo mira al Sol naciente. Por su forma y estructura se asemeja a los templos construidos en Jonia.”

Aquí es donde huele a mujer. Si en lugar de darnos una descripción exterior del templo de Hierápolis –y nunca es más exterior su descripción

que cuando simula violar sus entrañas, introducirse en sus secretos-, Luciano hubiese tenido la menor curiosidad por los principios, habría buscado sobre las columnatas del templo el origen extrahumano de los sexos petrificados de hembra que forman su ornamento. Este es el principio mismo de la arquitectura Jónica.

Pero volvamos a su descripción documental.

Esta descripción tiene la ventaja de precisar cierta cantidad de detalles concretos, aunque superficiales, y pone de manifiesto ese gusto innato del decoro, esa pasión por las magnificencias, verdaderas o falsas, en un pueblo para el que el teatro no estaba sobre la escena, sino en la vida.

“Del suelo se alza una base de una altura de dos brazas. Sobre esta base está asentado el templo. Al entrar uno se siente embargado por la admiración: las puertas son de oro, en el interior el oro brilla por todas partes, sobre toda la bóveda. Se siente un olor suave, semejante a aquel del cual se cuenta que está perfumada Arabia. Por más lejos que uno se encuentre al llegar al templo, puede respirar ese olor delicioso, y una vez fuera de él, éste no se disipa, sino que impregna profundamente la ropa, y siempre conserva uno el recuerdo. Adentro, en un recinto apartado están colocadas las estatuas de Júpiter y Juno, a quienes los habitantes de la ciudad llaman por un nombre que posee consonancias sacadas de su propio lenguaje. Esas dos estatuas son de oro y están sentadas: Juno sobre leones, Júpiter sobre toros. La estatua de Juno tiene un cetro en una mano, en la otra un tallo, su cabeza coronada de rayos sostiene una torre y está ceñida con la diadema con que por lo común no se adorna más que la frente de Urania. Sus ropas están cubiertas de oro, de piedras infinitamente preciosas, unas blancas, otras color de agua, una gran cantidad color de fuego; son sardónicas, circones egipcios, esmeraldas que le traen los indios, los medos, los armenios, los babilonios.

“La estatua lleva sobre la cabeza un diamante denominado Lámpara. Durante la noche arroja un resplandor tan intenso que el templo se ilumina como con antorchas; durante el día esa claridad es mucho más débil; sin embargo la piedra conserva una parte de su fuego. También hay otra maravilla en esta estatua; si se la mira de frente, ella lo mira, si uno se aleja, su mirada lo sigue. Si otra persona hace la misma experiencia desde otro lado, la estatua no deja de hacer lo mismo.

“Entre esas dos estatuas se ve una tercera también de oro, pero que no tiene nada en común con las otras dos. Es el Semeión: sobre la cabeza soporta una paloma de oro.

“Cuando se entra en el templo, a la izquierda se encuentra un trono reservado al Sol, pero la figura de ese dios no existe, el Sol y la Luna son las dos únicas divinidades cuyas imágenes no se muestran; ellos dicen que es inútil hacer estatuas de divinidades que todos los días se muestran en el cielo.”

El culto de Baal en Emesa, representado por la vigorosa verga de Elagábalo, dios negro, es comparable, por sus ritos complejos y sobrecargados, al culto de Tanit-Astarté, la Luna, que, a algunos kilómetros de allí, imponía su rigor en las frescas profundidades del templo de Hierápolis. Era allí, en ese templo consagrado a la vagina de la mujer, a su sexo divinizado, donde un Apolo sudoroso y barbudo salía en las principales fiestas y consagraba sus oráculos a través de la voz del gran sacerdote, avanzando o retrocediendo sobre los hombros de sus portadores. Este Apolo, totalmente de oro, con un agregado de gruesas cerdas negras bajo el mentón, llega sostenido sobre las espaldas de una buena docena de portadores vacilantes y que apenas logran soportar su masa. La muchedumbre se inclina. El incienso se eleva, parece surgir de todos los orificios. En el fondo del templo, el gran sacerdote espera al dios, él mismo cubierto de insignias, sobrecargado de pedrerías, de oropeles, de

plumajes, derecho, endeble, aéreo como el badajo de una campana, sudoroso de oro. En medio del súbito silencio se escuchan pasos, voces, idas y venidas de todo tipo en las cámaras subterráneas del edificio; todo eso forma como tajadas, como estratos superpuestos de murmullos y ruidos. Bajo el suelo, el templo desciende en espirales hacia las profundidades; las cámaras rituales se amontonan, se suceden verticalmente; ocurre que el templo es como un gran teatro, un teatro en que todo sería verdadero.

En el momento en que el dios aparece, el dios ebrio que hace vacilar a sus guardianes, el templo vibra, en correspondencia con los torbellinos estratificados de los subsuelos, conocidos y señalados desde la más remota antigüedad. En las cámaras rituales, y hasta a varios centenares de metros bajo el nivel del suelo, los guardianes se van pasando la noticia, dan voces, golpean gongs, hacen gemir unas trompas cuyos ecos son reproducidos por las bóvedas.

En el ala de los gritos, sobre las nubes giratorias del incienso y de los ruidos, semejantes a masas movibles de humo, el gran sacerdote interroga al oráculo, lo sondea, lo invoca a voz en cuello y rítmicamente. Entonces se ve al dios-loco, cuya barba produce un gran agujero negro en medio del oro en que está completamente ahogado, se lo ve agitarse, echar espuma, como rabioso o trastornado por la inspiración.

Si el oráculo es favorable, si la respuesta del oráculo es “sí”, el dios empuja a sus portadores hacia delante.

Si el oráculo es desfavorable, si la respuesta del oráculo es “no” el dios lleva a sus portadores hacia atrás.

Luciano mismo pretende haber visto un día como ese dios, cansado de las preguntas que le hacían, se liberaba del abrazo de sus guardianes y se lanzaba de un vuelo hacia el cielo. Desde aquí vemos a la muchedumbre, sobrecogida por una especie de terror religioso, que se precipita fuera del templo, pisotea el atrio, tropieza y se arremolina

alrededor de los dos grandes falos altos como pilares, y momentáneamente inutilizados, con sus casi cien codos de altura.

Todo esto apenas pone de manifiesto cierto aspecto exterior de la religión de Astarté, la Luna, extrañamente mezclada a los ritos de Apolo, el Sol barbudo. Pero es preciso insistir en la presencia de esos dos pilares, que se alzaban uno tras otro en la alineación interior del templo. Esos dos pilares, que representan falos, se alzan en el mismo eje del sol, de tal manera que forman, con el punto en que el Sol se eleva en cierta época del año, una especie de línea ideal en la que se inserta el templo, y que hace que la sombra de la primera columna, la columna más cerca al templo, se confunda exactamente con la sombra de la otra.

Esta es la señal de un intenso desbordamiento de sexos, al que todo lo que es especialmente religioso en el reino, y hasta lo que no lo es, no vacila en mezclarse. Pero aquello que para los coribantes es un llamado a la mutilación, para la mayoría del pueblo es un estímulo a la fornicación. Mientras las nuevas vírgenes sacrifican sobre el altar de la Luna su virginidad recién adquirida, sus santas madres, que por un día salen del gineceo familiar, se entregan a los barrenderos del templo, a los guardianes de las esclusas sagradas, que también emergen de sus tinieblas por un día, y vienen a ofrecer su sexo macho a los rayos del sol exterior.

Algunas mujeres se enamoran repentinamente de esos coribantes que arrojan sus miembros mientras corren, que pierden abundantemente su sangre sobre los altares del dios pítico. Y los maridos, los amantes de esas mujeres respetan esos amores sagrados.

Esas explosiones amorosas duran poco tiempo. Pronto las mujeres abandonan los cadáveres de esos hombres cubiertos de vestidos femeninos, que han recibido en su carrera mortal.

Dicho lo cual, debe reconocerse que Siria, que mezcla los templos, que ha olvidado la guerra que en otros tiempos la hembra y el macho sostuvieron en el caos, y las guerras que los feacios o fenicios, que no son semitas, sostuvieron en otros tiempos con los semitas, no por una idea de macho y hembra, sino de masculino y femenino, Siria que reconcilió en sus templos estos dos principios y sus múltiples encarnaciones, de todos modos tiene la disposición a cierta magia natural: cree en los prodigios, y los busca; pero, por sobre todas las cosas, conserva una idea de la magia que no es natural: cree en zonas de espíritus, en líneas místicas de influencia, en una especie de magnetismo errante, y que adopta una forma, y que expresa por medio de figuras sobre sus mapas del cielo Bárbaro, que no tienen nada que ver con mapas de astronomía.

Una mujer, única en su especie en la Historia, fue la encarnación de esa magia y de esas guerras: Julia Domna.

En la confluencia de lo real y lo irreal, ella erige sus grandiosos diseños alimentados por debajo de la respiración de las piedras parlantes, sirviéndole lo maravilloso a la vez de decorado y espejo.

Julia Domna, que ha hecho la guerra, que ha encendido y suscitado guerras para servir a sus ambiciones de mujer y a sus ideas de dominación, también es responsable de esa acumulación de maravillas que llenan la “Vida de Apolonio de Tiana”, escrita por Filóstrato; Apolonio de Tiana el blanco, que recarga la espiritualidad de la tierra con signos hechos en las tumbas.

Le perdono a Julia Domna su casamiento con esa especie de loco romano llamado Septimio Severo; y le perdono sus hijos, más locos aún y más criminales que su padre, por la “Vida de Apolonio de Tiana”, escrita por orden suya, y en la cual tomo yo todo en su sentido literal.

Por otra parte, sin Julia Domna no habría existido Heliogábalo, pero creo que sin esa aleación pederástica de la realeza y el sacerdocio, en que la mujer aspira a ser macho, y el macho a adoptar maneras femeninas, la

feminidad real de Julia Domna, que impregnaban lo maravilloso y la inteligencia, nunca habría pensado en brillar sobre el trono del imperio romano. Para ello se necesitaron circunstancias exteriores, y que ella fuera una verdadera mujer. Todo esto reunido configura un monstruo que conduce a un emperador a la guerra, pero que, una vez pasada la guerra, engendra poetas a su alrededor, como engendraría curanderos o brujos. Todos sus amantes son gente que sirve, que sirve para algo, y que le sirve. Ella mezcla el sexo y el espíritu, y nunca el espíritu sin el sexo, pero tampoco el sexo carente de espíritu. En Siria, y cuando todavía era una niña, se acuesta a diestro y siniestro, pero siempre con médicos, con políticos, con poetas. Se entrega a personas que están en su propia línea, sin preocuparse por las líneas de ellos. Primero ser reina: sus coitos la conducen a la realeza. Y es de suponer que a Septimio Severo lo habrá hecho desear, en el año 179, cuando venía a Siria a tomar el mando de la 4ª. Legión Escítica, y así hasta su casamiento, un poco más tarde. E incluso después.

Gasta sin frenos; y aunque no sabe como Julia Mesa urdir una sutil intriga, prepara grandes planes. La ambición por sobre todas las cosas, y la fuerza. La ambición hasta en la sangre, e incluso una vez por encima de la sangre. Si sus dos hijos buscan matarse ante ella, abandona al muerto por el vivo, porque el vivo se llama Caracalla, y reina. Y porque ella domina a Caracalla con su cabeza y cuida el trono mientras lo envía a guerrear a lo lejos.

Un historiador latino, Dion Casius, cuenta que Julia Domna se acuesta con Caracalla sobre la sangre de su hijo Geta, asesinado por Caracalla. Pero Julia Domna nunca se acostó más que con la realeza, la del Sol primero, de quien es hija; la de Roma luego, que la recubre como un caballo cubre a una yegua.

Sin embargo, esta fuerza no carece de blandura. Hay mucha diversión en la corte de Julia Domna, desde que bajo los auspicios de Julia mesa, su hermana, y de las hijas de esta última, logró implantar en roma las costumbres de Siria.

El esperma corre a mares quizá, pero es un río inteligente ese río de esperma que corre y sabe que no se pierde.

Ya que la blandura, aquí, no es más que la espuma de la fuerza. Una cresta que tiembla en el viento.

Nada abate a esta mujer extraordinaria. Cuando se va la guerra, entra la poesía. Y mientras tanto, su hermana está allí, bajo su dominio, y con ella sus hijas, por quienes se perpetuará la raza del sol.

Heliogábalo nace en Antioquia, en el año 204, durante el reinado de Caracalla.

Y Caracalla, Mesa, Domna, Semia, la madre de Heliogábalo, entonces viuda de Varius Antoninus Macrinus, y Mamea, madre de Alejandro Severo y viuda de Gesius Marcianus, curador del trigo o de las aguas, todos ellos se acuestan todos juntos, se zarandean, banquetean, y excitan a su alrededor los trances de los faquires sirios.

Luego, a lo lejos, adviene cerca de un templo de la luna macho, del dios Lunus, el asesinato de Caracalla, cuando apeado del caballo estaba orinando.

Y Macrino, el nuevo emperador, se instala en el trono de Roma, sin volver nunca más a Roma, imaginando que gobierna todo desde el fondo de Siria, allí donde se encuentra, y donde perpetró el asesinato de Caracalla.

Parecía acabada entonces la realeza de Julia Domna. No obstante Macrino la deja donde está: la respeta; y Julia Domna no da crédito a sus ojos. Sin embargo ya no es verdaderamente reina. Conserva el título, los honores, la escolta (la fuerza armada es importante), y sobre todo el tesoro

de una reina (el tesoro es lo más importante), pero ya no toma parte en el gobierno del imperio, y sigilosamente conspira, para recuperar ese gobierno.

Macrino se entera de todo eso, y apresuradamente llama a Siria a Julia Domna, Julia Mesa, Julia Semia y Julia Mamea, y, además, al pequeño Varius Antoninus, de la familia de los Basianos de Emesa, que llamaremos Heliogábalo, aunque todavía no haya recibido ese nombre.

La madre de Heliogábalo se encontraba en Roma, en el momento en que lo concibe, y en consecuencia Caracalla pudo haber sido su padre, aunque en esa época no tenía más de catorce años. Pero, ¿por qué un romano de catorce años, hijo de una siria, no lograría hacerle un hijo a una siria de dieciocho años? No fue en Roma donde nació Heliogábalo, sino, por casualidad, en Antioquía, en el transcurso de uno de esos viajes misteriosos que la familia de los Basianos había de la corte de Roma al templo de Emesa, pasando por el capital militar de Siria.

De regreso a Siria, Julia Domna, que siempre amó la realeza por sobre todas las cosas, a quien en el fondo nunca le importó el amor (y la poesía de Apolonio de Tiana y de algunos otros siempre fue para ella la forma más alta de la realeza), Julia Domna que no puede soportar el hecho de haber perdido la corona, decide dejarse morir de hambre; y así lo hace.

Julia Mesa y su camada están instaladas nuevamente en Siria.

Estamos en el año 211 de Cristo.

Heliogábalo puede tener siete años, y desde hace ya dos años ha sido consagrado sacerdote del sol. Pero alrededor del pequeño reinado de Emat sobre el que reina Heliogábalo, está la Siria desértica y blanca, de la cual de todos modos sería importante saber algo.

Desde el punto de vista militar es tranquila. Desde el punto de vista físico y geográfico, es poco más o menos idéntica a lo que es hoy. Hoy el Orontes, que bañaba los muros del templo de Emesa como una especie de brazo desviado, ha dejado de bañarlos. Antioquía se llama Antioquía y Emesa se llama Homs. Del templo del Sol ya no queda nada, como si se lo hubiera tragado la tierra. Realmente se lo tragó la tierra, puesto que todavía está allí, se ha construido una mezquita a medio estadio a su derecha, que mira hacia el poniente; pero una simple plaza empedrada recubre sus fabulosos cimientos, donde a nadie se le ocurrió jamás ir a excavar.

En cuanto a la ciudad de Homs, apesta como Emesa, ya que el amor, la carne y la mierda, todo se hace al aire libre. Y las pastelerías al lado de las letrinas, como las carnicerías rituales junto a las otras carnicerías. Todo esto grita, se destapa, hace el amor, arroja el veneno y la esperma como se arrojan escupitajos. En las callejuelas, a grandes pasos rítmicos y semejantes a los que debían dar las grandes estatuas de Asuerus, los comerciantes salmodian en Homs como salmodiaban en Emesa, delante de sus comercios semejantes a verdaderas ferias.

Tiene esos vestidos largos que se ven en los Evangelios, y se ajetrean en medio de olores espantosos, como si fueran saltimbanquis o bufones orientales. Y frente a ellos, pero en el año 211, pasa una muchedumbre, mezclada de esclavos y aristócratas, y por encima de ellos, sobre las alturas de la ciudad, resplandecen las murallas ardientes del templo milenario del Sol.

Al salir de las callejuelas comerciales, donde, entre los detritus de alimentos, se pudren grandes ratas de albañal, acerquémonos al templo mismo, cuyo secreto esplendor hizo soñar a una parte de la antigüedad. A medio estadio del templo los olores se acaban, se hace el silencio. Un vacío atiborrado de sol separa el templo de la ciudad baja, ya que el templo del Sol en Emesa, como casi todos los templos sirios, domina en un

montículo elevado. Ese montículo está hecho de las entrañas de otros templos, de restos de palacios, y de los vestigios de antiguas convulsiones terrestres, que, si se quisiera determinar su origen, nos llevaría a un Diluvio mucho más remoto que el de Deucalión. Un recinto bajo, de adobe rosado, cierra el templo en la cima del montículo, seguido a una distancia del ancho de la plaza de la Concordia, por un segundo recinto de piedras raras, recubiertas por una veladura de mica brillante. Una vez abierta la puerta del segundo recinto, comienzan los ruidos sagrados, los ruidos interiores, y ante la vista se ofrece un espectáculo desconcertante.

Allí está el templo, con su águila de alas abiertas, y que cuida al Falo sagrado. Sobre sus paredes de mármol se estremecen grandes olas de resplandores argentíferos, que recuerdan al espíritu los múltiples gritos que parece lanzar el Apolo Pitio, durante el transcurso de las grandes fiestas solares. Y alrededor del templo, a raudales, saliendo de las grandes alcantarillas negras, desfilan los servidores rituales, como nacidos del sudor del suelo. Ya que en el templo de Emesa, la entrada de servicio está bajo tierra, y nada debe turbar el vacío que bordea al templo más allá del recinto más alejado. Un río de hombres, animales, objetos, materiales, vituallas, nace en varios rincones de la ciudad comercial, y converge hacia los subterráneos del templo, creando alrededor de sus cámaras alimenticias como la trama de una inmensa telaraña.

Este entrecruzamiento misterioso de hombres, animales vivos o desollados, metales llevados por especies de pequeños cíclopes que sólo verían la luz del día una vez al año, alimentos, objetos fabricados, crea en ciertas horas del día un paroxismo, nudos de gritería y de ruidos, pero puede decirse que no se detiene jamás.

Bajo tierra, los carniceros, las escoltas, los carreteros, los distribuidores, que salen del templo por sus partes bajas y hurgan en la ciudad a lo largo de todo el día, para dar al dios rapaz sus cuatro partes cotidianas de alimentos, se cruzan con los sacrificadores, ebrios de sangre,

incienso y oro fundido, con los fundidores, con los heraldos de las horas, con los batidores de metales, clavados en sus cuartos bajos durante todos los días del año, y que sólo emergen el día fatídico de los Juegos Píticos, también llamados Helia Pitia.

Sucede que alrededor de las cuatro grandes comidas rituales del dios solar, gira un pueblo de sacerdotes, esclavos, heraldos, párrocos. Y estas mismas comidas no son simples, sino que a cada gesto, a cada rito, a cada manipulación sangrienta, a cada cuchillo bañado en ácido y secado, a cada nueva vestimenta que Basianus se saca o pone, a cada ruido de golpes, a cada mezcla precipitada de oro, plata, amianto o electro, a cada gozne que gira y que atraviesa los subterráneos radiantes con el ruido de la Rueda Cósmica, responde un vuelo de ideas sombrías y torturadas, de ideas enamoradas de formas que arden en deseos de reencarnarse.

Una masa de oro arrojada en un abismo alimentado por cíclopes, en el preciso instante en que el Gran Sacrificador destroza frenéticamente la garganta de un gran buitre, y bebe su sangre, responde a una idea de la transmutación alquímica de los sentimientos en formas y de las formas en sentimientos, sobre el rito transmitido por los sacerdotes egipcios.

Pero a esta idea de la sangre derramada y de la transmutación material de las formas, corresponde una idea de la purificación. Se trata de aislar la ganancia obtenida de todo sentimiento de goce inmediato y personal por parte del sacerdote; y que este estallido, esta explosión de rápido frenesí puedan volver, sin la sobrecarga de materia, al principio del cual salieron.

Por esto esas innumerables cámaras consagradas a una acción o incluso a un simple gesto, y de las cuales estaban como rellenos los subterráneos del templo, sus entrañas hirvientes. El rito de la ablución, el rito del abandono, de la depravación, del despojo; el rito de la desnudez completa y en todos los sentidos; el rito de la fuerza corrosiva y del salto imprevisto del sol correspondiente a la aparición del jabalí salvaje; el rito de

la rabia del lobo alpino y el de la obstinación del carnero; el rito de la emanación de los tibios calores y el de la gran crepitación solar en la época en que el principio macho marca su victoria sobre la serpiente; todos esos ritos, a través de diez mil cámaras, se corresponden diariamente, o de mes en mes, y de par de años en par de años; se corresponden de un vestido a un gesto, y de paso a un chorro de sangre.

Porque lo que se transmitió al exterior de la religión del sol, tal como se practicaba en Emesa, y que el grueso del pueblo veía, no es más que la parte edulcorada y reducida, y cuya torturadora y abominable inspiración sólo podrían revelar los sacerdotes del dios Pítico.

Si un falo giratorio, y cubierto con múltiples vestidos, señala lo que tiene de negro el culto del sol, los estratos ruidosos que conducen la idea del sol bajo la tierra, realizan de una manera física, con sus trampas y sus encantos tajantes, un mundo de ideas infinitamente sombrías y cuyas ordinarias historias de sexo no son más que el revestimiento.

Esas ideas que determinan el culto del sol, tal como se practicaba en Emesa, conciernen a la maldad cósmica de un principio, al que los pueblos periódicamente cometieron el error de facilitar un detestable escape en las cosas, venerándolo en lo que tiene de negro.

El triángulo invertido que forman los muslos, cuando el vientre se hunde en medio de ellos como una cuña, reproduce el cono oscuro del Erebo, en cuyo espacio maléfico, introducen sus exaltaciones los adoradores del falo solar, que en esto le dan la mano a los devoradores de menstruaciones lunares.

Por lo tanto no es el coito, sino la muerte, y la muerte en la luz desesperante, en la caída de una parte de dios, cuya figura impotente revelan todas esas religiones iniciáticas, impotente y malvada a la vez, como un oro que, para mostrar su soberanía en el terreno de la baja realización, vería desprenderse una parte de sí mismo con el peso del plomo.

Y todo esto, que revela el carácter espantoso de una religión no obstante monoteísta, prueba que Dios mismo es más que lo que de él se hace.

Allí donde las pirámides de Egipto, con sus triángulos contruidos, son un llamado a la luz blanca, en el centro subterráneo del templo de Emesa es preciso pensar en una especie de filtro triangular, un filtro para la sangre humana.

La sangre de los sacrificios de arriba no puede perderse en las cloacas comunes; no debe llegar a las aguas primitivas del mar mezclada con las ordinarias deyecciones humanas: orina, sudor, esperma, escupitajos o excrementos. Y bajo el templo de Emesa hay un sistema de cloacas especiales, donde la sangre del hombre se une al plasma de ciertos animales.

Por esas cloacas en forma de espiral ardiente, cuyo círculo disminuye a medida que avanzan en las profundidades del suelo, esa sangre de seres sacrificados con los ritos requeridos va a llegar a los rincones sagrados de la tierra, a los primitivos filones geológicos, a los estremecimientos coagulados del caos. Esa sangre pura, esa sangre aligerada y sutilizada por los ritos, y que se hizo placentera para el dios de abajo, rocía a los dioses rugientes del Erebo, cuyo hálito termina de purificarla.

Ahora, de la punta de su falo al último circuito de sus cloacas solares, el templo, con las protuberancias de sus nichos, de sus fuentes, de sus bajorrelieves, de sus piedras vibrantes plantadas como clavos en los muros, está totalmente incluido en una especie de inmenso círculo, que corresponde al círculo espasmódico del cielo.

Allí, en el centro de ese círculo ilusorio, y como en el punto viviente de una tela en el minuto en que se sostiene la araña, es donde se

encuentra la cámara del filtro semejante a un triángulo invertido. Y la punta hueca del filtro corresponde en sentido inverso a la punta del falo de arriba.

En esta cámara cerrada, sólo el gran sacerdote desciende con una cuerda, como un cubo en las profundidades de un pozo.

Se lo baja una vez al año, a medianoche, en medio de un acompañamiento de ritos extraños en los que el sexo físico del hombre adquiere una importancia desmesurada.

Ese triángulo tenía en sus bordes una especie de adarve cerrado por una gruesa baranda. Y a ese adarve daban otras cámaras, sin salida hacia la luz exterior, pero en las cuales durante siete días, en un período que corresponde a las Saturnales griegas o romanas, se ejecutaban atroces matanzas.

Vuelvo ahora a Heliogábalo que es joven y se divierte. De tiempo en tiempo lo visten. Lo arrojan sobre los peldaños del templo, le hacen ejecutar ritos que su cerebro no comprende.

Oficia con seiscientos amuletos que crean zonas en su cuerpo. Da vueltas alrededor de los altares consagrados a los dioses y a las diosas; se impregna de ritmos, cantos, olores y múltiples ideas; y llega el día en que todo eso se reúne, en que la sangre del sol sube como rocío en su cabeza, y cada gota de rocío solar se vuelve energía e idea.

Es demasiado fácil decir que fue Julia Mesa, la rata o el azufre, la que condujo toda la intriga destinada a poner a Heliogábalo en el trono de los Césares romanos. Todos aquellos que triunfaron en la vida e hicieron hablar de ellos, no hay duda que tenían algo; y los que, como Heliogábalo, llegaron a ofuscar a la Historia, tenían cualidades que habrían podido cambiar el curso de la misma si las circunstancias hubiesen estado a su favor.

Julia Mesa posee sobre Domna, su hermana, la superioridad de no haber buscado jamás nada para ella misma, de no haber confundido jamás ni la realeza romana, ni la realeza solar de los Basianos con su pequeña persona, y de haber sabido despersonalizarse.

Enviada a Emesa por Macrino, allí transporta tanto el tesoro del imperio acumulado por Julia Domna como el tesoro del sacerdocio sirio que se enmohecía en algún sitio en Antioquía; y encierra todo eso en el interior del recinto del templo, considerado por todos como inviolable y sagrado.

Como rata, hace su trabajo de rata que gira sin descanso alrededor de las cosas. Estimula, alimenta sigilosamente la gloria de Heliogábalo, la alimenta por todas partes y por todos los medios posibles. Y no se preocupa por la calidad de esos medios.

En ese pedestal que pone bajo la estatua sagrada del principito, la belleza de Heliogábalo desempeña un papel, pero también la sorprendente inteligencia de Heliogábalo, y su precoz desarrollo.

Desde muy pequeño Heliogábalo posee el sentido de la unidad, que están en la base de todos los mitos y de todos los nombres; y su decisión de llamarse Elagabalus, y el encarnizamiento con que se obstinó en hacer olvidar su familia y su nombre, y en identificarse con el dios que los cubre, es una primera prueba de su monoteísmo mágico, que no sólo es verbo, sino acción.

Ese monoteísmo, luego, lo introduce en las obras. Y es ese monoteísmo, esa unidad de todo que entorpece el capricho y la multiplicidad de las cosas, lo que yo llamo anarquía.

Poseer el sentido de la unidad profunda de las cosas es poseer el sentido de la anarquía, y del esfuerzo necesario para reducir las cosas llevándolas a la unidad.

Quien posee el sentido de la unidad posee el sentido de la multiplicidad de las cosas, de ese polvo de aspectos por los que se debe pasar para reducirlas y destruirlas.

Y Heliogábalo, como rey, se encuentra en el mejor sitio posible para reducir la multiplicidad humana, y por medio de la sangre, la crueldad, la guerra, llevarla hasta el sentimiento de la unidad.

II

LA GUERRA DE LOS PRINCIPIOS

Si nos acercamos a la Siria de hoy, con sus montañas, su mar, su río, sus ciudades y sus gritos, sentimos la ausencia de algo esencial; pero como el pus hirviente y vital, está ausente del absceso reventado. Algo espantoso, compacto, duro, y si se quiere abominable, abandonó de golpe, brutalmente, como se vacía un pozo de aire, como el “Fiat” tonante de Dios volatiliza sus torbellinos, como se disipa en los rayos del sol traidor una espiral de vahos, abandonó el aire del cielo y las murallas carcomidas de las ciudades, algo que ya no se volverá a ver.

Allí donde la religión de Ictus, el Pez pérfido, en el momento de la muerte, señala con cruces su paso sobre las partes culpables del cuerpo, la religión de Elagabalus exalta la peligrosa acción del miembro sombrío, del órgano de la reproducción.

Entre el grito del coribante que se castra y corre por la ciudad esgrimiendo su sexo, bien rígido y seccionado al ras, y el aullido del oráculo que ruge al borde de los viveros sagrados, nace una armonía encantada y grave, basada en el misticismo. No un acuerdo de sonidos, sino un acuerdo petrificante de cosas y que demuestra que en Siria, un poco antes de la aparición de Heliogábalo y hasta algunos siglos después

de él, hasta la crucifixión, sobre el frontispicio del templo de Palmira, de Valerio, emperador romano, cuyo cadáver fue pintarrajeado de rojo, el culto negro no temía mostrar sus encantos al sol macho, hacerlo cómplice de su triste eficacia.

¿Qué significa y en qué consiste finalmente esta religión del Sol en Emesa, por cuya difusión, después de todo, Heliogábalo dio su vida?

No es suficiente que el olor del hombre persista todavía en las ruinas del desierto, que un soplo menstrual corra entre los torbellinos masculinos del cielo; no es suficiente que el eterno combate del hombre y la mujer pase por los canales surcados de las piedras, por las columnas de aire recalentadas.

El asombroso coloquio mágico que opone el cielo a la tierra y la luna al sol, y que la religión de Ictus, el Pez, ha destruido, si bien no se ejerce ya en el humor ritual de las celebraciones, está en el origen de nuestra actual inercia.

Podemos despreciar a distancia la sangrienta aspersion de los Taurobolios, a la cual se entregan los adeptos al culto de Mitra, sobre una especie de línea mística, cuyo trayecto nunca fue superado, y que va desde las altiplanicies del Irán hasta el recinto cerrado de Roma; podemos taparnos la nariz de horror ante la emanación mezclada de sangre, esperma, transpiración y menstruaciones, unida a ese íntimo olor a carne corroída y sexo sucio que se alza de los sacrificios humanos; podemos gritar de asco ante el prurito sexual de las mujeres, que al ver un miembro recién arrancado se sienten perdidamente enamoradas; podemos abominar de la locura de un pueblo en trance que, desde lo alto de las casas en que los coribantes arrojaron sus miembros, les lanzan vestidos de mujer sobre los hombros, al tiempo que invocan a sus dioses; pero no podemos pretender que todos estos ritos no contienen una suma de espiritualidad violenta que supera sus excesos sangrientos.

Si en la religión del cristo el cielo es un Mito, en la religión de Elagabalus en Emesa, el cielo es una realidad, pero una realidad en acción como la otra y que reacciona peligrosamente sobre la otra. Todos esos ritos hacen confluír el cielo, o lo que de él se desprende, en la piedra ritual, hombre o mujer, bajo el cuchillo del sacrificador.

Esto ocurre porque hay dioses en el cielo, dioses, es decir fuerzas que no esperan sino el momento de precipitarse.

La fuerza que recarga los macareos, que hace beber el mar a la luna, que hace subir la lava en las entrañas de los volcanes; la fuerza que sacude las ciudades y deseca los desiertos; la fuerza imprevisible y roja que en nuestras cabezas hace hervir los pensamientos como otros tantos crímenes, y los crímenes como otros tantos piojos; la fuerza que sostiene la vida y la que hace abortar la vida, son otras tantas manifestaciones sólidas de una energía cuyo aspecto pesado es el sol.

Aquel que remueve los dioses de las religiones antiguas, y revuelve sus nombres en el fondo de su chimenea como con el gancho de un traperero; aquel que se enloquece ante la multiplicidad de los nombres; aquel que encuentra similitudes entre los dioses, cabalgando de un país al otro, y las raíces de una etimología idéntica en los nombres de los cuales están hechos los dioses; y que, después de haber pasado revista a todos esos nombres, a las indicaciones de sus fuerzas y al sentido de sus atributos, se escandaliza ante el politeísmo de los antiguos, que por eso llama Bárbaros, es porque él mismo es un Bárbaro, es decir un europeo.

Si los pueblos, a medida que andaba el tiempo, han vuelto a hacer a los dioses a su imagen y semejanza; si han extinguido la idea fosforescente de los dioses y, partiendo de los nombres con que los encerraban, se mostraron impotentes de remontarse hasta la descarga inicial, hasta la revelación del principio que esos dioses quieren manifestar, por medio de los contactos concéntricos de las fuerzas, por medio de la imantación aplicada y concreta de las energías, hay que acusar histórica e

individualmente a esos pueblos, y no a los principios, y menos aún a esa idea superior y total del mundo que el Paganismo quiso restituírnos. Y como en el fondo de las ideas, sólo pueden juzgarse por su forma, puede decirse que, tomados en el tiempo, el desarrollo innumerable de los mitos – al que corresponde, en los colmados subterráneos de los templos solares, el amontonamiento sedimentario de los dioses- no nos da la idea de la formidable tradición cósmica que está en el origen del mundo pagano, del mismo modo que las danzas de los bufones orientales y las tretas de los faquires que vienen a exhibirse en las escenas europeas no son capaces de transmitirnos el espíritu de liberación sin imágenes o la misteriosa conmoción de las imágenes que provienen de un gesto verdaderamente sagrado.

El espíritu sagrado es aquel que permanece pegado a los principios con una fuerza de identificación sombría, que se asemeja a la sexualidad, a la sexualidad en el plano más próximo a nuestros espíritus orgánicos, a nuestros espíritus obstruidos por el espesor de su caída. Esta caída acerca de la cual me pregunto si representa el pecado. Ya que en el plano en que las cosas se elevan, esta identificación se llama Amor, una de cuyas formas es la caridad universal, y la otra, la más terrible, se convierte en el sacrificio del alma, es decir en la muerte de la individualidad.

Todas estas luchas de dios contra dios, y de fuerza contra fuerza, en que los dioses sienten crujir entre sus dedos las fuerzas que se supone deben dirigir; esta separación de la fuerza y del dios, en que el dios queda reducido a una especie de palabra que cae, una efigie consagrada a las más horrorosas idolatrías; ese ruido sísmico y ese temblor material en los cielos; esa manera de clavar el cielo en el cielo, y la tierra en la tierra; esas casas y esos territorios del cielo que pasan de mano en mano y de cabeza en cabeza, mientras cada uno de nosotros, aquí, en su cabeza, recompone sus dioses; esta ocupación provisional del cielo, aquí por medio de un dios y su rabia, y allá por medio del mismo dios transformado; esta toma de

posesión de los poderes, que es reemplazada, como la eterna pulsación de un espasmo, de abajo arriba y de arriba abajo, por otras tomas de posesión de los poderes; esta respiración de las facultades cósmicas, semejantes, en el plano superior, a las facultades sepultadas y groseras que duermen en nuestras individualidades separadas, y a cada facultad le corresponde un dios y una fuerza, y nosotros somos el cielo sobre la tierra, y ellos se han convertido en la tierra, la tierra retirada en lo absoluto; esta inestabilidad tormentosa de los cielos que nosotros llamamos Paganismo, y que a veces nos deja ciegos, que nos acribilla con sus verdades, fuimos nosotros, fue nuestra Europa cristiana, fue la Historia la que la fabricó.

Si lo reubicamos en el tiempo, ese innumerable despliegue de dioses que los pueblos, en su avance histórico, desparraman sucesivamente en los cielos –a menudo el mismo emplazamiento del cielo visible está ocupado por efigies de naturaleza contraria, y esos dioses son hombre y mujer, y el dios-mujer recubre la efigie masculina del dios que es igual a él; e Ishtar, nombre de origen masculino, termina por significar la luna, y la luna en el mismo punto del espacio y del tiempo, entorpecida por un falo y un ktels, que hace el amor consigo misma, y desparrama su rocío de niños-, si lo reubicamos en el tiempo, ese pataleo alrededor de los principios no empaña su validez inicial del mismo modo que las masturbaciones de un idiota onanista no empañan el principio de la reproducción.

Si los pueblos terminaron por considerar a los dioses como seres verdaderamente separados, si se equivocaron acerca del significado de esos dioses, debemos observar que cada pueblo, tomado individualmente, y en el mismo punto del espacio y el tiempo, siempre trató de organizar jerárquicamente sus poderes, y que allí donde un femenino recubrió un masculino e inversamente, en la cabeza y el corazón del pueblo que por encima de él desplegaba esos dioses contradictorios por esencia, el masculino era el masculino, y el femenino el femenino sin inversión nominal

posible; quiero decir que inmediatamente, el mismo nombre nunca servía a dos formas, si a uno le interesa considerar esas formas como entidades verdaderamente separadas, sino que el mismo nombre a menudo era la contracción de dos formas, hechas, aparentemente, para devorarse entre sí; y la Siria de la época de Heliogábalo poseía hasta un punto supremo la noción de esa misteriosa fusibilidad.

Aquello que diferencia los paganos de nosotros, es que en el origen de todas sus creencias hay un terrible esfuerzo para no pensar como hombres, para conservar el contacto con toda la creación, es decir con la divinidad.

Bien sé que el más ínfimo impulso de amor verdadero nos acerca mucho más a Dios que toda la ciencia que podamos poseer de la creación y sus grados.

Pero el Amor que es una fuerza no funciona sin voluntad. No se ama sin la voluntad, la cual pasa por la conciencia, es la conciencia de la separación consentida la que nos lleva a la separación de las cosas, la que nos conduce a la unidad de Dios. El amor se gana primero por la conciencia, y luego por la fuerza del amor.

No obstante, hay varias estancias en la casa de mi padre. Y aquel que arrojado a la tierra con la conciencia del idiota, después de sabrá Dios qué hazañas y qué faltas en otros estados u otros mundos que valieron su idiotez; pero exactamente con la conciencia necesaria para amar, y amar en un soltarse sin palabras, en un maravilloso impulso espontáneo; aquel a quien se le escapa todo lo que es el mundo, que no conoce del amor sino la llama, la llama sin la irradiación y la multitud del hogar, tendrá menos que aquel otro cuyo cerebro alcanza la creación entera, y para quien el amor es un minucioso y horrible desprendimiento.

Pero –y es la eterna historia del dedal- tendrá todo lo que puede absorber. Gozará de una felicidad cerrada, pero que, cubriendo toda su medida, le dará también a él la sensación de la inmensidad.

Hasta el día en que ese pobre de espíritu será barrido como las otras cosas. Le quitarán su inmensidad. Nos juzgarán a todos, grandes y pequeños, después de nuestro paraíso de delicias, después de la felicidad que no es todo, quiero decir que no es el Gran Todo, es decir nada. Nos confundirán, nos fusionarán hasta el Uno, Uno Solo, el gran Uno cósmico, que pronto será reemplazado por el Cero infinito de Dios.

Dicho lo cual, vuelvo a los nombres contradictorios de los dioses. Y a esos dioses los llamo nombres; no los llamo dioses. Digo que esos nombres formaban fuerzas, maneras de ser, modalidades de la gran potencia de ser que se diversifica en principios, esencias, sustancias, elementos. Las religiones antiguas desde sus orígenes quisieron echar una mirada sobre el Gran Todo. No separaron el cielo del hombre, el hombre de la creación entera, desde la génesis de los elementos. Y puede decirse incluso que en sus orígenes no se engañaron respecto de la creación.

El catolicismo cerró la puerta, como el budismo la había cerrado antes. Voluntariamente y a sabiendas cerraron la puerta, diciéndonos que no necesitábamos saber.

Ahora, yo considero que necesitamos saber, y que lo único que necesitamos es saber. Si pudiéramos amar, amar de un solo golpe, la ciencia sería inútil; pero ya no sabemos amar, por efecto de una especie de ley mortal que proviene de la misma pesadez y riqueza de la creación. Estamos sumidos en la creación hasta el cuello; lo estamos con todos nuestros órganos: los sólidos y los sutiles. Y es duro llegar a Dios por el camino escalonado de los órganos, cuando esos órganos nos fijan al mundo en que nos encontramos y tratan de convencernos de que no hay otra realidad. Lo absoluto es una abstracción, y la abstracción requiere una fuerza que es contraria a nuestro estado de hombres degenerados.

No debe asombrar después de esto si los paganos terminaron por volverse idólatras, si llegaron a confundir las efigies con los principios, y si el poder de atracción de los principios a la larga se les escapó.

Y nosotros, cristianos, ¿no hacemos acaso lo mismo? ¿No tenemos también nosotros nuestras efigies, nuestros tótems, nuestros trozos de dios, que, en la cabeza y el corazón de los individuos que los adoran, también llegarán a consolidarse en formas, a separarse en multitudes de dioses?

Una cosa nombrada es una cosa muerta, y muerta porque está separada. Demasiada devoción a coronas de espinas, a maderos de la cruz, a corazones de Jesús venerados en todas partes, a Sangres y Crismas, a Vírgenes múltiples, en fin, que ya sean negras, blancas, amarillas o rojas, corresponden a otras tantas adoraciones separadas, representan para los individuos que a ellas se entregan el mismo peligro del espíritu, la misma amenaza de caída en una irremediable idolatría que las alteraciones de la energía creadora en el misterio de los dioses paganos.

Dios es pensado en la conciencia, no la conciencia cósmica, sino la conciencia de los individuos, y para una conciencia que piensa en imágenes y formas, ¿quién se atreverá a decir cuál es el hombre que no terminó por tomar sus imágenes como si fueran sus pensamientos?

El dogma cristiano está contenido en el Credo, de acuerdo, pero del credo a mi conciencia individual hay un mundo de interpretaciones, bibliotecas de santos, herejías y concilios. Y tan sólo el infierno no ha cambiado jamás.

Por otra parte el catolicismo, que cierra la puerta del conocimiento, abre la del misticismo. Convirtió en secreto aquello que debe ser secreto. Llama con un nombre más duro aquello que está en el origen de las iniciaciones antiguas. Pero el resultado final es el mismo, pese a la diferencia del vocabulario y de las concepciones.

No obstante, en el amor radica el conocimiento; y dudo que los santos cristianos, quemados en su carne, despojados hasta la punta de su ser, hasta el vértigo de aquello que ya no es, hayan llegado alguna vez a superar este espantoso corte en donde todo aquello que es se reduce y culmina en aquello que no es.

Nuevamente vuelvo a los dioses, a esos dioses devastadores y que se comen mutuamente, como cangrejos en una cesta.

Es apasionante constatar que cuanto más viejo es un culto, tanto más terrible es la imagen que se hace de los dioses; y que sólo su aspecto terrible puede hacernos comprender a los dioses.

Se debe a que los dioses sólo valen por el Génesis, y por la batalla en el caos. En la materia no hay dioses. En el equilibrio no hay dioses. Los dioses nacieron con la separación de las fuerzas y morirán con su unión.

Cuanto más cerca están de la creación, tanto más espantosas son sus figuras, figuras que corresponden a los principios que están en ellos.

Platón habla de la naturaleza de los dioses; los identifica con los principios, sin permitir no obstante que veamos con mayor claridad en esos principios que son fuerzas, y en esas fuerzas que son dioses.

Le preguntaron a Jámblico por qué el sol y la luna que son dioses son visibles, ya que los dioses no tienen cuerpo.

Y esto es lo que responde Jámblico en el “Libro de los Misterios”.

“Los dioses no están contenidos en los cuerpos, sino que sus vidas y sus acciones divinas los contienen; no están orientados hacia los cuerpos, sino que los cuerpos que contienen están orientados hacia la causa divina”.

Fueron las capas bajas de la población las que crearon los dioses que nos arrojan a la cabeza, y si aún ahora, para no hablar sino de los autores que se falsifica en las clases, fuéramos capaces de comprender a Platón como debe ser comprendido, podríamos, por el camino del esoterismo antiguo, elevarnos hasta una noción de los dioses–principios

que no debe confundirse con las figuraciones antropomórficas de los dioses.

Y por lo demás toda la cuestión radica en lo siguiente:

¿Realmente existen los principios, quiero decir, principios separados y que existan detrás de las cosas? O, en otros términos, los dioses de la nomenclatura pagana, ¿tienen acaso una existencia menos afirmada y menos válida que los principios que utilizamos para pensar?

Y esta pregunta engendra otra: ¿Existen en el espíritu del hombre facultades realmente separadas?

Por otra parte es factible preguntarse si un principio es algo más que una simple facilidad verbal; y esto nos conduce a la cuestión de saber si existe algo fuera del espíritu que piensa, y si, en lo absoluto, los principios existen como realidades, o como seres que dividen sus energías.

¿En qué medida, y por más atrás que nos remontemos en el origen de las cosas, hay principios, que viven como realidades separadas y escapan a un juego del espíritu en torno a los principios? ¿Y existen acaso en el hombre mismo algo así como facultades-principios, que tendrían una existencia distinta, y podrían vivir separadas?

¿Existen momentos de la eternidad que puedan determinarse como se determinan las notas de música y luego se los reconoce por medio de los números?, ¿y están separadas esas notas?

Para los alquimistas, esos momentos de la eternidad que son determinables corresponden a la aparición de la estrella en el crisol.

Este problema me parece estúpido, ya que lo absoluto no necesita nada. Ni dios, ni ángel, ni hombre, ni espíritu, ni principio, ni materia, ni continuidad.

Pero si en la continuidad, en la duración, en el espacio, en el cielo de arriba y el infierno de abajo, los principios vienen separados, no viven como principios sino como organismos determinados. La energía creadora

es una palabra, pero que posibilita las cosas excitándolas con su avivafuego. Y del mismo modo que en el mundo creado existen todas las cualidades de la materia, todos los aspectos de la posibilidad, elementos que se cuentan con los números, y se miden por su densidad, del mismo modo el flujo creador que arde al contacto con las cosas –y cada llamarada de la vida sobre las cosas equivale a un pensamiento-, ese flujo en los organismos cerrados, que van desde nuestra burda materialidad hasta la más improbable sutileza, compone lo que se llaman Seres, y que no son nada más que soplos en la duración.

Los principios sólo valen para el espíritu que piensa, y cuando piensa; pero fuera del espíritu que piensa, un principio se reduce a nada.

No se piensa el fuego, el agua, la tierra, el cielo; se los reconoce y se los nombra, puesto que son; y bajo el agua, el fuego, la tierra o el cielo, bajo el mercurio, el azufre y la sal, hay materias todavía más sutiles, que el espíritu no puede nombrar, puesto que no aprendió a conocerlas, pero que algo más sutil que espíritu, mucho más profundo que todo cuanto está en nuestras cabezas, presente y podrá reconocer cuando haya aprendido a nombrarlas. Ya que si los principios valen para el espíritu, las cosas valen para las cosas; y no hay pausa en la sutileza de las cosas, así como tampoco hay obstáculo para la sutileza del espíritu.

En la cumbre de las esencias fijas que corresponden a las innumerables modalidades de la materia, está aquello que, en la sutileza de las esencias, en la violencia del fuego ígneo, corresponde a los principios generadores de las cosas, que el espíritu que piensa puede llamar principios, pero que, en relación a la totalidad hirviente de los seres, corresponden a grados conscientes de la Voluntad en la Energía.

No hay un principio de la materia sutil, un principio del azufre o de la sal, pero más allá de la sal, del mercurio o del azufre, hay materias mucho más sutiles, que hasta la punta de la vibración orgánica, pone de manifiesto

la diversidad del espíritu mediante las cosas; y para quien pida que le presenten estas cosas, sólo los números pueden poner de manifiesto su existencia separada.

Por cierto no estoy a favor de la dualidad Espíritu-Materia; pero entre la tesis que atribuye todo al espíritu y la que atribuye todo a la materia, digo que no hay conciliación posible, mientras se permanezca en un mundo en que el espíritu sólo podrá devenir si consiente en materializarse.

La materia sólo existe “por” el espíritu, y el espíritu sólo “en” la materia. Pero al fin de cuentas, siempre es el espíritu el que conserva la supremacía.

Y a este problema de saber si hay principios que puedan poner de manifiesto las cosas, ahora me parece fácil responder que no hay principios, sino cosas; y del mismo modo que hay cosas sólidas, y en las sólidas, singularidades, y reuniones de materia única que dan idea de lo perfecto, del mismo modo hay seres que manifiestan el Ser que proviene de la Unidad.

Y todo esto no vale sino para este mundo que se hincha y se torna áspero, y para el ojo del espíritu que proyectamos en medio de las cosas, y cuando lo proyectamos. Pero se ve fácilmente que aunque en el espíritu no hay nada, todo lo que es, es función del espíritu. Y las cosas son funciones del espíritu. Ellas poseen una utilidad pasajera y funcional; pero que no vale sino para lo creado.

Nada existe salvo como función, y todas las funciones se reducen a una; y el hígado que vuelve a la piel amarilla, el cerebro que se sifiliza, el intestino que arroja los residuos, la mirada que despide sus rayos y que cambia el sitio de los rayos, se reducen para mí, si expiro, a lo que me pesaba vivir, y a mi deseo de ponerle fin.

Además, puede hacerse la misma operación destructiva o más bien compresiva, y que elimina los aspectos accidentales de las cosas para conducir las a la unidad, a propósito de cualquier cosa. Y yo la efectúo a propósito de los Números, ya que para quien piensa por Números, también esos se reduce a una facultad separada y que sólo vive si es separada y en el instante en que es separada; pero no se requiere adicionar las cosas para darse cuenta de su duración. Yo me veo obligado a hacer un gran esfuerzo mental para considerar lo que existe bajo el ángulo de la cantidad o más bien de lo que se separa y se numera, y termina por formar un siniestro total. Y que no se diga que el Número en el sentido en que lo entiende Pitágoras no se reduce a la cantidad sino que al contrario se reduce a la ausencia de cantidad. Y que el número escrito en su más alta acepción es un símbolo de aquello que no se puede llegar a numerar o medir.

Creo haber impuesto ya a mi espíritu estancias bastante terribles en la ausencia de cantidad, como para poseer al menos una noción de esto. Pero se lo numero o no, el estado que desemboca en la separación de los principios, quiero decir de las efigies, obedece a leyes que los Números pueden revelar.

Los Números, es decir los grados de la vibración.

Y si el Número 12 da la idea de la Naturaleza en su punto de expansión perfecta, de madurez integral, es porque contiene tres veces el ciclo completo de las cosas, que se representa por 4; y 4 es la cifra de la realización en lo abstracto o de la cruz en el círculo, y de los 4 puntos o nudos de la vibración magnética por los cuales todo lo que es debe pasar; y 3 es ese triángulo que aspira tres veces el círculo, el círculo que contiene 4, y lo gobierna por la Tríada, que es el primer módulo, la primera efigie o la primera imagen de la separación de la unidad.

Todos estos estados o nudos, todos estos puntos, estos grados de la gran vibración cósmica están vinculados entre sí y ellos se gobiernan.

Pero si el 3, puro o abstracto, permanece fijo en el principio, 4 –solo-, cae en lo sensible donde gira el alma, y 13 en la realidad pisoteada, donde es preciso luchar para comer, pero sin comer.

Ya que si 12 posibilita la guerra, todavía no la engendra, 12 es la posibilidad de la guerra, la tantalización de la guerra sin guerra, y hay 12 en el caso de Tántalo, en esa pintura de fuerzas estables, pero hostiles, porque son oponibles, y que todavía no pueden comerse.

La guerra de las efigies, de las representaciones o de los principios, con mitos en su cara externa y magia efectiva por debajo, es la única explicación válida del mundo antiguo. Ella muestra claramente la naturaleza de sus preocupaciones.

Y esta guerra de arriba está representada por la carne. Al menos una vez se encarnó en la carne; al menos una vez, una prolongada e inmensa vez, perturbó el gobierno de las cosas humanas, con luchas inexpiables, y donde los hombres que luchan sabían por qué lo hacían.

Ella arrojó una contra otra no a dos naciones, no a dos pueblos, no a dos civilizaciones, sino a dos razas esenciales, a dos imágenes del espíritu hecho carne y que lucha con la carne.

Y esta guerra del espíritu en hostilidad consigo mismo, que duró tanto como varias civilizaciones juntas, como puede verse en los “Puranas”, no es legendaria, sino real. Ocurrió. Y todos los principios, cada uno con su energía y sus fuerzas, estuvieron presentes. Y sobre todo los dos principios de los que pende la vida cósmica: lo masculino y lo femenino.

No contaré el cisma de Irshú, pero fue el que desencadenó esa guerra, el que puso al hombre de un lado, a la mujer del otro; el que otorgó a seres de carne la noción de su herencia superior, el que separó el sol de la luna, el fuego del agua, el aire de la tierra, la plata del cobre y el cielo de

los infiernos. Ya que la idea de la constitución metafísica del hombre, de una jerarquía ideal y sublime de estados, donde la muerte nos arroja para conducirnos a la ausencia de estados, a una especie de inconcebible No-Ser que nada tiene que ver con la nada, está basada en la separación del espíritu en dos modos, macho y hembra, de los que es preciso saber cuál es el principio del otro, cuál produjo el nacimiento del otro, cuál es macho, cuál hembra, cuál activo y cuál pasivo.

Al parecer estos dos principios primero quisieron saldar cuentas solos y por encima de las masas de hombres inconscientes que luchaban.

Pero la guerra sólo se hizo furiosa, sólo se torno realmente inexpiable y despiadada el día en que se convirtió en religiosa, y en que los hombres tomaron conciencia del desorden de los principios que regían su anarquía.

Para terminar con esa separación de los principios, para reducir su antagonismo esencial, fue que tomaron las armas y se arrojaron unos contra otros, persuadidos de que sólo una reducción de materia carnal era capaz de equilibrar en el cielo, y de provocar esa fusión, esa ubicación de esencias, que sólo se logra con sangre.

Y esa guerra se encuentra por entero en la religión del sol, y se la encuentra a un grado sangriento pero mágico en la religión del sol, tal como se practicaba en Emesa; y si desde hace siglos terminó de arrojar unos guerreros contra otros, Heliogábalo sigue su huella en la línea de aspersión de los Taurobolios, línea mágica que él va a señalar, al volver a roma, con crueldades físicas, con teatro, con poesía y con auténtica sangre a la vez.

Si en lugar de detenerse en sus infamias porque su descripción anecdótica satisface su gusto por el libertinaje y su pasión por la facilidad, los historiadores hubiesen tratado realmente de comprender a Heliogábalo por encima de su psicología personal, es en la religión del sol donde habrían encontrado el origen de sus excesos, de sus locuras y de su alto

libertinaje místico, que posee a los dioses como coadjutores y testigos. Por sobre todas las cosas habrían observado ese detalle de la tiara solar, el cuerno de Escandro, es decir de Carnero, que hace de Heliogábalo el sucesor en la tierra y el ayudante de Ram, y de su maravillosa Odisea Mitológica. Y entonces habrían comprendido la razón de ser y el origen de esa increíble mezcla de cultos: luna, sol, hombre, mujer, de la cual Siria es la viva figura y la impresionante geografía.

Se crea o no en una raza de Instructores Sobrehumanos que llegaron del polo en el momento del primer hundimiento de la tierra y que parecen deslizarse con ella para dirigirse a la India, es preciso admitir, en un período muy anterior a la Historia, la invasión de un pueblo de raza blanca, que esgrime insignias, ritos y extraños objetos sagrados, a manera de armas sobrenaturales.

Según parece al fin de cuentas fueron los partidarios del Blanco, es decir del Macho, quienes conservaron el terreno conquistado; pero al conservarlo, pierden la noción del principio intocable, y único que habían vendido a revelar a los autóctonos del Palistán.

Los “Vedas” parecen dar fe de esta alteración del principio en un texto misterioso:

“SOLAMENTE ALGUNOS NEGROS, ALGUNOS ROJOS Y ALGUNOS AMARILLOS PERMANECERAN, PERO LOS HIJOS DE LA LUZ BLANCA SE HABRAN IDO PARA SIEMPRE”.

Y mientras los adeptos del Blanco, o Hindúes, se adueñan de la India, a la que organizan de acuerdo con la ley del cielo y bajo el signo del Carnero legado por Ram, los “Pinksahs” o “Rojos”, que comen las menstruaciones de la mujer y han puesto su tinte en sus estandartes, buscan allí, a lo lejos, una tierra que se les asemeje, y bajo el nombre de

Fenicios tejen al borde del mar una púrpura inalterable, que más que la fuerza de su industria señala la duración de sus creencias.

Sin una guerra por los principios, la religión del sol, primero hostil a la de la luna, nunca se hubiera arriesgado a confundirse con ella hasta el punto de mezclarse inextricablemente. Yo no veo de qué manera pueda decirnos la Historia por qué milagro un pueblo surgido de los fenicios, devotos de la mujer, pudo alzar en sus tierras, y más alto que todos los demás, un templo al culto del sol, es decir de lo Masculino.

El caso es que Heliogábalo, el rey pederasta y que pretende ser mujer, es un sacerdote de lo Masculino. Realiza en sí mismo la identidad de los contrarios, pero no sin esfuerzo, y su pederastia religiosa no tiene otro origen que una lucha obstinada y abstracta entre lo Masculino y lo Femenino.

Pero si en todos los países donde uno trata de ponerse directamente en comunicación con las fuerzas separadas de Dios, hay templos para el sol, y templos enemigos para la luna, y otros templos para el sol y la luna mezclados, nunca, en ningún momento de la Historia, y en un espacio de tierra tan pequeño conmovido por esas luchas, se encuentra como en Siria semejante reunión de templos, donde el macho y la hembra se devoran, y a la vez se mezclan y separan sus facultades.

En mi opinión la vida de Heliogábalo es el ejemplo tipo de esta clase de disociación de principios; y es la imagen en pie –y llevada al más alto grado de la manía religiosa, de la aberración y de la locura lúcida- la imagen de todas las contradicciones humanas, y de la contradicción en el principio, lo que yo he querido describir de él, como se verá en el capítulo siguiente.

III

LA ANARQUÍA

En el año 217 en Emesa, Heliogábalo aún no tiene catorce años pero ha alcanzado ya ese grado de belleza perfecta que nos muestran todas sus estatuas. Tiene las redondeces de una mujer, una cara de cera lisa, ojos que viran al oro quemado. Se ve que nunca será muy alto, pero está admirablemente proporcionado, con los hombros a la egipcia, anchos aunque caídos, caderas delgadas, un posterior que no tiene nada de prominente. Sus cabellos tiran al rubio castaño; su carne demasiado blanca está azulada por las venas, cubierta por extrañas livideces en los pliegues y las sombras.

Sus labios son un tanto abultados, vistos de perfil, como el gollete cortado de una botella. Aún no es tal como se lo ve en el Louvre, con ese vello bajo el mentón que se enrula como los pelos de un pubis rubio; y sobre todo esa boca ruin, esa boca agujereada de chupador.

Está en el apogeo de la belleza de un efebo que va a emplear su belleza.

Pero ese femenino desbordante, esa huella venusiana que se transparenta incluso bajo las luces, las luces de la tiara solar que se pone todas las mañanas, se lo debe a su madre; a su madre, a la ramera, la prostituta, la zorra que nunca supo hacer otra cosa que ofrecerse a la sevicia del Masculino. Y cuando, a propósito de Julia Semia, hablo de sevicia del Masculino, quiero decir con ello que el celo de Julia Semia no se limitaba a un simple acercamiento de epidermis, sino que se entregaba con una idea ritual y por principio no a los machos que la deseaban, sino a los que ella elegía.

“Vivía como cortesana –dice Lampridio-, incapaz de resistir sus caprichos. Y todos, hasta los más mínimos esclavos, enrojecían de sus libertinajes”.

Ella se identifica con Venus, la luna húmeda, lo femenino tibio, pero que no desciende hasta lo negro. Por lo demás no digo que esta identificación ritual le haya impedido una o dos veces entregarse dejando a un lado los principios.

El caso es que Julia Semia, desde el punto de vista sexual, es lo que se llama un “bocado de primera”. De las cuatro Julias ella es físicamente la más perfecta. Responde a ese canon de la belleza femenina un poco gorda, inventado por Alberto Durero. Es decir que hay alquimia en su físico, mil años antes de la alquimia.

Redondeada y firme, tal como nos la muestran sus estatuas y medallas, con la piel ambarina, también ella empolvada de oro, con esa eterna bruma grisácea que oscurece su piel.

Su insignia es la violeta “loneh”, la flor del amor y del sexo, porque se deshoja como un sexo. Y sobre su hombro, la paloma “lonah”.

Como Domna, se entrega a quien le sirve; y sabe olfatear a quien le servirá.

O más bien, y esto es lo notable de su caso, sus amores le sirven a Heliogábalo, parecen hechos, aparecen combinados para la gloria de Heliogábalo, el efebo a quien seguirá hasta en la muerte.

Heliogábalo corresponde bien a ese amor, como lo reconoce un historiador antiguo. Lampridio, que no llegará a decir que Heliogábalo es un buen hijo, sino que al contrario da a entender que en el amor de Heliogábalo por su madre hay incesto; y una pizca de inversión sexual en el de Julia Semia por su hijo.

“Se sentía tan apegado a Semiamira, su madre –dice Lampridio-, que no hizo nada en la república sin consultarla, mientras que ella, que vivía como una cortesana, se abandonaba en el palacio a todo tipo de desórdenes. Por eso, sus relaciones conocidas con Antonio Caracallus dejaban naturalmente algunas dudas sobre los orígenes de Varius o Heliogábalo. Incluso hay quienes llegan a decir que el nombre de Varius le había sido dado por sus condiscípulos, como nacido de una cortesana, y, por consecuencia, de la mezcla de varias sangres”.

En los amores, en la facilidad y, puede decirse, en la apatía sexual de Julia Semia, en esa mezcla variada de simientes, hay una voluntad y un orden. Incluso hay una unidad, una especie de misteriosa lógica que no carece de crueldad.

Crueldad contra sí misma primero:

“Mesa, mujer ambiciosa en extremo y resuelta a arriesgarlo todo antes que permanecer en la oscuridad de la condición privada, en cuanto se enteró de esas disposiciones favorables (la de los soldados para con heliogábalo), se sintió en el deber de aprovecharlas. Empezó por esparcir el rumor de que el joven Heliogábalo era no sólo pariente, sino hijo de Caracalla; y sin temor a deshonar a su hija, decía que este emperador la había matado y que por él ella había tenido todo tipo de favores. Y esta versión impresionó mucho a los soldados”.

Lejos de protestar, Semia se hace cómplice de su madre, se convierte en la aliada de su madre en la revelación de su adulterio. Se honra con aquello que, para otra mujer cualquiera, sería la prueba de su infamia. Ella reivindica esta infamia, este deshonor: Sí, amó a Caracalla, sí, se entregó a Caracalla. Lo grita por todas partes, y señala la fecha. Y para que verifiquen esa fecha ofrece todas las referencias deseables. Fue en el año 203 en Roma, cuando todavía no era viuda, en el palacio de Caracalla, en el mismo cuarto de Caracalla. Sí, ese guerrero estuvo sobre ella: es el padre de Heliogábalo.

Y para los soldados que acampan en Emesa e idolatran a Caracalla, Heliogábalo es el rey que hace falta, es el descendiente del dios ecuestre. Es el hijo de un guerrero.

Muestran ese guerrero a los soldados. Mientras Semia asegura su raza, prueba su alta filiación, Julia Mesa se lo lleva a los soldados como una momia, como un relicario, como en Santas Marías del Mar, en Provenza, les ofrecen a los gitanos reunidos un brazo conservado de María Egipcíaca o las cabezas de las otras dos Marías.

Alrededor del templo de Emesa hay misteriosos movimientos. Julia Mesa ha encendido los ánimos. Los sótanos del templo están atestados de oro real, del oro romano llevado por Domna a Antioquía, y transportado por Mesa del minúsculo templo de Antioquía, que termina de extinguirse en el extremo de su larga calle, al templo de Emesa, aislado sobre su montículo, y que desde la mañana hasta la noche desborda de gritos, de música, y por momentos se ilumina como un brasero.

La circulación subterránea que noche y día alimenta la rapacidad del gran dios solar, parece haber pasado a la luz, transpirado a la luz del día exterior.

Los movimientos de tropas comandados por Macrino disimulan lo que podría tener de inquietante esa anormal circulación, por lo desacostumbrado de la hora.

Los envíos de oro, acompañados por un extraño gentío, no dejan de convergir en el templo.

En medio de este gentío se distingue un hombre, entre todos: alto y sombrío, de caderas flexibles, pectorales resplandecientes, y que, bajo la cintura, lleva la señal de una nueva crueldad, muy reciente, que le había infligido Julia Semia.

Gannys, amante de Julia Semia, preceptor de Heliogábalo, acaba de sufrir la castración ritual.

Bajo la piel bronceada de su rostro aparecen sutiles manchas ocasionadas por una abundante pérdida de sangre.

Gannys es un hombre piadoso, un iniciado en el sacerdocio solar; para este iniciado ser amante de la madre del dios solar es un gran honor. Pero para Semia es una crueldad premeditada haberle hecho seccionar el miembro. En ese gesto no hablan tan sólo sus celos, sino su deseo de dejar una huella indeleble en el espíritu de Gannys.

Además, Gannys es el preceptor de Heliogábalo. Semia vislumbró en él un entendimiento sutil, una inteligencia práctica y sagaz, que se revelará cuando sea necesario, que les servirá tanto a ella como a su hijo en las circunstancias que se avecinan, y para las cuales se necesita a un hombre verdadero, verdadero por la cabeza, si no por la virilidad que ya no posee, para defender los intereses de Elagabalus, el Cono eréctil, representado por un niño.

Gannys el serio, el sutil, está apoyado por un segundo eunuco que también aprovechó los favores de Julia Semia y fue pagado con la supresión de su miembro. Ese segundo eunuco, Eutiquio, es un payaso abúlico, una naturaleza amorfa, maleable, y de la más abyecta feminidad. Es necesario para Gannys como Sancho Panza es necesario para Don

Quijote, o Sganarelle para Don Juan. Y puede decirse que Julia Semia se entregó a él por espíritu de equilibrio; y porque sintió la profunda versatilidad la naturaleza espasmódica y escurridiza del espíritu de Heliogábalo, que, para hacer un contrapeso a la seriedad de Gannys, necesita a su lado a una especie de bromista profesional.

En la lógica amorosa de Julia Semia, en su maternidad absorbente y atenta se encuentran con claridad todas esas nociones, esa lucidez previsoras que ha pensado hasta en los más mínimos detalles.

Y luego se verá que su lógica no la engañó.

Los amores de Julia Semia fueron hechos con miras a algo, y ese algo, por el momento, es el éxito de una conspiración.

En esa conspiración participan los dos polos de su complejidad sexual:

GANNYS EL SUTIL,
EUTIQUIO EL GROTESCO,

como participan los trasbordos de oro clandestino de Julia mesa, como participan las exhibiciones diarias de Heliogábalo en los escalones del templo, a cuyos pies se cruzan en incesantes galopadas los grupos de jinetes escitas y mercenarios macedonios.

Todos los días, Elagabalus sube al templo. Tiene puesta la tiara solar que lleva un cuerno de carnero. Aparece agobiado por el peso de amuletos, de piedras vivas, esmaltes preciosos, todo lo cual flamea como un brasero; y es hermoso, con una belleza hecha para desconcertar a los corazones bárbaros que nunca vieron arder a un rey, echar llamas a una estatua de carne humana sin consumirse.

Mesa, que conoce la manera de avivar el entusiasmo, hace distribuir el oro solar a montones y sin reparar en gastos, pero al llegar la

noche baja a los sótanos escalonados del templo para vigilar la clasificación de los lingotes: los etiqueta y los reúne como un empleado de taller o un aduanero.

Durante toda su vida Julia mesa dio muestras de esta previsión minuciosa, de una inteligencia que ve a lo lejos, y que sabe preparar las cosas de lejos.

Por ejemplo, cuando en una carta pública y que llegó hasta nosotros, le escribe a Heliogábalo para reprenderlo por el dinero que gasta, y cuando le notifica que debe cuidar el tesoro de la familia, que es dinero acumulado para la gloria de los Basianidas, y no para él.

Por el momento, lo más urgente es reconquistar el trono, cuya pérdida causó el suicidio de Julia Domna, y arrojar de él a ese parásito, ese abyecto castor, Macrino, que se convirtió en rey de Roma gracias a un asesinato. Se instaló por medio de la sangre, será arrojado por medio de la sangre, y si es preciso por medio de la guerra; los pequeños asesinatos clandestinos no sirven para Julia Mesa. Ella no le teme a las maniobras subterráneas, es experta en el trabajo de termita, en las perforaciones de minas, en los avances por abajo. Pero es preciso que esas maniobras le sirvan, desemboquen en algo grande. Ya que el que pone la mina sabe que todo terminará con el fuego, con la gran explosión solar, a pleno día, a plena materia, en un gran desgarramiento de materias, que borra todos los trabajos subterráneos.

Por lo tanto hay una conspiración; y esa conspiración fue concebida mucho tiempo antes por Julia mesa.

Frente a la inteligencia grandiosa de su hermana Domna, grandiosa pero que no trabaja sino en lo abstracto, la de Mesa se aferra a los hechos.

Entre estos hechos el primero es el absurdo reparto del trono, a la muerte de Septimio Severo, entre dos energúmenos ambiciosos y exasperados: sus dos hijos, Caracalla y Geta.

Yo apuesto a que la consagración de Heliogábalo como sacerdote del sol, a la edad de cinco años, no debe haber seguido de muy lejos la muerte de Septimio Severo: Julia Mesa sabe de donde viene el viento.

Otro hecho es el nombramiento de Macrino como prefecto del pretorio, al que seguramente Julia mesa le dio una mano. Como rata, desde hace mucho tiempo sintió su olor hostil; pero no importa, ella sabrá sacarle provecho a la hostilidad del débil Macrino, aunque fuera al precio de un crimen. Ya que hay otro hecho más cruel, menos confesable: el asesinato de Caracalla perpetrado por Macrino, pero deseado y sin duda sugerido por Mesa, si se sabe leer en los hechos.

Julia mesa debe haber tenido ese espíritu de intriga calculadora que con todas las piezas crea su trama, creando como por medio de una operación mágica la materia misma del tejido.

Puesto que hay un último hecho: si Domna, descendiente de Basianos, reinó, y por su mediación reina un Basiano en la persona de Caracalla, para Mesa es sangre desviada y que no proviene de su propia fuente; y además, no es la sangre del Sol, quiero decir la verdadera sangre del Sol, aunque surgida de la misma simiente; no es sangre bautizada, sangre imantada, atraída al aire por medio de ritos, y que estalla bajo la epidermis, que allí se reúne en masas puras, acribilladas y puras, que se vuelve pura bajo la piel, como la sangre de Heliogábalo.

Heliogábalo, surgido del sol, fue devuelto al sol. Se reunió con el sol. A los cinco años de edad, algún tiempo después de la muerte de Septimio Severo, Mesa lo consagró al sol. Ella restableció la cadencia pura, la realidad de su descendencia, exponiéndolo como era debido al fuego cruzado del Rayo Celeste, en cuyo espejo se convertía su cuerpo.

Así pues, a los cinco años, Heliogábalo fue consagrado sacerdote del Sol, y entonces comienza la conspiración.

Pero antes de continuar debo decir unas palabras sobre la época de sangre, de crueldad, de crímenes fáciles que favoreció el advenimiento de un Macrino.

Una vez muerto en su cama Septimio Severo, Caracalla, su hijo, reina. Al principio no reina solo, puesto que debe compartir el poder con Geta, su hermano, más sutil pero menos rápido que él.

Su promiscuidad les molesta mutuamente; y ganará quien elimine al otro, aunque sea por medio de un crimen. Y ambos piensan en asesinatos.

Geta el sutil teje su trama, pero Caracalla echa a perder la trama y, sin intriga alguna, asesina a su hermano en los brazos de Julia Domna.

Dion Casius, movido por la parcialidad política, acusa a Julia Domna de entregarse a Caracalla en la misma sangre de Geta, su hijo. Es soberbio. Pero ¿es acaso verdad?

No es imposible que sea verdad.

El caso es que a partir de ese momento, Julia Domna, eliminada durante algún tiempo de los consejos del Imperio, retoma las riendas del gobierno.

Y el ascendiente que ejerce sobre el espíritu de Caracalla no se desmiente ni por un minuto. Ella lo conserva hasta su muerte (la muerte de Caracalla).

Caracalla termina en plena sangre. Cae en una emboscada, preparada por los militares, en algún sitio ceca del Eufrates, cerca de un templo del dios Lunus, al que iba a sacrificar.

Macrino, que durante algún tiempo comandó su guardia pretoriana, es el instigador de esa emboscada, y el que se aprovecha de la muerte de Caracalla.

Las cosas tienen que andar muy mal en el gobierno del imperio romano, para que un individuo que no sobresale en nada, que sólo posee

capricho, malignidad, y una audacia que no es otra cosa que miedo pueda, gracias a este miedo, convertirse en el amo de Roma. Pues no hay duda que si Macrino hizo asesinar a Caracalla, si pudo tejer la intriga que culminó en el asesinato de Caracalla, fue tan sólo llevado por el miedo, y porque, como jefe de su guardia pretoriana, por un momento debe haber temido por su piel; y luego para protegerse, manda matar al oficial de la guardia que suprimió a Caracalla de un cuchillazo en la espalda.

Feliz cuchillazo, que engendra la idea de la sangre, que comienza la serie de crímenes y abre a Heliogábalo el camino de la realeza. Ya que el crimen de Caracalla que asesina a su hermano Geta es un arreglo de cuentas en familia; y ese crimen no comienza nada.

Domna muere por ese cuchillazo, pero no se pierde para su hermana Mesa, que se lo traga como un verdadero guerrero.

Ella se vengará de Macrino, lavará en la sangre el golpe dado al honor de los Basianos.

Ella restablecerá a los Basianos sobre el trono de los Antoninos.

Y es en ese momento cuando decide que su nieto, Elagabalus, será rey.

Primero posee la belleza de un rey, el exterior físico de un rey, pero, sobre todo, posee la ascendencia espiritual de un verdadero rey. Está en el linaje de los reyes-sacerdotes de Emesa. Por más alto que se remonte en la genealogía de los reyes solares, de madre e hijo se encuentra una gran cantidad de Elagabalus; su filiación es indiscutible: ésta continúa sin detenerse un instante. Heliogábalo tiene derecho a reinar.

Puede decirse que el trono está vacante, puesto que Macrino, el usurpador se instaló en Antioquía, y que allí lleva la vida abandonada y fácil de un sátrapa oriental.

Los historiadores de la época hablan de él como de una especie de payaso sombrío, de idiota vestido de rey.

Ellos pretenden que su origen era plebeyo, y para disimular su baja extracción, hacía lo imposible para mostrarse con el aspecto físico de un rey. Recorría su palacio cubierto con grandes vestidos muy largos, cambiando de tono, modificando en todo momento el diapasón de su voz. Si no tenía la inteligencia y la penetración de un Marco Aurelio, hablaba como Marco Aurelio, en un tono siempre muy bajo, en el cual parecía hundirse su voz ronca.

Este es el títere que encuentra Mesa, en el momento en que se decide a actuar; y actúa, segura de que la audacia que por primera vez llevó al trono a ese títere no se renovará dos veces, que él no podrá reunir la energía necesaria para defender un trono, después de haber tenido el capricho de adueñarse de él una primera vez.

Por otra parte, toda la administración de Macrino es un milagro de imprevisión, de impotencia, de fatuidad. Mesa, bajo sus mismos ojos, puede operar la reunión de sus tesoros, los que vienen de Roma, y los que dormían en Antioquía; y amontonarlos en los subterráneos del templo de Emesa, que nadie se atrevería a violar.

Una vez seguro el tesoro de guerra, hay que ocuparse de cultivar las conciencias y el terreno.

Aquí es donde aparece Gannys.

Si en los preparativos de la conspiración, Julia Mesa es el cerebro que concibe, Julia Semia es la atmósfera, el espacio, el aire, el fondo genésico, la envoltura voluptuosa; y Gannys el ejecutante audaz.

Gannys es el hombre al que se vio en ese ir y venir de vituallas, de animales, de hombres, de ladrillos de oro que relucen en las bolsas de cuerda de grueso tramado; en ese pisotear de hombres armados, que ocultan el trasbordo secreto del tesoro.

Un buen día se apareció con un lienzo sangriento entre los muslos. Y otro día también Eutiquio se mostró de la misma manera. Eutiquio, que

ahueca su grotesca voz discordante y se hace el payaso para distraer la atención de los soldados, y tenerlos ocupados con sus bromas.

Gannys es quien habla a los soldados, mientras Eutiquio los divierte; y junto con el oro de Mesa, que gasta con infatigable abundancia, les desliza al oído palabras terriblemente precisas, las palabras apropiadas.

Estas palabras son sutiles y precisas. Envolventes y bien formuladas. Hacen pasar de los ojos de los soldados a su entendimiento, y de su entendimiento a todo su ser, ese espectáculo de un rey ardiente; invitan a esos bárbaros, a quienes nadie hasta ahora supo alabar, a sacar las consecuencias activas de la visión que los ha agitado. Y toda emoción equilibrada por el oro es una emoción que no se puede olvidar.

Una vez preparado el terreno, y bien trabajadas las conciencias y preparadas como se prepara una tela para pintar, con fondos que se transparentarán una vez terminada la obra, Julia Mesa considera que ha llegado el momento de actuar. Y actúa.

Conducido por Gannys una noche de junio de 217 –año 217, si damos crédito a las estelas, las tablillas, las inscripciones lapidarias, la inclinación de los signos del cielo; año 216 si damos crédito a los dudosos textos de los historiadores de la época-; Heliogábalo, revestido de púrpura, es llevado al campamento de los soldados.

Pero si damos crédito a los historiadores de la época, Heliogábalo no es más que un títere, una cabeza de momia hueca, una sórdida estatua de rey. Y entre las manos de Julia Mesa, a quien no preocupan los principios, que entregó su vida a la política, Elagabalus no es más que un miembro que se agita sobre los soldados.

Los historiadores muestran la personalidad de Heliogábalo cuando es preciso, tantas veces como es preciso, a través de sus actos de rey. Pero para ellos, esta personalidad no se ha mostrado más que una vez, y ha sido bajo las murallas de Emesa, en ocasión de la batalla que le valió el trono. Allí el pequeño Heliogábalo, que todavía no tiene catorce años,

reúne, a la cabeza de mil jinetes escitas, las desbandadas tropas sirias y, sobre un caballito blanco, inconsciente del peligro, ¡se arroja sobre las cohortes de Macrinus!

“Los pretorianos de Macrino –cuenta un historiador de la época-, todos ellos gente escogida, y tanto más alerta y despierta por cuanto los habían aligerado de lo que más pesaba en sus armaduras, combatieron con tanto valor que arremetieron contra sus enemigos y empezaron a sembrar la confusión entre ellos. Frente a ese peligro, la ambición y la audacia hicieron heroínas de Julia mesa y Julia Semia. También el joven Heliogábalo, en esta única ocasión de su vida, muestra alguna señal de vigor. Montado en su caballo de guerra, con la espada en la mano, alentaba a los suyos a que volverían a la lucha, dando el ejemplo. Sus exhortaciones produjeron el efecto deseado. La vergüenza despertó el coraje de los vencidos.

“Se detienen. Se agrupan. Se ponen firmes y se sienten en el deber de recuperar el terreno perdido. “

Se comprende que les haya impresionado ese rasgo que citan, porque es un rasgo militar, y Heliogábalo que más tarde no vacilaría en derramar sangre, allí hizo correr sangre guerrera, y la derramó en la guerra, esa sangre tomada a los militares, que así se convertirían en hermosos cadáveres de combatientes y de guerreros.

Pero yo considero que fue el heroísmo, y el heroísmo en todos los niveles, lo que menos estuvo ausente del pequeño Heliogábalo, que subió al trono a los catorce años, y que cayó de él a los dieciocho en medio de la sangre.

Fue sin duda por heroísmo que Heliogábalo comete ese acto de insigne crueldad y que ha sido considerado por todos como impío y abominable, por lo inmotivado y gratuito; ese acto, que le hace matar con

su mano a Gannys, maestro a quien ama, pero que obstaculiza sus excesos.

Los historiadores insisten en el hecho de que una vez que Heliogábalo decidió dar muerte a Gannys, nadie quiso prestarse a ese acto impío y estúpido; y que Heliogábalo, después de muchas vacilaciones, angustias, recapacitaciones, terminó por matarlo con su propia mano.

Pero Gannys era su querido maestro. Su maestro y su iniciador en los ritos del sol, su padre, cuya sangre le enseñó a manejar.

Es poco probable que Heliogábalo fuera un iniciado en el sentido en que hoy lo entendemos; y su comportamiento parece demostrar que Heliogábalo jamás fue un iniciado de alto grado. Por lo demás uno tan sólo se inicia en operaciones, y en ritos, en signos exteriores, en pases jeroglíficos que nos ponen en la senda del secreto. Y no puede dudarse de la obstinación de

Heliogábalo en hacerse iniciar en todo tipo de operaciones y ritos, los más alejados unos de otros, y a veces los más opuestos.

“También se hizo iniciar –dice Lampridio–, en los misterios de la Madre de los dioses; y se atribuyó el Taurobolio, para poder arrebatarse la estatua de la diosa y sorprender todo cuanto servía a su culto y que se mantenía inviolablemente escondido a los profanos. Fue visto en el templo, rodeados por fanáticos eunucos, agitando su cabeza hacia todos lados, atándose las partes de la generación, haciendo en fin todo cuanto hacen los coribantes; luego, una vez arrebatada la estatua de la diosa, la transportó al santuario de su dios.

“Representó a Venus llorando a Adonis, con todo el aparato de gemidos y contorsiones que en Siria caracterizan el culto de Salambó; él mismo daba de esa manera un presagio de su fin cercano. Declaraba abiertamente que todos los dioses no eran más que ministros del suyo, asignando a unos el título de ayudas de cámara, a otros el de criados, a otros diferentes empleos de servidores de su persona. Quiso hacer

sustraer del Templo de Diana, en Laodicea, las piedras llamadas Divinas, que había colocado Orestes, incluso la de la diosa misma que él había puesto en su santuario”.

Así pues, mientras lo utilizan como títere, un títere vaciado de rey, mientras lo manipulan como un miembro –y las exhibiciones diarias en el templo forman parte de esas manipulaciones-, mientras todo el mundo trabaja para él, todo el mundo, es decir Julia Mesa, su abuela, Julia Semia, su madre, y los dos eunucos de ésta, de Julia Semia- mira: Gannys el previsor, el sagaz, Eutiquio el grotesco; y, muy cerca de Julia Semia, Julia Mamea, la hermana de esta última, que al tiempo que finge trabar para él en realidad trabaja para su hijo, el pequeño Alejandro Severo (para poner en lugar de Heliogábalo a un joven emperador, con una verga pura y una cabeza de cordero rizado); mientras todo el mundo trabaja para él, también Heliogábalo trabaja para sí mismo, pero de una manera que habría asombrado mucho a los historiadores de la época, si se hubiesen arriesgado a mirar más de cerca. Pueden llevarlo todos los días al templo; y cubierto por la tiara solar que lleva un cuerno de carnero, hacerlo evolucionar según los ritos como una estatua que no dice una palabra; Heliogábalo, ayudado por Gannys, ha puesto en claro toda la intriga, y se propone aprovecharla.

Pero aprovecharla como un rey. Con grandeza y magnificencia, con una conciencia verdaderamente real de los poderes que le corresponden al rey que él extrae detrás de los ritos.

•

Y en esos ritos está su nombre:

EL – GABAL

Y toda la innumerable serie de los aspectos escritos de su nombre que corresponden a pronunciaciones graduadas, a ráfagas fulgurantes, a formas en abanicos, a las figuras negras, blancas, amarillas, rojas de la Alta persona de Dios.

Y a su vez esas figuras responden a colores y a razas de estrellas ordenadas por grupos en el Zodíaco de Ram.

Y las cuatro grandes razas humanas responden como ecos orgánicos a las divisiones del Zodíaco de Ram inspirado por Dios.

Y todos esos estados divergentes, todas esas formas furtivas, todos esos nombres surgen a su vez en cascadas en el nombre contraído de

HELIOGABALUS

ELAGABALUS

EL – GABAL

Treinta pueblos soñaron, dieron vueltas en torno de la riqueza de este nombre, cuya pronunciación engendra en todos los sentidos, como una rosa de los vientos, las imágenes de treinta fuerzas.

Gannys, su preceptor, que se mueve a la sombra de las piedras vivas y los esmaltes, le ha enseñado el sentido de los ritos, la fuerza eruptiva de los nombres.

Los nombres no se pronuncian desde lo alto de la cabeza; se forman en los pulmones y así suben a la cabeza. Pero la orden que proviene de la cabeza sólo en los pulmones es un nombre.

Y se forma con

GABAL

cosa plástica y formadora. Palabra que adquiere forma y da la forma.

Y en

EL – GABAL

está

GABAL

que forma el nombre.

Pero en

GABAL

está

GIBIL (en antiguo dialecto acadio).

Gibil, el fuego que destruye y deforma, pero prepara el renacimiento del Fénix rojo, surgido del fuego y que es el emblema de la mujer, de la mujer por las menstruaciones-rojo-fuego.

Y en

EL – GABALUS

está

EL

que quiere decir dios y que se escribe con H o sin ella; pero que fundido con Gabal da

HELAH – GABAL.

Y la tierra de Elam a corta distancia de la bactriana, es la tierra de Dios.

Pero en

GABAL

también está

BAAL

o

BEL

o

BEL – GI

Dios caldeo, dios del fuego que pronunciado, escrito y silabado en sentido inverso, da

GIBIL

(Kibil) el fuego, en antiguo dialecto arameo.

Y también,

GABAL

que significa la Montaña, en dialecto arameo-caldeo.

Pero sobre todo está,

BEL

dios supremo, dios reductor, por el cual todo se reduce al principio, dios unitario, eliminador.

Heliogábalo reúne en sí mismo la potencia de todos esos nombres, en los que puede verse que una sola cosa, la que primero acude a nuestro entendimiento, el sol, no interviene.

Fueron los griegos quienes introdujeron Helios en el nombre de Heliogábalo y lo confundieron con

EL,

dios supremo, dios de las alturas. Ya que si el Sol interviene en su nombre, es a la manera de un sitio elevado, que se identifica con un cono, cosa en punta, porque en principio, toda montaña puede figurarse por medio de un cono o una punta, y el sol, por su luz, está en la punta del mundo creado.

El mundo de arriba y el Mundo de abajo se reúnen en la estrella de seis puntas, sello mágico de Salomón, y ambos terminan en punta, lo visible como lo invisible, lo creado como lo increado.

Ese dios formador y deformador que contiene todos los nombres de los dioses, todas las formas que han adoptado.

Desde

SATURNO ISWARA,

el sol, principio ígneo, principio macho,

hasta

RHEA, PRACRITI,

la luna, principio húmedo y femenino, que se hallan entre los dos polos opuestos de la manifestación formal: lo masculino y lo femenino.

Ya no tiene por qué sorprendernos que Saturno sea el sol, como Apolo es el sol, cuando sabemos que dios que desciende, varía sus formas y sus potencias, con las formas de su acción.

Y sabemos que

RA

el sol

para los egipcios es un gavián, pero también un becerro o un hombre, y el becerro colocado antes que el hombre, según el uso que de él se hace.

Peró ese

RA

se convierte en

BEL – SCHAMASCH

en Caldea.

Y es el “juez” que desempata las costumbres de los caldeos.

Y

APOLO

fuerza en acción del sol, sin perder su nombre, se duplica con una sombra, con una especie de apodo, que siempre se le queda pegado.

Así es como han podido llamarlo

APOLO LOXIAS

APOLO LIBISTINOS

APOLO DELIOS

APOLO FEBUS

APOLO FANES, y Apolo Fanes, es Apolo contragolpe, doble golpe, o doble simiente.

APOLO LICIAS

APOLO LICOFAS, y Apolo Licofas, es Apolo el lobo, que devora todo, hasta las tinieblas.

Y Apolo que, formado de substancia, se mueve en la órbita de la substancia, también se llama:

APOLO ARGIROTONUS

Y a veces Apolo se llama

APOLO SMINTEUS, y señala el exceso, lo extremo, el punto fulminante, el absceso maduro.

Finalmente está

APOLO PITIO, que, macho, ignora a la pitia hembra; y no tiene nada que ver con los oráculos. Este es el Apolo que asfixia, que domina a la Serpiente Pitón.

El vaho del Caos despide brumas que serpentean alrededor de la tierra, formando la figura de un dragón.

Y Apolo, el principio ígneo, se alza de un salto y llega a las esferas, desde donde atraviesa con sus flechas los anillos de la Serpiente Pitón.

Heliogábalo extrae de estas altas ideas y de estos nombres, que le pertenecen, la conciencia y el orgullo de un rey; pero su organismo de niño extrae de ellos una confusión y una angustia que no se detendrán.

Heliogábalo llegó al período anárquico de la alta religión solar, e históricamente llegó en un período de anarquía.

Esto no impidió su identificación ritual, su esfuerzo de identificación con dios. Esto no impidió que en su ataque a fondo contra la anarquía

politeísta romana, se comportase como el verdadero sacerdote de un culto unitario, como la personificación de un dios único: el sol.

Ya que si para Julia Mesa, Elagabalus no es más que un miembro, una especie de estatua pintada que sirve para alucinar soldados, para Heliogábalo, Elagabalus es el miembro eréctil, humano y divino a la vez. El miembro eréctil y el miembro fuerte. El miembro-fuerza que se reparte y que uno comparte, que sólo compartido se utiliza.

El miembro eréctil es el sol, el cono de la reproducción sobre la tierra, como Elagabalus, el sol de la tierra, es el cono de la reproducción en el cielo.

Luego es preciso convertirse en sol, meterse dentro del mismo Elagabalus, cambiar de manera de existir.

En lo que concierne a esta identificación de Heliogábalo con su dios, a veces los arqueólogos nos informan que Heliogábalo se toma por su dios, otras que se oculta detrás de su dios y se distingue de él.

Pero un hombre no es un dios, y si Cristo es un dios hecho hombre, fue como hombre, según se dice, que murió, y no como dios. Y ¿por qué no se creería Elagabalus un dios hecho hombre, y por qué se le impediría al emperador Heliogábalo que ponga al dios delante del hombre y que aplaste al hombre bajo el Dios?

Durante toda su vida, Heliogábalo es víctima de esta imantación de los contrarios, de ese doble descuartizamiento.

De un lado,

EL DIOS,

Del otro lado,

EL HOMBRE,

Y en el hombre, el rey humano y el rey solar.

Y en el rey humano, el hombre coronado y descoronado.

Si Heliogábalo introduce la anarquía en Roma, si se muestra como el fermento que precipita un estado latente de anarquía, la primera anarquía está en él , y le destroza el organismo, arroja a su espíritu en una especie de locura precoz que tiene un nombre en la terminología médica de hoy.

Heliogábalo es el hombre y la mujer.

Y la religión del sol es la religión del hombre, pero que nada puede sin la mujer, su doble, en que él se refleja.

La religión del UNO que se corta en DOS para actuar.

Para SER.

La religión de la separación inicial del UNO.

UNO y DOS reunidos en el primer andrógino.

Que es EL, el hombre.

Y EL, la mujer.

Al mismo tiempo.

Reunidos en UNO.

En Heliogábalo existe el doble combate:

1. Del UNO que se divide permaneciendo UNO. Del hombre que se vuelve mujer y permanece hombre eternamente.

2 Del Rey Solar cuyo hombre acepta de mala gana ser el yo humano. Que escupe sobre el hombre y termina por arrojarlo a la cloaca.

Porque un hombre no es un rey, y para él y como rey, rey solitario, dios encarnado, vivir en este mundo es una caída y una extraña destitución.

Heliogábalo absorbe a su dios; se come a su dios como el cristiano se come al suyo; y en su organismo separa sus principios; en las dobles cavidades de su carne despliega ese combate de principios.

Y esto es lo que Lampridio, historiador de la época, no comprendió.

“Se casó con una mujer, la tímida Cornelia Paula, y consumó, dice, el matrimonio.”

Este historiador se asombra de que Heliogábalo pueda acostarse con una mujer, pueda penetrar normalmente a una mujer; aquello que en el caso de un pederasta nato sería una extraña inconsecuencia y una especie de traición orgánica respecto de su pederastia, en el caso de Heliogábalo prueba que ese pederasta religioso y precoz es consecuente con sus ideas.

Pero lo que aparece en esta imagen cambiante, en esta naturaleza fascinante y doble que desciende de Venus encarnada, y en su prodigiosa inconsecuencia sexual –imagen misma de la más rigurosa lógica de la inteligencia-, mucho más que el Andrógino, es la idea de la ANARQUIA.

Heliogábalo es un anarquista nato, que soporta de mala gana la corona, y todos sus actos de rey son actos de anarquista nato, enemigo público del orden, o sea de un enemigo del orden público; pero su anarquía primero la practica en sí mismo y contra sí mismo, la anarquía que introduce en el gobierno de Roma, puede decirse que la predica con el ejemplo y que pagó por ella el precio debido.

Cuando el coribante se corta el miembro, y le arrojan un vestido de mujer, en este rito yo veo el deseo de terminar con cierta contradicción, de reunir de un golpe al hombre y la mujer, de combinarlos, de fundirlos en uno y de fundirlos en el macho y por el macho. Ya que el macho es el Iniciador.

Poco faltó, dicen los historiadores, para que también Heliogábalo se hiciera cortar el miembro.

Si el hecho es cierto, habría en ello un grave error de parte de Heliogábalo; y yo pienso que los historiadores de la época que no

entendían nada de poesía, y menos aún de metafísica, han debido tomar falso por verdadero y la simulación del hecho por medio del rito por un acto realizado.

Que algunos hombres disgregados, sacerdotes, coribantes sin importancia, se entreguen a un acto que acaba con ellos, hay por cierto en ese acto con qué dar fuerza al valor del rito, pero Elagabalus, el Sol sobre la tierra, no puede perder el signo solar, sólo puede operar en lo abstracto.

En el sol está la guerra, Marte, el sol es un dios guerrero; y el rito del coribante es un rito de guerra: el hombre y la mujer fundidos en la sangre, al precio de la sangre.

Tanto como en la otra, en la guerra abstracta, sangre irreal e imaginada, sino sangre verdadera, y que ha corrido, que puede correr; y si Heliogábalo no la derramó por la defensa del territorio, con ella pagó su poesía y sus ideas.

Toda la vida de Heliogábalo es anarquía en acto, ya que Elagabalus, el dios unitario, que reúne al hombre y la mujer, los polos hostiles, el UNO y el DOS, es el fin de las contradicciones, la eliminación de la guerra y de la anarquía, pero por la guerra, y también, en esta tierra de contradicción y desorden, es la ejecución de la anarquía. Y la anarquía, al punto que la lleva Heliogábalo, es poesía realizada.

En toda poesía hay una contradicción esencial. La poesía es la multiplicidad triturada y que despide llamas. Y la poesía, que restablece el orden, resucita primero el desorden, el desorden de aspectos inflamados, hace que se entrechoquen aspectos que ella conduce a un punto único: fuego, gesto, sangre, rito.

Restablecer la poesía y el orden en un mundo cuya misma existencia es un desafío al orden, es restablecer la guerra y la permanencia de la guerra; es provocar un estado de crueldad aplicado, es crear una anarquía sin nombre, la anarquía de las cosas y de los aspectos que se despiertan antes de hundirse nuevamente y fundirse en la unidad. Peor

aquel que despierta esta peligrosa anarquía siempre es su primera víctima. Y Heliogábalo es un anarquista aplicado que comienza por devorarse a sí mismo, y que termina por devorar sus excrementos.

En una vida cuya cronología es imposible, pero en la que los historiadores, que continuamente cuentan sus crueldades sin fijarles una fecha, ven un monstruo, yo veo una naturaleza de una plasticidad prodigiosa, que siente la anarquía de los hechos y se subleva contra ellos.

Yo veo en Heliogábalo una inteligencia vibrante que de cada objeto y de cada encuentro de objetos extrae una idea.

El hombre que arrojando objetos rituales en el gran fuego que ha hecho encender sobre los escalones del templo de Hércules, en Roma, grita:

“Tan sólo esto, sí, tan sólo esto es digno de un Emperador”, que así dilapida una parte del tesoro no solamente real, sino sacerdotal; el hombre que entra en Roma apretando entre sus brazos la piedra cónica, el gran falo reproductor; el hombre que trata de poner por encima de todo, más alto que todo, a esta piedra como un principio; al hombre que cree en la unidad de todo y arrastra a Roma no una piedra, sino un signo, un símbolo de la unidad de todo; el hombre que intenta unificar a los dioses, que destroza ante su dios las estatuas de los falsos dioses de Roma, no es para mí un idólatra, sino un mago, y, emergiendo en medio de los ritos, participa de sus poderes.

En la noche del 15 al 16 de mayo de 217, Heliogábalo es llevado a los soldados. Su madre medio desnuda, la soberbia Julia Semia, llevando al pequeño Basianus Avitus, vestido de Caracalla, pasa por entre las filas de los soldados, que acampan al pie del templo, como si quisiera entregarse a cada uno de ellos. Se ha instalado una orquesta romana en el recinto reservado del templo, que toca una música ruda y seca, que en

parte plagia los acentos de ciertas orquestas asirias. Música esotérica y misteriosa, aunque romana, tomada del templo de la madre de los dioses. Esta música acompaña la caminata de Semia y Heliogábalo en medio del campamento de los guerreros, que, alertados por Gannys, no ignoran nada de lo que va a ocurrir.

Después de una o dos vueltas por el campamento, con Elagabalus que se apuesto la púrpura romana, el pesado manto de los emperadores, casi demasiado largo para su joven cuerpo, éste sube a las murallas.

Diez mil antorchas llamean en el campamento, reflejadas por altos espejos raídos al abrigo de la noche. Y de pronto, se asiste a una visión inesperada.

Desde lo alto de las murallas se desenrolla una pintura de treinta codos de alto por veinte de ancho; la fulgurante luz de las antorchas reflejadas por los altos espejos cae con todo su brillo sobre la inmensa pintura, en la cual aparece una especie de dios guerrero: ¿es Heliogábalo o Caracalla?; es el traje de Caracalla con la cabeza de Heliogábalo. Pero una cabeza de Heliogábalo que parece transparentarse bajo los rasgos de Caracalla.

El campamento aplaude, se interrumpe la música. Gannys, oportuno, pronuncia un discurso:

GANNYS. -¡Este es el hijo de Caracalla!

¡Silencio! Estupor. Los soldados se miran.

En la otra punta del campamento, desgñada, con los senos salidos y el pecho en alto; Julia Semia, iluminada por las llamas.

JULIA SEMIA. -Sí, este es el hijo de Caracalla. Este es el dios que concebí en sus brazos.

Nadie ríe, nadie protesta; es un teatro bien ejecutado, magníficamente estudiado.

GANNYS. – Hay en Antioquía un falso emperador, ese Macrino que no es hijo de nadie, que tomó la púrpura de Caracalla y se alzó en el trono de Roma al precio de la sangre de Caracalla. Yo os invito a restablecer al hijo de Caracalla en sus derechos. El joven Basianus Avitus debe encontrar en el trono romano la herencia de los Basianidas. Vosotros habéis seguido en treinta guerras a Caracalla, que descendía de Septimio Severo; seguiréis en nuevas guerras a Elagabalus Avitus, que desciende de Caracalla.

Aquí aplausos, explosiones de alegría, largo rumor que se prolonga hasta la otra punta del campamento.

Las antorchas se inclinan. Nace la aurora. Se alza un viento fresco. Las tropas se agrupan y se ponen en marcha. Gannys, en un caballo leonado, se pone a la cabeza de los guerreros.

La batalla, alrededor de Emesa, puede dividirse en tres fases.

En la primera, Heliogábalo es votado en plebiscito por los soldados, que sintiendo que su gesto constituye una especie de abierta rebelión, se atrincheran en su campamento y se disponen a sostener el ataque de las fuerzas gubernamentales, conducidas por uno de los jefes del pretorio: Ulpius Julianus.

Este último, que no cree en la fuerza de la rebelión, conduce el ataque sin convicción ni ardor. Contemporiza, negándose a creer en la entronización de un monarca de catorce años.

Hubiera podido arreglar todo en un día, si hubiese atacado a fondo, pero como contaba con la deserción espontánea de las tropas de Heliogábalo, se retira después de un simulacro de combate.

En la segunda fase, Ulpius Julianus vuelve a la carga, esta vez decidido a terminar de una vez por todas. Pero ya es demasiado tarde. Los sitiados han tomado conciencia de su fuerza, y de la vacilación de los sitiadores. Sin embargo la batalla es violenta. Dura todo un día, desde el

alba hasta que cae el sol. Al atardecer aparece la luna. No como un decorado, sino como una fuerza.

La luna de Domna y de Semia contra la cual Ulpus Julianus nada puede hacer. Desde lo alto de las murallas, los soldados de Heliogábalo incitan a los pretorianos de Julianus a cambiar de bando. Emisarios de Gannys, mezclados con las tropas de Julianus, les hablan al oído de preciosas promesas, y les distribuyen oro gratuitamente.

En las tropas de Julianus se bosqueja una vacilación, ya que si bien los pretorianos se mantienen firmes, los mercenarios se desbandan; hasta que los mismos pretorianos a quienes Heliogábalo les prometió la vida, si consentían en pasar a su campo, terminan por abandonar a Ulpus Julianus.

Rey por rey, Heliogábalo no le va en zaga a Diadumeno. Ya que Macrino, por su parte, ha hecho elegir a un pequeño rey, ha hecho votar en plebiscito, por los pretorianos de Apamea, a su hijo, el pequeño Diadumeno, así llamado a causa de la corona natural que sobre el arco ciliar le forma la saliencia de su hueso frontal. El pequeño Diadumeno tiene diez años, y acaba de adquirir el título de Augusto. Pero ni bien es coronado, se hace notar por sus crueldades. Hace seccionar lentamente las partes genitales de guardias que, a su parecer, no habían gritado bastante fuerte el día de su coronación. Las coronaciones improvisadas abundan en esta parte ignorada de la historia.

Ante la deserción casi unánime de sus tropas, Ulpus Julianus se escapa. A la cabeza de doscientos o trescientos fieles habría podido arremeter en medio de ese negocio, de esa compra de fidelidades, de esa subasta de devociones y conciencias que se efectúa desde lo alto de las murallas. Prefiere abandonar cobardemente el campo de batalla y, disfrazado de sacerdote, refugiarse en un pequeño templo perdido en medio del campo. Pero lo reconocen. Lo atrapan. Y dos días después, los emisarios de Heliogábalo que habían ido a anunciar a Macrino el resultado

de la batalla, le lanzan a manera de desafío, en un paquete de ropa sucia, la cabeza sangrienta de Ulpius Julianus.

Macrino, que había salido de Apamea, a la cabeza de quinientos fieles pretorianos, bordea Emesa y vuelve a Antioquía, donde clama victoria. Luego, bajo pretexto de perseguir a los fugitivos de Heliogábalo, reúne todas las tropas seguras que puede encontrar, y vuelve a Emesa, creyendo no tener ninguna dificultad en vencer esa masa heteróclita de hombres comandada por tres mujeres, dos eunucos y un niño. Pero no contó con Gannys; y esta es la tercera fase del combate.

Gannys, que conoce bien la región, no da tiempo a las tropas de Macrino para alcanzar Emesa; lo enfrenta a la hora y en el sitio escogidos por él. El combate se efectúa casi bajo las murallas de Antioquía, en una especie de vallecito tortuoso, rodeado de colinas donde ya están instalados los partidarios de Heliogábalo.

Son las dos de la tarde. El sol, que cae a pico sobre el valle, ciega a las legiones de Macrino, que tiene a su alrededor a las mejores tropas de Roma. Los soldados de Gannys atacan por tres flancos a la vez. Pero aunque cegados por el sol y al principio confundidos por ese ataque circular, los legionarios de Macrino se mantienen firmes, y arremeten. La música de las legiones romanas suena furiosamente, sembrando el desconcierto entre los pretorianos que se pasaron al bando de Heliogábalo y que ya no saben cuál es su deber. En el otro bando ven a pretorianos como ellos, que por algún capricho del destino ahora se ven obligados a combatir. Deponen las armas y se alistan a pasar al otro bando.

Al sentir eso, al ver frente a ellos, como una muralla, el frente unido de la guardia del pretorio, los mercenarios macedonios, los jinetes escitas, los voluntarios sirios que esgrimen el estandarte rojo de Fenicia, arrojan sus armas y sus estandartes al polvo, y hacen ademán de huir. Gannys, en su caballo leonado, se arroja entre ellos y trata de agruparlos con extraños gestos de sus codos y brazos que, alternativamente, se cruzan y descruzan

sobre sus pectorales luminosos. Vano intento. Es entonces cuando las dos Julias, Mesa, la abuela, y Semia, la madre, bajan de su carro y se lanzan a la pelea.

Algunos cadáveres yacen a su alrededor, en el polvo, acribillados de flechas; y las flechas perdidas siguen surcando el aire. Arrancan las espadas de los cadáveres, se protegen detrás de un escudo recogido en medio de los muertos y montan sobre corceles veloces. Alzan el estandarte rojo y se lanzan al galope y sin decir palabra en medio de los combatientes. Dos o tres veces surcan el grueso de las tropas que se desbandan; por su parte, Heliogábalo se pone en marcha. Su manto de púrpura flota al viento, restalla como los estandartes de sus madres. Los pretorianos reconocen un jefe. Los mercenarios, transportados por la carga heroica de las dos mujeres, recogen sus estandartes. Los oficiales, que nuevamente los sienten bajo su mando, logran reagruparlos. Una carga unánime golpea como una cuña a los legionarios de Macrino, los atropella, llega hasta el triángulo inexpugnable de los pretorianos; luego sobreviene una terrible refriega en la que la vieja Julia Mesa golpea de punta y de filo, y Julia Semia, como borracha, desvía las flechas y vuelve a lanzarlas, protegiéndose con su escudo.

Si las dos mujeres golpean en el centro, Heliogábalo, también sobre un brioso caballo, y seguido por mil jinetes escitas, con Gannys a su lado, clava en el flanco de Macrino una especie de peligrosa punta, ejecuta un amplio movimiento envolvente. La fortaleza de los pretorianos parece tambalear sobre sus bases, estremecerse, girar sobre sí misma como la cabeza de un caballo que resoplara. El sol ya ha girado. Heliogábalo, en el extremo del campo de batalla y volviendo a rienda suelta a la retaguardia de Macrino, recibe en pleno rostro los rayos del sol poniente. Su luz lo exalta más aún. Ahora ve delante, muy lejos, cómo se agitan los estandartes de sus madres. Un bramido grave, sostenido, prolongado, se alza del campo de batalla, en medio de un olor a polvo, a sangre, a

animales muertos, a cuero quemado; en medio de un estrépito ensordecedor de chatarra, por el que de segundo en segundo se suceden los aullidos estridentes de los heridos. A lo lejos pasan sombras por el suelo, mezcladas con los rayos rojos del sol, extendiéndose en inmensos regueros. Macrino, el débil Macrino, escucha el crescendo del combate. Siente que la partida que le parecía ganada se reanuda en un sentido desfavorable para él. Sin embargo, nada está perdido, pero hay que aguantar; y Macrino no puede aguantar. No es de los que aguantan. Se enloquece. La embestida de Heliogábalo ya se acerca. Julia Mesa y Julia Semia que no han podido atravesar la línea férrea de los pretorianos –más que ligados, parecían soldados unos con otros-, giran alrededor de ellos dando alaridos, aplastando algunos cráneos que se adelantan de la línea impenetrable. Macrino distingue a su derecha en medio de las tropas que luchan aglutinadas miembro a miembro, y como pedazo a pedazo, una especie de delgada anfractuosidad. Desgarra su púrpura, la arroja sobre los hombros del primer oficial que encuentra, lanza su corona sobre la cabeza de un general y, haciendo rodar sus espuelas, las clava en su caballo y se lanza al galope. Al ver esto, sus pretorianos arrojan las armas, se vuelven hacia Heliogábalo que está llegando y lanzan un triple hurra de entusiasmo.

Así culmina la batalla que le abre a Heliogábalo el camino de la realeza.

Una vez terminada la batalla y ganado el trono, la cuestión es ahora volver a Roma, y entrar con gran esplendor. No como Septimio Severo con soldados armados en pie de guerra, sino a la manera de un verdadero rey solar, de un monarca que recibe de lo alto su efímera supremacía, que la ha conquistado por la guerra, pero que debe hacer olvidar la guerra.

Y los historiadores de la época no escatiman epítetos sobre las fiestas de su coronación, sobre su carácter decorativo y pacífico. Sobre su

lujo excesivo. Es preciso decir que la coronación de Heliogábalo comienza en Antioquía hacia fines del verano de 217 y culmina en Roma en la primavera del año siguiente, después de un invierno pasado en Nicomedia, en Asia.

Nicomedia es la Riviera, el Deauville de la época, y es a propósito de esa estada de Heliogábalo en Nicomedia que los historiadores son presa de una rabia loca.

Esto relata Lampridio, que parece haberse erigido en el Joinville de ese San Luis de la cruzada del Sexo, que lleva un miembro de hombre a guisa de cruz, lanza o espada:

“En un invierno que el Emperador pasó en Nicomedia, como allí se comportara de la manera más repugnante, admitiendo que los hombres realizaran un recíproco comercio de infamias, pronto los soldados se arrepintieron de lo que habían hecho y recordaron con amargura que habían conspirado contra Macrino para consagrar ese nuevo príncipe; entonces pensaron en poner sus miras en Alejandro, primo de ese mismo Heliogábalo y a quien el Senado, después de la muerte de Macrino, le había conferido el título de César. Pues quién podía soportar a un príncipe que ofrecía a la lujuria todas las cavidades de su cuerpo, cuando ni siquiera se lo soporta de los mismos animales. Finalmente, llegó al extremo de no ocuparse de otra cosa en Roma que de tener emisarios cuya función era buscar exactamente a los hombres mejor formados para sus abyectos gustos e introducirlos en el palacio para que él pudiera gozarlos.

“Además se complacía en hacer representar la fábula de Paris; él mismo desempeñaba el papel de Venus, y dejando caer de pronto su ropa a los pies, completamente desnudo, con una mano sobre el seno, la otra sobre las partes genitales, se arrodillaba y, alzando la parte posterior, la presentaba a los compañeros de libertinaje. También se arreglaba la cara como se pinta la cara de Venus, y cuidaba que todo su cuerpo estuviera perfectamente liso y brillante, ya que estimaba que lo mejor que podía

ofrecerle la vida era ser considerado digno de satisfacer los gustos libidinosos de la mayor cantidad de hombres posible.”

Llegan a Roma en pequeñas etapas, y al paso de la escolta imperial, de la inmensa escolta que parece arrastrar consigo todas las regiones que ha atravesado, se manifiestan falsos emperadores. Vendedores ambulantes, obreros, esclavos que, ante la anarquía reinante y al ver trastornadas todas las reglas de la herencia real, también ellos creen que pueden ser reyes.

“¡Ya está!- parece decir Lampridio- ¡esto es la anarquía!”

No contento con hacer del trono un escenario, con dar al país que atraviesa el ejemplo de la molicie, del desorden, de la depravación, llega incluso a hacer de la misma tierra del imperio un escenario, donde hace aparecer falsos reyes. Nunca se ofreció al mundo un ejemplo más hermoso de anarquía. Ya que para Lampridio, esta representación al natural y ante cien mil personas de la fábula de Venus y Paris, con el estado febril que ella crea, con los milagros que suscita, es un peligroso ejemplo de anarquía, es la poesía y el teatro puestos en el plano de la realidad más verdadera.

Pero si miramos más de cerca, los reproches de Lampridio no se justifican. ¿Qué hizo exactamente Heliogábalo? Puede que haya transformado el trono romano en un tablado, pero al mismo tiempo introdujo en el trono de Roma el teatro, y por intermedio del teatro, la poesía en el palacio de un emperador romano; y la poesía, cuando es real, merece la sangre, justifica que se derrame sangre.

Ya que puede pensarse que tan cerca de los misterios antiguos y sobre la línea de aspersion de los Taurobolios, los personajes que eran puestos en escena de ese modo no debían comportarse como frías alegorías, sino que en la medida en que significaban fuerzas de la naturaleza, quiero decir de la segunda naturaleza, la que corresponde al círculo interior del sol, al segundo sol según Juliano, el que se encuentra

entre la periferia y el centro –y se sabe que sólo el tercero es visible-, debían conservar una fuerza de elemento puro.

Fuera de esto, heliogábalo puede torcer como le venga en gana las costumbres y hábitos romanos, tirar al diablo la toga romana, ponerse la púrpura fenicia, dar ese ejemplo de anarquía que, para un emperador romano, consiste en adoptar las ropas de otro país, y para un hombre, ponerse vestidos de mujer, cubrirse de piedras, perlas, moños de plumas, corales y talismanes; aquello que desde el punto de vista romano es anárquico, para Heliogábalo es la fidelidad a un orden, y esto quiere decir que ese fausto caído del cielo vuelve a ascender por cualquier medio.

No hay nada gratuito en la magnificencia de Heliogábalo, ni en esa maravillosa pasión del desorden que no es sino la aplicación de una idea metafísica y superior del orden, es decir de la unidad.

Aplica su idea religiosa del orden como una afrenta al rostro del mundo latino; y la aplica con extremo rigor, con un sentimiento de perfección rigurosa en el que hay una idea misteriosa y oculta de la perfección y de la unificación. Nada hay de paradójico considerar que esta idea del orden es por añadidura poética.

Heliogábalo emprendía una desmoralización sistemática y festiva del espíritu y la conciencia latinos; y habría llevado hasta sus últimas consecuencias esa subversión del mundo latino si hubiera podido vivir lo suficiente para llevarla a buen término.

En todo caso, no puede negarse que Heliogábalo es consecuente con sus ideas. Y no puede dudarse de la obstinación con que las aplicó. Este emperador, que tiene catorce años en el momento en que recibe la corona, es un mitómano en el sentido literal y concreto del término. O sea, que ve los mitos que existen, y los aplica. Por una vez, y quizá la única en la historia, aplicamos verdaderos. Arroja una idea metafísica en el

torbellino de las pobres efigies terrestres y latinas en que ya nadie cree; y el mundo latino menos que cualquier otro.

Castiga al mundo latino por no creer ya en sus mitos ni en ningún mito, y por otra parte no se priva de manifestar el desprecio que posee por esta raza de cultivadores natos, con el rostro vuelto hacia la tierra, y que nunca supo hacer otra cosa que espiar lo que saldrá de ella.

El anarquista dice:

Ni Dios ni amo, yo solo.

Heliogábalo, una vez en el trono, no acepta ninguna ley; y él es el amo. Su propia ley personal será entonces la ley de todos. El impone su tiranía. Todo tirano en el fondo no es sino un anarquista que se ha puesto la corona y que impone su ley a los demás.

Sin embargo hay otra idea en la anarquía de Heliogábalo. Por el hecho de creerse dios, de identificarse con su dios, nunca comete el error de inventar una ley humana, una absurda y descabellada ley humana, por la cual él, dios, hablaría. El se adapta a la ley divina, en la que ha sido iniciado, y es preciso reconocer que fuera de algunos excesos dispersos, algunas bromas sin importancia, Heliogábalo nunca abandonó el punto de vista místico de un dios encarnado, pero que se atiene al rito milenarista de dios.

Al llegar a Roma, Heliogábalo echa a los hombres del Senado y pone mujeres en su lugar. Para los romanos es la anarquía, pero la religión de las menstruaciones, que ha fundado la púrpura tiria, y para Heliogábalo que la aplica, esto no es más que un simple restablecimiento del equilibrio, un retorno razonado a la ley, puesto que es a la mujer –la que nació primero, la que vino primero en el orden cósmico- a quien le corresponde hacer las leyes.

Heliogábalo pudo llegar a Roma en la primavera del año 218, después de una extraña marcha del sexo, un desencadenamiento fulgurante de fiestas a través de todos los Balcanes. De vez en cuando corre a toda velocidad con su carro, recubierto de toldos, y detrás de él el Falo de diez toneladas que lo sigue a duras penas, en una especie de jaula monumental, hecha aparentemente para una ballena o un mamut. De vez en cuando se detiene, muestra sus riquezas, revela todo cuanto puede hacer en lo que a suntuosidad y generosidad se refiere, y también a exhibiciones extrañas frente a poblaciones estúpidas y miedosas. El falo, arrastrado por trescientos toros a los que se irrita hostigándolos con jaurías de hienas aulladoras, pero encadenadas, sobre un inmenso carro rebajado, con ruedas anchas como los muslos de un elefante, atraviesa la Turquía europea, Macedonia, Grecia, los Balcanes, la Austria actual a la velocidad de una cebrá al galope.

Además, de tiempo en tiempo comienza la música. Se detienen. Quitan los toldos. El falo es montado sobre su base, alzado con cuerdas, con la punta hacia arriba. Y sale la banda de los pederastas, y también actores, bailarinas, coribantes castrados y momificados.

Pues hay un rito de los muertos, un rito de la selección de los sexos, de los objetos hechos con miembros tensos de hombres, y curtidos, ennegrecidos en la punta como varas endurecidas en el fuego. Los miembros –plantados en la punta de una vara como velas en la punta de clavos, como las puntas de un maza de guerrero; colgados como campanitas en pequeños arcos de oro; pinchados sobre placas enormes como clavos en un escudo-, giran en el fuego entre las danzas de los coribantes, y unos hombres con zancos los hacen bailar como seres vivos.

Y siempre en el paroxismo, el frenesí, en el momento en que las voces se ponen roncas, pasan a un contralto genésico y femenino, Heliogábalo –que tiene en el pubis una especie de araña de hierro, cuyas patas desgarran su piel, le hacen saltar sangre a cada movimiento excesivo

de sus muslos espolvoreados con azafrán; con su miembro bañado en el oro, recubierto de oro, inmutable, rígido, inútil, inofensivo-, Heliogábalo llega, con la tiara solar, con su manto recargado de piedras, cubierto de lumbres.

Su entrada tiene el valor de una danza, de un paso de danza maravillosamente ejecutado, aunque Heliogábalo no tenga nada de bailarín. Un silencio, y luego se alzan las llamas, se reanuda la orgía, una orgía seca. Heliogábalo recoge los gritos, orienta el ardor genésico y calcinado, el ardor de muerte, el rito inútil.

Pero esos instrumentos, esas pedrerías, esos calzados, esos ropajes y esos tejidos, esas enumeraciones delirantes de música de cuerdas o percusión, como crótalos, címbalos, tamburahs egipcios, liras griegas, sistros, flautas, etc; esas orquestas de flautas, de asores, de arpas y nebeles; y también esas banderas, esos animales, esas pieles de animales, esas plumas de aves que llenan las historias de la época, toda esa suntuosidad monstruosa, cuidada en los confines por cincuenta mil soldados de caballería y que imagina arrastrar el sol, esa suntuosidad religiosa tiene un sentido. Un sentido ritual potente como todos los actos de Heliogábalo emperador tienen un sentido, contrariamente a lo que opina la historia.

Heliogábalo entra en Roma, en la mañana de un día de marzo del año 218, a la aurora, en un período que corresponde aproximadamente a los idus de marzo. Y entra andando hacia atrás. Delante de él está el Falo, arrastrado por trescientas muchachas con el pecho desnudo que preceden a los trescientos toros, ahora embotados y tranquilos, a los que en las horas que preceden el amanecer se les ha administrado un soporífero muy bien dosificado.

Entra en medio de una variada irisación de plumas que restallan al viento como si fueran banderas. Detrás de él la ciudad dorada, vagamente espectral. Delante de él, el rebaño perfumado de las mujeres, los toros que

dormitan, el Falo sobre su carro cubierto de oro que brilla bajo el inmenso parasol. Y en los bordes la doble fila de los tocadores de crótalos, laúdes y címbalos asirios, y los sopladores de flautas y flautines. Y más atrás, las literas de las tres madres: Julia Mesa, Julia Semia y Julia Mamea la cristiana que dormita y no se da cuenta de nada.

En el hecho de que Heliogábalo entre en Roma, a la aurora, en el primer día de los idus de marzo, se encuentra la aplicación desviada de un principio convertido en un rito potente, no desde el punto de vista romano, sino desde el punto de vista del sacerdocio sirio. Pero sobre todo se encuentra un rito que desde el punto de vista religioso quiere decir lo que quiere decir, pero que desde el punto de vista de las costumbres romanas quiere decir que Heliogábalo entra en Roma como conquistador, pero por el trasero, y que primero se hace encular por el Imperio romano.

Una vez terminadas las fiestas de la coronación, señaladas por esta profesión de fe pederástica, Heliogábalo se instala con su abuela, su madre y la hermana de esta última, la pérfida Julia Mamea, en el palacio de Caracalla.

Heliogábalo no esperó llegar a Roma para declarar la anarquía total, para dar una mano a la anarquía que encuentra, cuando esta última se adorna con teatro y se acompaña de poesía.

Por supuesto, manda cortar la cabeza de cinco oscuros rebeldes que, en nombre de su pequeña individualidad democrática, su miserable individualidad, se atreven a reivindicar la corona real. Pero favorece las hazañas de ese actor, de ese insurrecto genial que, haciéndose pasar unas veces por Apolonio de Tiana, otras por Alejandro Magno, se muestra, vestido de blanco, a los pueblos de los bordes del Danubio, con la corona del Escandro sobre la frente, que quizá robó del equipaje del emperador. Lejos de perseguirlo, Heliogábalo le delega una parte de sus tropas y le presta su flota de guerra, para que subyugue a los marcomanos.

Pero en esta flota todos los navíos están agujereados, y un incendio prendido por sus buenos oficios en medio del mar lo deshace, por medio de un naufragio teatral, de la tentativa del usurpador.

Como emperador, Heliogábalo se comporta como un bribón y un libertario irrespetuoso. En la primera reunión un poco solemne, les pregunta brutalmente a los grandes del estado, a los nobles, a los senadores en disponibilidad, a los legisladores de todo tipo, si también ellos han conocido la pederastia en su juventud, si han practicado la sodomía, el vampirismo, el sucubato, la fornicación con animales, y lo hace, dice Lampridio, en los términos más crudos.

Desde aquí vemos a Heliogábalo maquillado, escoltado por sus queridos y sus mujeres, pasando en medio de los vejestorios. Les palmorea el vientre y les pregunta si también ellos se han hecho encular en su juventud; y éstos, pálidos de vergüenza, agachan la cabeza bajo el ultraje, rumiando su humillación.

Mejor aún, simula en público, y con gestos, el acto de la fornicación.

“Llegaba hasta a representar obscenidades con sus dedos –dice Lampridio-, acostumbrado como estaba a atacar todo pudor en las asambleas y en presencia del pueblo.”

En esto hay más que una simple niñería, por supuesto, está el deseo de manifestar con violencia su individualidad y su gusto por las cosas primordiales: la naturaleza tal cual es.

Por otra parte es fácil culpar a la locura y a la juventud por todo aquello que, en el caso de Heliogábalo, no es más que el rebajamiento sistemático de un orden, y responde a un deseo de desmoralización concertada.

En Heliogábalo veo no a un loco, sino a un insurrecto.

1° Contra la anarquía politeísta romana;

2° Contra la monarquía romana, por la que se hizo encular.

Pero en él, ambas rebeldías, ambas insurrecciones se mezclan, dirigen toda su conducta, dominan todas sus acciones, hasta las más ínfimas, durante su reinado de cuatro años.

Su insurrección es sistemática y sutil, y primero la ejerce contra sí mismo.

Cuando Heliogábalo se viste de prostituta y se vende por cuarenta céntimos en la puerta de las iglesias cristianas, de los templos de los dioses romanos, no persigue tan sólo la satisfacción de un vicio, sino que humilla al monarca romano.

Cuando nombra a un bailarín a la cabeza de su guardia pretoriana, realiza una especie de anarquía indiscutible, pero peligrosa. Abofetea la cobardía de los monarcas, sus predecesores, los Antoninos y los Marco Aurelios, y le parece que basta un bailarín para mandar un grupo de policías. A la debilidad llama fuerza, y al teatro, realidad. Trastorna el orden recibido, las ideas, las nociones comunes de las cosas. Realiza una anarquía minuciosa y peligrosa, puesto que se descubre a la vista de todos. Se juega la piel, para decirlo en pocas palabras. Y esto es cosa de un anarquista valeroso.

Continúa en fin su empresa de degradación de los valores, de monstruosa desorganización moral, eligiendo a sus ministros por la enormidad de su miembro.

“A la cabeza de sus guardias nocturnos –dice Lampridio- puso al cochero Gordius, y nombró cuidador de los víveres a cierto Claudius, que era censor de las costumbres; todos los otros cargos fueron distribuidos según recomendaba a las personas la enormidad de su miembro. Estableció procuradores del vigésimo sobre las herencias a un muletero, a un vagabundo, a un cocinero, a un cerrajero.”

Esto no le impidió aprovecharse él mismo de ese desorden, de ese relajamiento desvergonzado de las costumbres, de hacer un hábito de la

obscenidad; y de mostrar, obstinadamente, como un obseso y un maníaco, aquello que por lo general se mantiene oculto.

“En los festines –sigue contando Lampridio-preferentemente se colocaba al lado de los hombres prostituidos, se complacía en sus tocamientos, y nunca recibía la copa con mejor disposición que de sus manos, después que ellos habían bebido.”

Todas las formaciones políticas, todas las formas de gobierno, ante todo tratan de echar mano a la juventud. Y también Heliogábalo trata de echar mano a la juventud latina, pero, al revés de todo el mundo, pervirtiéndola sistemáticamente.

“Había proyectado –dice Lampridio- establecer en cada ciudad, en calidad de prefectos, a gente cuyo oficio sería corromper a la juventud. Roma habría tenido catorce; y lo habría hecho si hubiera vivido, decidido como estaba a enaltecer lo más abyecto, y hacer honorables a los hombres de las profesiones más bajas.

Por otra parte no puede dudarse del profundo desprecio de Heliogábalo por el mundo romano de la época.

“Más de una vez –observa nuevamente Lampridio-, testimonió semejante desprecio por los senadores a quienes llamaba esclavos de toga; el pueblo romano para él no era más que el cultivador de un terreno, y la orden de los caballeros no significaba nada.”

Su pasión por el teatro y la poesía en libertad se manifiesta en ocasión de su primer casamiento: A su lado, y durante todo el tiempo que duró el rito romano, colocó una decena de energúmenos borrachos, que no dejaban de gritar: “Perfora, introduce”, ante el gran escándalo de los cronistas de la época, que omiten describirnos las reacciones de su novia.

Heliogábalo se casó tres veces. La primera vez con Cornelia Paula, la segunda con la primera vestal, la tercera con una mujer que tenía la cabeza de Cornelia Paula; luego se divorcia y vuelve a tomar a su vestal,

para volver finalmente a Cornelia Paula. Hay que observar aquí que Heliogábalo toma a la primera vestal no como un maharajá de anteguerra toma, en la Opera de París, a la primera bailarina, y se casa con ella, sino con una intención blasfematoria y sacrílega, que sobreexcita el furor de otro historiador, Dion Cassius.

“Este hombre –dice-, que tendrían que haber castigado con varas, arrojado al calabozo y cubierto de oprobio, lleva a su cama a la cuidadora del fuego sagrado, y la desflora en medio del silencio general.”

De todo esto a mí me interesa el hecho de que Heliogábalo es el primer emperador que se atrevió a derribar ese rito de guerra, la custodia del fuego sagrado, y que profanó, como es debido, el templo del Paladión.

Heliogábalo erige un templo a su dios, en pleno centro de la devoción romana, en el sitio del pequeño templo insípido consagrado a Júpiter Palatino. Una vez demolido el templo, erige con mayor riqueza pero en menor tamaño, una reproducción del templo de Emesa.

Pero la devoción de Heliogábalo por su dios, su pasión por los ritos y el teatro, nunca se demuestran mejor que en el casamiento de la Piedra Negra con una esposa digna de él. Esta esposa la hizo buscar por todo el imperio. Así, hasta en la piedra, habrá realizado el rito sagrado, habrá demostrado la eficacia del símbolo. Y aquello que toda la historia considera como una locura más y un acto de una puerilidad inútil, a mí me parece la prueba material y rigurosa de su poética religiosidad.

Pero Heliogábalo que detesta la guerra, y cuyo reinado no habrá sido manchado por la presencia de ninguna guerra, no desposará a Elagabalus con el Paladión que le proponen –ese Paladión sanguinario que entre las manos de Palas, a quien más bien deberían llamar Hécate, como la noche de la cual salió, acuna el nacimiento de los futuros guerreros-, sino con la Tanit-Astarté de Cartago, cuya leche tibia fluye lejos de los sacrificios consagrados a Moloch.

Qué importa que el Falo, la Piedra Negra, lleve en su cara interior una especie de sexo de mujer que los mismos dioses han cincelado; y Heliogábalo quiere demostrar de esta forma por medio de este acoplamiento realizado, que el miembro es activo y opera, y poco importa que lo haga en efigie y en lo abstracto.

Un extraño ritmo interviene en la crueldad de Heliogábalo; este iniciado todo lo hace con arte y en forma doble. Quiero decir todo en dos planos. Cada uno de sus gestos tiene dos filos:

Orden, Desorden,
Unidad Anarquía,
Poesía, Disonancia,
Ritmo, Discordancia,
Grandeza, Puerilidad,
Generosidad, Crueldad.

Desde lo alto de las torres recién erigidas de su templo al dios pítico, arroja trigo y miembros de hombres.

Nutre a un pueblo castrado.

Indudablemente, no hay tiorbas, ni tubas, ni orquestas de asores, en medio de las castraciones que impone, pero que impone cada vez como otras tantas castraciones personales, y como si fuera él mismo, Elagabalus, el que había de ser castrado. Desde lo alto de las torres se arrojan bolsas de sexos con la más cruel abundancia, el día de las fiestas del dios Pitio.

Yo no juraría que una orquesta de asores, o de nebeles de cuerdas rechinantes, de vientres duros, no esté oculta en algún sitio en los bajos fondos de las torres en espiral, para cubrir los gritos de los parásitos a quienes castran; pero a esos gritos de hombres martirizados responden

casi al unísono las aclamaciones de un pueblo alborozado, al que Heliogábalo reparte el valor de varios campos de trigo.

El bien, el mal, la sangre, el esperma, los vinos rosados, los aceites balsámicos, los perfumes más caros crean, en torno a la generosidad de Heliogábalo, incontables irrigaciones.

Y la música que surge de esto va más allá del oído para alcanzar el espíritu sin instrumentos y sin orquesta. Quiero decir que los estribillos, las evoluciones de las débiles orquestas no son nada al lado de ese flujo y reflujo, de esta marea que va y viene con extrañas disonancias, de su generosidad a su crueldad, de su pasión por el desorden a la búsqueda de un orden inaplicable al mundo latino.

Por lo demás repito que fuera del asesinato de Gannys que es el único crimen que se le puede imputar, Heliogábalo sólo mandó matar a las criaturas de Macrino, que era un traidor y un asesino, y en toda ocasión economizó bastante sangre humana. En todo su reinado hay una desproporción flagrante entre la sangre derramada y los hombres realmente matados.

No se conoce la fecha exacta de su coronación, pero se conoce el precio que sus generosidades le costaron aquel día al tesoro imperial. Y fueron capaces de comprometer su propia seguridad material, y de endeudar sus finanzas por todo el resto del tiempo que reinó.

Heliogábalo no deja de querer igualar la magnificencia de sus generosidades con la idea que se hace de un rey.

Pone un elefante en lugar de un asno, un caballo en lugar de un perro, un león donde no se pondría más que un ocelote, el colegio entero de las bailarinas sacerdotales donde no ha sido previsto más que un cortejo de niños auxiliares.

En todas partes la abundancia, el exceso, la profusión, la exuberancia. La generosidad y la piedad más pura que vienen a equilibrar una espasmódica crueldad.

Al atravesar los mercados llora por la miseria de la plebe.

Pero al mismo tiempo, manda buscar por todo el imperio a marineros con miembros atractivos, a quienes llama Nobles, a prisioneros, a ex asesinos, para que lo traten exactamente de la misma manera que él a ellos en el transcurso de sus ataques genésicos, y que vigoricen la turbulencia de sus festines por medio de sus espantosas groserías.

¡Con Zoticus inaugura el nepotismo de la verga!

“Cierta Zoticus fue tan poderoso que todos los otros grandes oficiales lo trataban como si hubiese sido el marido de su amo. Además, ese mismo Zoticus, abusando de su título de familiaridad, daba importancia a todas las palabras y acciones de Heliogábalo. Ambicionaba las mayores riquezas, amenazaba a unos, prometía a otros, engañaba a todo el mundo, y cuando se separaba del príncipe, iba a encontrar a todos para decirles: “Dije tal cosa de usted, esto es lo que escuché sobre usted, tal cosa va a sucederle”, como hacen las personas de este tipo que, una vez que un príncipe les permite una familiaridad demasiado grande, venden la reputación de su amo, sea malo o bueno; y gracias a la tontería o inexperiencia de los emperadores que no se dan cuenta de nada, se hartan del placer de divulgar infamias...”

Llora como el niño que es ante la traición de Hierocles; pero lejos de ejercer su crueldad contra ese cochero de baja estofa, vuelca su rabia contra sí mismo, y se castiga, haciéndose flagelar hasta que le brote la sangre, por haber sido traicionado por un cochero.

Da al pueblo todo lo que le interesa:

PAN Y CIRCO.

Incluso cuando alimenta al pueblo, lo alimenta con lirismo, le suministra ese fermento de exaltación que está en la base de toda verdadera magnificencia. Y su tiranía sanguinaria que jamás se equivocó de objeto, nunca afectó ni atacó al pueblo.

Todos aquellos a quienes Heliogábalo envía a las galeras, castra o flagela, los extrae de entre los aristócratas, los nobles, los pederastas de su corte personal, los parásitos de palacio.

Se ensaña sistemáticamente, ya lo he dicho, en la perversión y la destrucción de todo valor y de todo orden; pero lo que es admirable y prueba la decadencia irremediable del mundo latino, es ver como, durante cuatro años consecutivos y a la vista y conocimiento de todo el mundo pudo continuar ese trabajo de destrucción sistemática sin que nadie protestara: y su caída no va más allá de una simple revolución palaciega.

Si Heliogábalo pasa de mujer en mujer como pasa de cochero en cochero, también pasa de piedra en piedra, de vestido en vestido, de fiesta en fiesta y de adorno en adorno.

A través del color y el sentido de las piedras, de la forma de los vestidos, del orden de las fiestas, de las joyas que se incrustan en su misma piel, su espíritu realiza extraños viajes. Es aquí donde se lo ve palidecer, donde se lo ve temblar, en busca de un brillo, de una aspereza de la cual aferrarse, ante la horrorosa fuga de todo.

Es aquí donde se manifiesta una especie de anarquía superior en la que arde su profunda inquietud; y corre de piedra en piedra, de brillo en brillo, de forma en forma, y de fuego en fuego, como si corriera de alma en alma, en una misteriosa odisea interior que nadie ha vuelto a emprender después de él.

Yo veo una monomanía peligrosa, tanto para los demás como para aquel que se entrega a ella, en el hecho de cambiar todos los días de vestimenta, y de poner sobre cada vestimenta una piedra, nunca la misma, que responda a los signos del cielo. Aquí hay mucho más que una pasión por el lujo dispendioso, una propensión al despilfarro inútil; aquí se encuentra el testimonio de una inmensa, de una insaciable fiebre del espíritu, de un alma sedienta de emociones, de movimientos, de desplazamientos, y que tiene pasión por las metamorfosis. Cualquiera sea el precio con que haya que pagarlas, y el riesgo a que se exponga por ello.

Y en el hecho de invitar a lisiados a su mesa, y de variar todos los días la forma de sus enfermedades, yo observo un inquietante gusto por la enfermedad y por el malestar, gusto que irá en aumento hasta una búsqueda de la enfermedad en el plano más amplio posible, es decir de una especie de contagio eterno que posea la amplitud de una epidemia. Y también esto es anarquía, pero espiritual y artificiosa, y tanto más cruel, tanto más peligrosa, cuanto que es sutil y disimulada.

Que tarde un día en efectuar una comida tiene el significado de introducir el espacio en su digestión alimenticia, y que una comida comenzada al amanecer culmina en el ocaso, después de haber pasado por los cuatro puntos cardinales.

Ya que de hora en hora, de plato en plato, de casa en casa y de orientación en orientación, Heliogábalo se desplaza. Y el fin de la comida indica que ha concluido el circuito, que ha cerrado el círculo en el espacio, y en ese círculo ha hecho caber los dos polos de su digestión.

Heliogábalo ha llevado al paroxismo la búsqueda del arte, la búsqueda del rito y de la poesía en medio de la más absurda magnificencia.

Los pescados que se hacía servir eran cocidos siempre en una salsa del color del agua del mar, y conservaban su color natural. Durante algún

tiempo se bañó con vino rosado y rosas. En ellos bebía con todos los suyos y perfumaba con nardo los baños turcos. En las lámparas ponía bálsamo en lugar de aceite. Exceptuando a su esposa, no abrazó dos veces a ninguna mujer. En su casa estableció lupanares para sus amigos, protegidos y servidores. Para su cena nunca gastaba menos de cien sestercios. En esta costumbre superó a Vitellius y Apicius. Empleaba bueyes para sacar los peces de los criaderos. Un día lloró por la miseria pública mientras atravesaba el mercado. Se divertía atando a sus parásitos a la rueda de un molino, y por medio de un movimiento de rotación los hundía en el agua o los hacía volver a la superficie: entonces los llamaba sus queridos Ixiones.”

No sólo el mundo romano, sino la tierra de Roma y el paisaje romano es trastornado por él.

“Se cuenta –sigue diciendo Lampridio-, que ofreció naumaquias en lagos excavados por la mano del hombre a los que había llenado de vino, y que los mantos de los combatientes estaban perfumados con esencia de enanto; que condujo al Vaticano carros uncidos a cuatro elefantes, después de haber hecho destruir las tumbas que entorpecían su paso; que en el circo, para su espectáculo particular, hizo atar a los carros a cuatro camellos al mismo tiempo.”

Su muerte es la coronación de su vida; y, si es justa desde el punto de vista romano, también lo es desde el punto de vista de Heliogábalo. Heliogábalo tuvo la muerte ignominiosa de un rebelde, pero de un rebelde que muere por sus ideas.

Frente a la irritación general ocasionada por esa efusión de anarquía poética, y cultivada sigilosamente por la pérfida Julia Mamea, Heliogábalo se dejó reemplazar. Aceptó a su lado, tomó como coadjutor a una mala efigie de sí mismo, una especie de segundo emperador, el pequeño Alejandro Severo, que es hijo de Julia Mamea.

Pero si Elagabalus es hombre y mujer, no es dos hombres al mismo tiempo. Hay aquí una dualidad material que para Heliogábalo representa un insulto al principio, y que Heliogábalo no puede aceptar.

Se rebela una primera vez, pero en lugar de recurrir al pueblo que lo ama, a él, a Heliogábalo –ese pueblo que aprovechó su generosidad, y por cuya miseria lo han visto llorar- para amotinarlo contra el joven emperador virgen, trata de hacerlo asesinar por su guardia pretoriana, siempre conducida por un bailarín, y cuya clara rebeldía no advierte. Es entonces cuando su propia policía intenta volver sus armas contra él, alentada por Julia Mamea; pero Julia Mesa interviene. Heliogábalo puede huir a tiempo.

Todo se tranquiliza; Heliogábalo habría podido aceptar el hecho consumado, soportar a su lado a ese pálido emperador de quien está celoso y que, si no tiene el amor del pueblo, al menos tiene el de los militares, el de la policía y el de los grandes.

Pero por el contrario aquí Heliogábalo se muestra tal como es: un espíritu indisciplinado y fanático, un verdadero rey, un rebelde, un individualista a ultranza.

Aceptar, someterse, equivale a ganar tiempo, equivale a consagrar su declinación sin asegurar el reposo de su vida, ya que Julia Mamea trabaja, y bien sabe que no abdicará. Entre la monarquía absoluta y su hijo ya no hay más que un pecho, un gran corazón, pero por el cual esta supuesta cristiana no siente más que odio y desprecio.

¡Vida por vida es una vida por otra! La de Alejandro Severo o la suya. En todo caso esto es lo que Heliogábalo sintió con la mayor fuerza. Y para sus adentros decide que será la de Alejandro Severo. Después de esa primera alerta, los pretorianos se tranquilizaron; todo volvió a ponerse en orden, pero Heliogábalo se encarga de volver a avivar el incendio y el desorden, y probar de esa manera que sigue siendo fiel a sus procedimientos.

Sublevados por emisarios, la gente común, cocheros, artistas, mendigos, bufones, tratan de invadir la parte del palacio en que cierta noche de febrero del año 22 descansa Alejandro Severo, junto a la habitación en la que descansa Julia Mamaea. Pero el palacio está lleno de guardias armados. El ruido de las espadas desenvainadas, de los escudo golpeados con fuerza, de los címbalos guerreros que reúnen a las tropas ocultas en todas las piezas del palacio, basta para poner en fuga a un pueblo casi desarmado.

Entonces la guardia armada se vuelve contra Heliogábalo, a quien busca a través de todo el palacio. Julia Semia ha visto lo que sucedía; corre y encuentra a Heliogábalo en una especie de corredor secreto y le grita que se escape. Y lo acompaña en su huida. Por todas partes resuenan los gritos de los perseguidores en marcha, su pesada carrera hace temblar las paredes, un pánico inexpresable se apodera de Heliogábalo y de su madre. Sienten la muerte por todos los costados. Desembocan en los jardines que bajan hacia el Tíber a la sombra de los grandes pinos. En un rincón retirado, detrás de una espesa fila de arbustos odorantes y encinas, las letrinas de los soldados se extienden al aire libre con sus zanjas, como surcos que arañaran el suelo. El Tíber está demasiado lejos. Los soldados demasiados cerca. Heliogábalo, loco de miedo, se arroja de un salto a las letrinas, se zambulle en los excrementos. Es el fin.

La tropa, que lo ha visto, le da alcance; y sus propios pretorianos lo agarran ya por el pelo. Esta es una escena de carnicería, una asesinato repugnante, un antiguo cuadro de matadero.

Los excrementos se mezclan con la sangre, salpican al mismo tiempo que la sangre las espadas que destrozan las carnes de Heliogábalo y de su madre.

Luego sacan sus cuerpos, los llevan a la luz de las antorchas, los arrastran a través de la ciudad ante el populacho aterrorizado, ante las

casas de los patricios que abren sus ventanas para aplaudir. Una inmensa muchedumbre camina hacia los muelles, sobre el Tíber, siguiendo esos lamentables montones de carne ya exangüe, pero embadurnada.

“¡A la alcantarilla!, vocifera ahora el populacho que aprovechó la generosidad de Heliogábalo, pero que ya la ha digerido completamente.

“¡A la alcantarilla los dos cadáveres, el cadáver de Heliogábalo, a la alcantarilla!”

Una vez bien harta de sangre y de la obscena visión de esos dos cuerpos desnudos, estragados, y que muestran todos sus órganos, hasta los más secretos, la tropa trata de hacer pasar el cuerpo de Heliogábalo por la primera boca de alcantarilla que encuentra. Pero por más delgado que sea, todavía es demasiado ancho. Hay que pensar en otra cosa.

A Elagabalus Basianus Avitus, o llamado de otra manera Heliogábalo, ya le añadieron el apodo de Varius, porque fue formado de múltiples simientes y nacido de una prostituta; luego le dieron los nombres de Tiberiano y de Arrastrado, porque fue arrastrado y arrojado al Tíber después que trataron de hacerle entrar en la alcantarilla; pero al llegar frente a ella, y como tenía los hombros demasiado anchos, trataron de limarlo. Así, partieron la piel y dejaron al desnudo el esqueleto, que querían tener intacto; entonces habrían podido agregarle los dos nombres de Limado y Cepillado. Pero una vez limado, sin duda alguna todavía era demasiado ancho, y entonces arrojan su cuerpo al Tíber que lo lleva hasta el mar, seguido, a algunos remolinos de distancia, por el cadáver de Julia Semia.

Así termina Heliogábalo, sin inscripción y sin tumba, pero con atroces funerales. Murió cobardemente, pero en un estado de rebelión absoluta; y tal vida, coronada por semejante muerte, creo que no necesita ninguna conclusión.

APÉNDICE I

EL CISMA DE IRSHU

Fabre de Olivet, en su Historia filosófica del género humano, habla largamente de una separación primitiva de esencias, que debe entenderse en el plano divino y humano a la vez. Puesto que la segunda acción no es más que el reflejo y, si se puede decir, el contragolpe histórico de la otra: la acción celeste que, en el origen de todo, no pone en juego más que fuerzas puras.

El caso es que mucho después del establecimiento de los hindúes en las tierras del Palistán, los pueblos, grandes aficionados a la metafísica, comienzan a pelear por una cuestión de principios que hizo correr más sangre que todas las guerras modernas, y durante mucho más tiempo.

Allí donde en los siglos bárbaros, como estos en que nosotros vivimos, las más altas cuestiones espirituales apenas alcanzan para repartir un sobrante de alimento entre pueblos extenuados y que literalmente se mueren de hambre, la prehistoria conoció tiempos gloriosos para el hombre, en los que éste todavía podía hacer la guerra por ideas.

Para aquellos interesados por esta cuestión, para quienes la metafísica es algo más apasionante que la búsqueda de las posiciones más propicias para el amor físico, es decir para aquellos cuyo espíritu –que en esto no hace otra cosa que seguir su propia ley orgánica- todavía es capaz, cuando es preciso, de remontare a los principios, progresando en

una justa abstracción, pueden decirse –y en esto no hago otra cosa que seguir a Fabre de Olivet- que durante mucho tiempo los hombres han creído en la existencia de un principio único, de naturaleza espiritual, del que todo depende.

Pero un día estos mismos hombres, basados en el estudio de la música, hacen un descubrimiento aterrador. Encuentran que el orden de las cosas es doble, cuando ellos lo creían simple; y que el mundo, lejos de provenir de un principio único, es el producto de una dualidad combinada. Imposible dudar: los hechos están a la vista; los hechos, es decir el análisis trascendente de la música, o más bien del origen de los sonidos. Por más lejos que uno se remonte en la generación de los sonidos, se encuentran dos principios que actúan paralelamente y se combinan para engendrar la vibración. Y fuera de esto sólo existe la esencia pura, lo abstracto inanalizable, lo absoluto indeterminado, “lo Inteligible”, en fin, como lo llama Fabre de Olivet.

Y entre “lo Inteligible” y el mundo, la naturaleza, la creación, está justamente la armonía, la vibración, la acústica que es el primer paso, el más sutil el mas maleable que une lo abstracto con lo concreto.

Más que el gusto, más que la luz, más que el tacto, más que la emoción pasional, más que la exaltación del alma enaltecida por las razones más puras, es el sonido, la vibración acústica, lo que explica el gusto, la luz, y la conmoción de las pasiones más sublimes. Si el origen de los sonidos es doble, todo es doble. Y aquí comienza el enloquecimiento. Y la anarquía que engendra la guerra y la masacre de los partidarios. Y si hay dos principios, uno es macho y el otro hembra.

Pero –y es ésta la razón de la guerra-, los partidarios del Macho no creen la coexistencia de los principios, y para ellos el Macho inteligible permanece solo, en el origen de todo.

Y en un país como la India donde se cree en la preeminencia de un principio único de naturaleza macho, el cisma de Irshú representa en una

época antehistórica la rebelión de los partidarios de la mujer conducidos por Irshú contra los partidarios del hombre conducidos por Tarak'hyan, hermano de Irshú.

La guerra concluye con el aplastamiento de la mujer cuyos partidarios retornan en desorden a un espacio inmenso, y se quedan varados en los bordes del Mediterráneo.

Con el correr del tiempo su nombre se altera; y de Palli que eran (o los Pastores) se convierten en Yoni (la Vagina), y finalmente Pinkshas (los Rojos), por el nombre de las menstruaciones que se reparten en inconfesables comidas.

Rojo, alteración del amarillo de los fluidos menstruales, ese es el origen de la púrpura de Tiro, famosa en toda la antigüedad.

APÉNDICE II

LA RELIGIÓN DEL SOL EN SIRIA

Y para terminar así es como yo interpreto la acumulación de templos, sus cultos antagónicos, la respiración de las piedras, las extirpaciones sangrientas, la carrera de los coribantes, el aullido de los oráculos, los gruñidos del cielo, y todo ese ruido sagrado que sigue haciendo, doscientos años después de Cristo, la Siria de Heliogábalo, cuyo celo casi satánico tiembla en medio de los ritos de sangre.

La religión de Emesa era mágica porque conservó, de manera concreta, la noción de los grandes principios. Y el Paganismo, en su sentido iniciático y superior, representa la preocupación por los grandes principios que aún siguen girando y viviendo en la sangre de los individuos. Y la noción de los principios es la noción de la guerra que en los orígenes han debido hacerse los principios para estabilizar la creación.

El Paganismo, en sus ritos y celebraciones, reproduce el Mito de la creación primera y completa, de la cual el Cristianismo –que exalta la Redención- no celebra más que una parte, y solamente en el plano

histórico, mientras que el Paganismo la celebra totalmente y en su principio.

Y la religión pederástica de Heliogábalo, que es la religión de la separación del principio, no es repugnante sino porque ha perdido esta noción trascendente, para hundirse en el erotismo de la creación en acto y sexualizada.

APÉNDICE III

EL ZODIACO DE RAM

Las doce divisiones del Zodíaco de Ram responden a la cifra 12, que es la cifra de la naturaleza en la tradición pitagórica. Pero es curioso constatar que 12 es la cifra de la yuxtaposición de los dos principios: Dios, la Naturaleza; el Espíritu, la Materia; el Hombre, la Mujer; pero tomados en estado inerte, y en el momento en que aún no están en operación, y en que aún son el 1 y el 2.

Pero a su vez 12 se obtiene pro medio de la multiplicación de 3 por 4: 3 en el principio, por 4 en lo sensible. Y así puede decirse que las 4 grandes razas humanas responden como ecos orgánicos a las divisiones del Zodíaco de Ram, deseadas por Dios.

Van Gogh el Suicidio
por la Sociedad (1947)

INTRODUCCIÓN

La buena salud mental de Van Gogh puede ser proclamada, pues a lo largo de toda su vida sólo se hizo cocinar una mano y, dejando esto de lado, no llegó más que a cortarse la oreja izquierda, en un mundo en que la gente come todos los días vagina asada con salsa verde, o sexo de recién nacido azotado y encolerizado ingerido tal como sale del sexo de la madre.

Y no es una imagen, sino una realidad cotidiana, repetida con frecuencia, y sembrada en toda la extensión de la tierra. Así es como se sostiene -aunque esta afirmación resulte delirante- la vida actual en su viejo clima de estupro, de anarquía, de caos, de extravío, de descalabro, de alienación crónica, de inercia burguesa, de desviación mental, (pues no es el hombre el que se ha desviado sino el mundo), de impudicia deliberada e ilustre hipocresía, de inmundo descrédito por todo lo que representa nobleza, de reivindicación de un orden fundado absolutamente en el acatamiento de una primitiva injusticia, en síntesis, de crimen organizado. Las cosas andan mal porque en este momento el mayor interés de la conciencia alienada es no salir de su enfermedad.

Es así como una sociedad estropeada inventó la psiquiatría para protegerse de las indagaciones de algunos iluminados superiores cuyas facultades de profecía les resultaban molestas.

Gerard de Nerval estaba loco, pero lo acusaron de estarlo con la intención de desacreditarlo sobre ciertas revelaciones fundamentales que estaba por hacer, y una noche, además de acusarlo, lo golpearon en la cabeza-golpeado realmente en la cabeza-para que olvidara los monstruosos hechos que iba a revelar y que, a consecuencia del golpe, pasaron en su interior al terreno de lo supranatural; porque toda la sociedad, confabulada tácitamente contra su conciencia, en ese momento era bastante poderosa como para hacerle olvidar su realidad.

No, Van Gogh no estaba loco, pero sus telas conformaban mezclas incendiarias, bombas atómicas, cuyo punto de vista, en comparación con el de todas las pinturas que causaban furor en la época, hubiera podido alterar gravemente el conformismo larval de la burguesía del Segundo Imperio, y de los sicarios de Thiers, de Gambetta, de Félix Faure tanto como los de Napoleón III.

Porque la pintura de Van Gogh no se opone a cierto conformismo de las costumbres sino al de las mismas instituciones. Y después del paso de Van

Gogh por la tierra, ni la naturaleza exterior, con sus mareas, sus climas y tormentas equinocciales puede conservar la misma gravitación.

Con más razón en el terreno social, las instituciones se desarticulan, y la medicina parece un cadáver inservible y en estado de descomposición que proclama la locura de Van Gogh.

La lucidez en acción de Van Gogh, deja a la psiquiatría reducida a un tugurio de gorilas, obcecados y perseguidos, que sólo tienen como recurso, para atenuar los más terribles estados de angustia

y opresión humana, una ridícula terminología, producto que corresponde a sus viciados cerebros. No hay psiquiatra, en efecto, que no sea un manifiesto erotómano.

Y no creo que haya excepciones en la regla de la arraigada erotomanía de los psiquiatras.

Hay uno que hace algunos años se rebeló ante la posibilidad de verme acusar, en su totalidad, al conjunto de notables crápulas y timadores patentados al que él pertenecía.

Señor Artaud, en lo que a mí me toca -me decía- no soy erotómano, y lo reto a que muestre una sola prueba para justificar su acusación.

Sólo tengo que presentarlo a usted mismo como prueba, Dr. L...; lleva la marca en la cara, pedazo de sucio cochino.

Tiene el aspecto de quien mete su presa sexual bajo la lengua y después la hace girar como una almendra, para despreciarla a su manera.

A esto le llaman quedarse con la mejor porción y quedar bien.

Si en el coito no consigue ese cloqueo de la glotis que usted conoce tan bien, y de forma simultanea el gorgoteo de la faringe, el esófago, la uretra y el ano, usted no se da por satisfecho.

En el transcurso de estos espasmos orgánicos internos, usted ha adquirido cierta tendencia que es prueba encarnada de un asqueroso estupro, que usted siembra cada vez más, año tras año, porque en términos sociales no cae bajo la égida de la ley, pero cuando la conciencia lesionada sufre enteramente, cae bajo la égida de otra ley porque ese modo de comportarse le impide respirar.

Mientras que usted, por una parte, establece que la conciencia en actividad produce delirio, por otra la asfixia con su infame sexualidad.

Y es ése, justamente, el terreno en el que el pobre Van Gogh era casto, casto como ni una virgen ni un serafín podrían serlo, porque son ellos, justamente los que han promovido y alentado en sus inicios la gran maquinaria del pecado.

Por otro lado, usted, Dr. L..., tal vez pertenezca a la raza de los serafines perversos, pero por favor deje tranquilos a los hombres, el cuerpo de Van Gogh, libre de cualquier pecado, estuvo también libre de toda locura, que, por otro lado, se genera en el pecado.

Que se sepa que no creo el pecado católico, pero sí creo en el crimen erótico del que precisamente se han abstenido todos los genios de la tierra, los verdaderos alienados de los asilos, o, en caso de no ser así, es porque no eran (verdaderamente) alienados.

¿Y qué es un verdadero alienado?

Es un hombre que elige volverse loco -en el sentido en que se usa socialmente la palabra- antes que traicionar un pensamiento superior de la dignidad humana.

Por ese motivo la sociedad se sirve de los asilos para amordazar a todos aquellos de los que quiere deshacerse o defenderse, por haberse negado a convertirse en cómplices de las más grandes porquerías.

Ya que un alienado, en realidad, es un hombre al que la sociedad no quiere escuchar, y quiere evitar que manifieste determinadas verdades intolerables.

Pero el encierro, en este caso, no es el único recurso, porque la confabulación de los hombres cuenta con otras armas para sojuzgar a las voluntades que pretende quebrar.

Más allá de las mínimas hechicerías de los brujos de pueblo están los importantes pases de magia colectiva en la que interviene periódicamente toda la conciencia en estado de alerta.

De este modo, en ocasión de una guerra, de una revolución, de una hecatombe social todavía latente, la conciencia unánime es cuestionada, se cuestiona, y llega a emitir su propio juicio.

Puede suceder también, que en ciertos casos individuales sobresalientes se le haya inducido a salir de sí misma.

Es así como hubo hechizos generales en los casos de Baudelaire, Edgar Poe, Gerard de Nerval, Nietzsche, Kierkegaard, Hölderlin, Coleridge, y lo hubo en el caso de Van Gogh.

Es algo que puede suceder durante el día, pero comúnmente sucede de noche.

Es así como fuerzas siniestras son erigidas y llevadas a la bóveda astral, esa especie de cúpula umbrosa que, superponiéndose a la respiración humana general, configura la ponzoñosa hostilidad del espíritu maléfico de la mayoría de la gente.

Es así como las pocas y bien orientadas voluntades lúcidas que han tenido que pelear en la tierra, en ciertas horas del día o de la noche se ven a sí mismas sumidas hondamente en estados de auténtica pesadilla en vela, cercadas por la extraordinaria succión, de la extraordinaria opresión tentacular de una especie de magia cívica que no demorará en presentarse explícitamente en las costumbres.

Frente a esa inmundicia general, que tiene de un lado al sexo y del otro a la masa, o a otros rituales psíquicos análogos como fundamento o punto de partida, no es indicio de delito alguno el pasearse de noche con un sombrero coronado con doce luces para plasmar en la tela un paisaje del natural; ¿de qué otra forma, si no, habría podido iluminarse el pobre Van Gogh?, como lo puso

en evidencia en cierta ocasión nuestro buen amigo el actor Roger Blin.

Con respecto a la mano cocinada, es un acto de puro y sencillo heroísmo; y en relación a la oreja cortada sólo se trata de lógica directa, y repito: a un mundo que cada vez más de día y de noche come lo incomedible para llevar su maléfica voluntad a la materialización de sus fines, no le queda, en ese punto, otro recurso que enmudecer.

Post scriptum I

Van Gogh no murió a consecuencia de un estado delirante definido, sino por haber encarnado el lugar de acción de un problema alrededor del cual se debate, desde los orígenes, el espíritu injusto de esta humanidad, el de la prevalencia de la carne sobre el espíritu, o del cuerpo sobre la carne, o del espíritu sobre uno y otra. ¿y en ese delirio, dónde se encuentra el lugar del yo humano? Van Gogh a lo largo de toda su vida buscó el suyo con excepcional energía y decisión.

Y no se suicidó en una crisis de locura por la desesperación de no llegar a encontrarlo, por el contrario, acababa de encontrarlo y de descubrir quién era él mismo, cuando la conciencia unánime de la sociedad, para vengarse y castigarlo por haberse alejado de ella, lo suicidó.

Y esto le sucedió a Van Gogh como suele suceder en ocasión de una bacanal, de una misa, de una absolución, o de cualquier otro rito de posesión, de consagración, de sucubación o de incubación.

Así esta sociedad se metió en su cuerpo esta sociedad perdonada consagrada santificada y poseída barrió con su conciencia sobrenatural que recién había adquirido, y como una

invasión de cuervos negros en las fibras de su tronco interior lo hundió en una última oleada, y ocupando su lugar, lo mató. Ya que es parte de la lógica anatómica del hombre moderno, poder vivir y pensar en vivir, sólo como poseído.

EL SUICIDADO POR LA SOCIEDAD

Me apasionó durante largo tiempo la pintura lineal pura, hasta que descubrí a Van Gogh. En lugar de líneas y formas, él pintaba cosas de la naturaleza inerte que parecían movidas por convulsiones.

E inerte.

Como bajo el espantoso ataque de ese impulso de inercia al que todos hacen alusión con medias palabras, y que jamás ha sido tan turbia como desde que la totalidad de la tierra y de la vida actual se confabularon para aclararla.

Pero son mazazos, verdaderos mazazos los que sin cesar dispensa Van Gogh a todas las formas de la naturaleza y a los objetos.

Los paisajes cardados por el punzón de Van Gogh, exponen a la vista su carne hostil, el rencor de sus entrañas reventadas, que, por lo demás, no se sabe qué insólita fuerza está metamorfoseando.

Una exposición de pinturas de Van Gogh siempre es un acontecimiento relevante en la historia, no en la historia de las cosas pintadas sino en la historia misma histórica.

Ya que no hay epidemia, terremoto, hambre, irrupción volcánica, guerra, que separen las nómadas de la atmósfera, que tuerzan el pescuezo a la torva cara de fama fatum, el destino neurótico de las cosas, como un cuadro de Van Gogh -expuesto a la luz del día, puesto directamente anta la vista, el oído, el aroma, el tacto, en las paredes de una exposición-, disparada por fin como novedosa en la actualidad cotidiana, puesta en circulación otra vez.

En el palacio de L'Orangerie durante la última exposición no se exhibieron todas las telas de mayor formato del desdichado pintor. Pero entre las que figuraban había suficientes desfiles dando vueltas, salpicados con penachos de plantas de carmín, senderos desiertos coronados por un tejo, soles azulinos girando sobre parvas de trigo de oro puro, y también el "Tío Tranquilo", y autorretratos de Van Gogh, para no olvidar de qué sencillez elemental de objetos, elementos, personas, materiales, obtuvo Van Gogh esas calidades de acordes de órgano, esos fuegos de artificio, esos climas de epifanías, esa "Gran Obra", en fin, de una constante e intempestiva transformación.

Los cuervos pintados dos días antes de morir no le abrieron, más que sus otras pinturas, la puerta de cierta gloria póstuma, pero a la pintura pintada, o más precisamente a la naturaleza no pintada, le abren la puerta secreta de un más allá posible, de una constante realidad posible, a través de la puerta abierta por Van Gogh hacia un misterioso y temerario más allá.

No es algo que suceda a menudo que un hombre, con la bala del fusil que lo mató en el vientre, pinte cuervos negros y una especie

de llanura debajo de ellos, posiblemente lívida, vacía de todos modos, en la que la tonalidad de borra de vino de la tierra se contrasta furiosamente con el amarillo sucio del trigo.

Pero, aparte de Van Gogh, ningún otro pintor hubiera podido encontrar, para pintar sus cuervos, ese negro de trufa, ese negro de "banquete fastuoso" y al mismo tiempo excremental, de las alas de los cuervos asustados por los fulgores declinantes del crepúsculo. ¿Y la tierra, allí, de qué se queja, bajo las alas de los dichosos cuervos, dichosos sin duda sólo para Van Gogh, y ostentoso presagio, además, de un mal que ya no ha de incumbirle?

Ya que hasta entonces nadie como él había transformado la tierra en ese trapo mugriento empapado en sangre y retorcido hasta extraer vino.

En la tela hay un cielo muy bajo, aplanado, violáceo como los bordes del rayo.

La inusitada franja tétrica del vacío se eleva en relámpago.

A escasos centímetros de la parte alta y como viniendo de la parte baja de la tela, Van Gogh soltó los cuervos como si soltara los microbios negros de su bazo de suicida, siguiendo la grieta negra del trazo donde el aletear de su suntuoso plumaje hace pesar la amenaza de una sofocación desde lo alto sobre los preparativos de la tormenta terrestre.

Y, sin embargo, toda la pintura es espléndida. Pintura espléndida, suntuosa y serena. Acompañamiento digno para aquél que, mientras vivió, hizo girar tantos soles embriagados sobre tantas parvas resistentes al exilio y que, con una bala en el vientre, desesperado, no pudo dejar de ahogar con sangre y vino un paisaje, inundando la tierra con una última emulsión

resplandeciente y tétrica a la vez, que tiene gusto a vinagre pasado y vino agrio.

Por eso la tonalidad de la última pintura de Van Gogh, quien nunca sobrepasó los límites de la pintura, evoca la entonación bárbara y abrupta del drama isabelino más tenebroso, apasionado y pasional.

Lo que más me asombra en Van Gogh, el pintor de todos los pintores, es que, sin escapar de lo que se llama y es pintura, sin dejar de lado el tubo, el pincel, el encuadre del motivo y de la tela, sin apelar a la anécdota, a la narración, al drama, a la acción con imágenes, a la belleza propia del tema y del objeto, logró infundir pasión a la naturaleza y a los objetos en tal grado que cualquier cuento fantástico de Edgar Poe, de Herman Melville, de Nathaniel Hawthorne, de Gerard de Nerval, de Achim d'Arnim o de Hoffmann, no aventajan en nada, dentro del terreno psicológico y dramático, a sus telas de dos centavos, sus telas, por otro lado, casi todas de dimensiones sobrias, como respondiendo a un fin predeterminado. Una vela sobre una silla, un sillón de paja verde trenzada, un libro sobre el sillón, y el drama se esclarece. ¿Quién está por llegar? ¿Tal vez Gauguin o algún fantasma? Sobre el sillón de paja verde, la vela encendida pareciera delinear el límite luminoso que separa las dos individualidades antagónicas de Van Gogh y Gauguin. El motivo estético de su controversia perdería interés si fuera relatado, pero resultaría útil para mostrar una básica escisión humana entre las personalidades de Van Gogh y Gauguin.

En mi opinión, Gauguin creía que le artista debía buscar el origen, el símbolo, elevar las cosas de la vida hasta la dimensión del mito, en tanto que Van Gogh creía que hay

que partir del mito y deducir de él las cosas más pedestres de la vida, y en mi opinión, carajo que tenía razón.

Pues la realidad es sobradamente superior a cualquier relato, a cualquier fábula, a cualquier divinidad, a cualquier superrealidad. Sólo se necesita el genio de saber interpretarla. Lo que ningún pintor había logrado, antes del pobre Van Gogh, lo que ningún pintor después de él volverá a hacer, pues creo que esta vez ahora mismo, hoy, en este mes de febrero de 1947, es la realidad misma, el mito de la pura realidad, la realidad mítica misma, la que está en camino de incluirse. Es así que, después de Van Gogh, nadie ha sabido agitar el gran címbalo, el timbre suprahumano, eternamente suprahumano de acuerdo al orden rechazado que hace vibrar los objetos de la vida real, cuando se ha aprendido a afinar el oído lo necesario como para advertir la hinchazón de su macareo. De esta manera la luz de la vela se hace oír, la luz de la vela encendida sobre el sillón de paja verde se hace oír como la respiración de un cuerpo apasionado frente al cuerpo de un enfermo dormido.

Resuena como una extraña crítica, un juicio concienzudo y asombroso, del cual es probable que Van Gogh, más adelante, nos permita presumir el fallo, mucho más adelante, el día en que la luz violeta del sillón de paja haya logrado teñir totalmente la tela.

Y no es posible dejar de notar esa rajadura de la luz lila que ciñe los travesaños del gran sillón torvo, del vetusto sillón esparrancado de paja verde, aunque no se lo advierta a la primera mirada.

Ya que el foco está situado en otro ángulo, y su fuente es extrañamente sombría, como si fuese un secreto del cual sólo Van Gogh habría conservado la clave.

No necesito acudir a la Gran Plañidera para que me revele de qué supremas obras maestras se hubiera enriquecido la pintura si Van Gogh no hubiese muerto a los 37 años, ya que no puedo decidirme a creer que Van Gogh hubiese pintado un cuadro más después de "Los cuervos".

Pienso que murió a los 37 años porque, ay, había llegado a la culminación de su luctuosa y penosa historia de oprimido por un espíritu maléfico.

Pues Van Gogh no abandonó la vida por sí mismo, por efecto de su propia locura.

Fue por la coacción, dos días antes de su muerte, de ese espíritu maléfico conocido como Dr. Gachet, psiquiatra profano, causa eficiente, directa y suficiente de esa muerte.

Después de leer las cartas de Van Gogh a su hermano, he llegado a la franca y segura certeza de que el doctor Gachet, "psiquiatra", aborrecía, en verdad, a Van Gogh, pintor, y que lo aborrecía como pintor, pero sobre todo como genio.

Es inútil intentar ser a la vez médico y hombre honrado, pero es humillantemente imposible ser psiquiatra sin estar a la vez marcado a fuego por la más incuestionable insania: la de no poder oponerse a ese antiguo reflejo atávico de la turba que hace que cualquier hombre de ciencia, atrapado en la turba, se convierta en una especie de enemigo nato e innato de todo genio. El origen de la medicina es el mal, si es que no ha originado de la enfermedad, y si, al contrario, ha causado y creado toda la enfermedad para procurarse una razón de ser; pero la psiquiatría ha tenido como origen la turba plebeya de los seres que han

querido preservar el mal en la fuente de la enfermedad, y que han extirpado así de su propia nada una especie de guardia suizo para arrancar de raíz el impulso de rebelión reivindicatoria que está en el germen de todo genio.

Hay en el alienado un genio incomprendido que resguarda en su mente una idea que causa pavor, y que sólo el delirio le permite encontrar una salida a las opresiones que la vida le depara.

El doctor Gachet no le decía a Van Gogh que estaba allí para modificar su pintura (como le oí decir al doctor Gastón Ferdière, médico jefe del asilo de

Rodez, que estaba allí para modificar mi poesía), pero lo mandaba a pintar del natural, a sumergirse en un paisaje para evitarle el tormento de pensar.

Pero ni bien Van Gogh giraba la cabeza, el doctor Gachet le apagaba el conmutador del pensamiento. Como quien no quiere la cosa, pero usando uno de esos desdeñosos y fútiles fruncimientos de nariz en los que todo el inconsciente burgués de la tierra ha dejado la huella de la antigua fuerza mágica de un pensamiento cien veces reprimido. Al hacer esto, el doctor Gachet no impedía solamente los perjuicios del problema, sino el cultivo azufrado, el martirio del punzón que da vueltas en la garganta del único paso, con el que Van Gogh tetanizado. Van Gogh detenido en el abismo del aliento, pintaba.

Ya que Van Gogh era una sensibilidad pavorosa. Para persuadirse es suficiente con dedicar una mirada a su rostro siempre jadeante, y desde cierto punto, también hechizante, de carnicero.

Como el de un viejo carnicero sosegado, y retirado ahora del comercio, ese rostro en penumbras me persigue.

Van Gogh se mostró a sí mismo en un buen número de telas, y a pesar de estar tan bien iluminadas, tuve siempre la lamentable impresión de que los habían obligado a mentir acerca de la luz, que habían arrebatado a Van Gogh una luz imprescindible para cavar y marcar su camino dentro de sí. Y el doctor Gachet no era, sin lugar a dudas, el más dotado para indicarle ese camino.

Y no ignoro que el doctor Gachet, que atendía a Van Gogh, y que terminó por suicidarse en su casa, ha dejado en la historia la impresión de haber sido su último amigo en la tierra, una especie de consolador providencial.

Sin embargo estoy convencido de que es al doctor Gachet, de Auvers-sur-Oise, a quien Van Gogh debe, el día que se suicidó en Auvers-sur-Oise, debe, insisto, el haber abandonado la vida; ya que Van Gogh era una de esas naturalezas dotadas de una lucidez especial, que les permite, en cualquier situación, ver más allá, infinita y peligrosamente más allá de la apariencia real e inmediata de los hechos. Es decir, más allá de la conciencia que la conciencia conserva comúnmente de los hechos.

En la profundidad de sus ojos, como rasurados, de carnicero, Van Gogh se entregaba sin pausa a una de esas maniobras de oscura alquimia que toman a la naturaleza como objeto y al cuerpo humano por olla o vasija.

Y sé que el doctor Gachet decía que esas cosas fatigaban a Van Gogh.

Lo que no significaba el resultado de una llana preocupación médica, sino la manifestación de celos tan conscientes como negados.

Porque Van Gogh había llegado a ese estado de iluminación durante el cual el pensamiento en caos fluye renovado ante las descargas invasoras de la materia, donde pensar ya no es consumirse y ni siquiera es, donde no queda más que juntar cuerpos, mejor dicho.

ACUMULAR CUERPOS

El mundo que de este modo se recupera, no es el astral sino el de la creación directa, más allá de la conciencia y del cerebro. Y nunca vi que un cuerpo sin cerebro fatigara por lienzos inertes. Esos puentes, esos girasoles, esas cosechas de olivas, esas siegas de heno son lienzos de lo inerte. Ya no se mueven. Están congelados.

Pero quién podría soñarlos más férreos bajo la incisión seca que descubre su impenetrable estremecimiento.

No, doctor Gachet, un lienzo nunca ha fatigado a nadie. Son furiosas energías en reposo, que no producen agitación. Yo también, como el pobre Van Gogh, he dejado de pensar, pero organizo, cada día, extraordinarias ebulliciones internas, y sería interesante ver que un médico cualquiera viniera a reprocharme que me fatigo.

Alguien adeudaba cierta suma de dinero a Van Gogh, la historia nos dice que Van Gogh se preocupaba desde hacía varios días. Las naturalezas superiores-situadas siempre un peldaño por encima de lo real- tienen la tendencia a interpretar todo por el influjo de una conciencia maléfica, a creer que nada está librado al azar, y que todo lo malo que

ocurre se debe a una voluntad maléfica, inteligente, consciente y predeterminada.

Cuestión en la que los psiquiatras no creen jamás. Cuestión en la que los genios creen siempre. Cuando me enfermo, es porque me hechizaron, y no puedo considerarme enfermo, si no admito, por otro lado, que alguien tiene interés en quitarme la salud y obtener de eso algún beneficio.

Van Gogh también creía estar hechizado y lo manifestaba. En mi opinión creo fuertemente que lo estuvo, y un día diré cómo y dónde ocurrió.

El doctor Gachet fue el ridículo cancerbero, el sanioso y pustulento cancerbero, de camisa azul y tela almidonada, colocado ante el pobre Van Gogh para robarle sus sanas ideas. Pues si tal punto de vista, que es sano, se propagara universalmente, la Sociedad ya no podría vivir, pero yo sé cuáles héroes de la tierra lograrían su libertad.

Van Gogh no pudo sacarse a tiempo de encima esa suerte de vampirismo de la familia, que prefería que el genio de Van Gogh pintor se restringiera a pintar, sin reclamar, al mismo tiempo, la revolución necesaria para el desarrollo corporal y físico de su carácter de iluminado.

Y entre el doctor Gachet y Theo, el hermano de Van Gogh, se produjeron muchos de esos malolientes conciliábulos entre la familia y los médicos jefes de los asilos de alienados, referidas al enfermo que tienen entre manos. "Téngalo vigilado para que no se le ocurran esa clase de ideas". "Te das cuenta, lo ha dicho el doctor, tienes que librarte de esa clase de ideas". "No te hace bien pensar siempre en lo mismo; estarás internado toda la vida".

"Pero, señor Van Gogh, sólo se trata de casualidades, tiene que convencerse; además no es algo bueno querer indagar así los secretos de la providencia. Yo conozco al señor Fulano de Tal, es una persona excelente; sus ideas persecutorias los llevan a creer que él practica la magia clandestinamente".

"Prometieron devolverle esa suma y se la devolverán. No puede mantenerse en esa obstinación de atribuir ese retraso a mala voluntad".

Todas éstas son tiernas charlas de psiquiatra bonachón, aparentemente inofensivas, pero que trazan en el corazón algo así como la huella de una lengüita negra anodina de una salamandra venenosa.

Y algunas veces eso es suficiente para inducir a un genio a suicidarse.

Se suceden días en que el corazón sufre tanto la falta de salida, que lo desconcierta, como un mazazo en la cabeza, la certeza de que ya no podrá seguir adelante.

Justamente fue después de una conversación con el doctor Gachet que Van Gogh, como si nada ocurriera, entró en su habitación y se suicidó.

Yo mismo permanecí en un asilo de alienados durante 9 años y nunca tuve la idea del suicidio, pero sé que cada entrevista con un psiquiatra por la mañana, me despertaba el deseo de ahorcarme, al darme cuenta de que no podría acogerlo.

Y Theo desde el punto de vista material tal vez era muy bueno con su hermano, pero de todos modos lo consideraba un delirante, un alucinado, un iluminado, y en lugar de acompañarlo en su delirio se empeñaba en apaciguarlo.

Que después haya muerto de pesar, no cambia en nada los hechos.

Lo que más le importaba a Van Gogh en el mundo era su idea de pintor, su idea terrible, fanática, apocalíptica de iluminado.

El mundo debía responder al mandato de su propia matriz; recuperar su ritmo apretado, antipsíquico de festival clandestino en lugar público, y delante de todos, ser puesto otra vez en la vasija recalentada.

Es decir que el apocalipsis, la consumación de un apocalipsis se incubaba ahora en las pinturas del viejo Van Gogh sacrificado, y que la tierra lo necesita para dar patadas con pies y cabeza.

Cualquiera que haya escrito, pintado, esculpido, construido, modelado, inventado, lo ha hecho sólo para escapar del infierno.

Y para escapar del infierno elijo las naturalezas de ese convulsionario afable, y no las inquietantes composiciones de Breughel el anciano o de

Jerónimo Bosch que son sólo artistas frente a Van Gogh, allí donde él no es más que un pobre ignorante empeinado en no engañarse.

Pero cómo hacer para que un sabio comprenda que en el cálculo diferencial hay algo decididamente desordenado, la teoría de los quanta o las impúdicas y tan torpemente litúrgicas ordalías del cortejo de los equinoccios, frente a ese cobertor de un tono rosado de camarones que Van Gogh hace bullir tan levemente en un sitio elegido de su cama, ante la mínima sublevación de un verde Veronés o de un azul que salpica esa barca ante la cual una lavandera de Auverssur-Oise se eleva después del trabajo, también frente a ese sol amurado detrás del ángulo gris del campanario del pueblo, en ángulo, allá en el fondo de esa inmensa masa de tierra que, en el primer plano de la melodía, va detrás de la ola donde congelarse.

O VIO PROFE
O VIO PROTO
O VIO LOTO
O THETHE.

¡Para qué describir una pintura de Van Gogh! Ninguna descripción que quienquiera que sea haya intentado se podrá equiparar al sencillo orden de objetos naturales y de tintas en las que se entrega el mismo Van Gogh, tan grandioso escritor como pintor y que en relación a la obra que describe transmite el impacto de la más desconcertante autenticidad.

23 de julio de 1890

"Tal vez veas ese boceto del jardinero de Daubigny -es una de las telas en las que trabajé con más empeño-, y agrego un boceto de viejas chozas, y los bocetos de dos telas de 30 que representan grandes extensiones de trigo después de la lluvia...

"El jardín de Daubigny con hierbas verde y rosa en primer plano. Un matorral verde y lila y una cepa de planta con follaje blanquecino a la izquierda. Un macizo de rosas en el centro, un vallado a la derecha, un muro y por sobre el muro un nogal de follaje violeta. Después una mata de lilas, una hilera de redondeados tilos amarillos, la casa rosada en el fondo, con tejados azulinos. Tres sillas y un banco, una silueta negra con sombrero amarillo, y un gato negro en el primer plano. Cielo verde pálido.

8 de septiembre de 1888

"En mi pintura "Café por la noche", intenté mostrar que el café es un lugar donde uno puede arruinarse, cometer crímenes, enloquecer. Busqué, en síntesis, por medio de contrastes de rosa suave y rojo sangre y excreciones de vino, de verde tenue Luis XV y Veronés en contraste con verdes amarillentos y verdes blancuzcos duros, todo reunido en un clima de horno infernal de azufre lavado, mostrar algo así como la energía tenebrosa de una taberna.

"Y no obstante todo eso, adoptando una apariencia de jolgorio japonés unido a la inocencia de un Tartarín...

"¿Qué significa dibujar? ¿Cómo se llega a hacer? Es el movimiento de abrirse camino a través de un muro de hierro invisible que parece interponerse entre lo que se siente y lo que es posible hacer. De qué manera atravesar ese muro, ya que de nada sirve golpear con fuerza contra él; para conseguirlo hay que corroerlo despacio y pacientemente con una lima, eso es lo que pienso.

Qué fácil parece escribir de ese modo.

¡Y bien! Prueben, entonces, y díganme si no siendo el autor de una pintura de Van Gogh, podrían describirla de forma tan simple, tan sucintamente, durablemente, objetivamente, sólidamente, válidamente, masivamente, opacamente, auténticamente y milagrosamente, como en esa mínima carta suya.

(Pues la pauta del punzón disociador no depende de la vastedad ni del crispamiento sino del mero ímpetu personal del puño.)

Por lo tanto, no voy a describir un cuadro de Van Gogh después de haberlo hecho él, pero afirmaré que Van Gogh es pintor

porque cosechó la naturaleza, porque la sudó y la hizo transpirar, porque desparramó en sus telas, en haces, en impresionantes brazadas de color, la secular pulverización de elementos; la espantosa presión básica de los apóstrofes, estrías, vírgulas, barras que nadie, después de él, podrá discutir que formen parte de la apariencia normal de las cosas.

Y el muro de cuántos codeos retenidos, impactos oculares tomados del natural, parpadeos surgidos del tema, torrentes luminosos de las fuerzas que trabajan la realidad, han tenido que hacer caer antes de ser por fin contenidos y como elevados hasta el lienzo y aceptados.

En los cuadros de Van Gogh no hay fantasmas, ni alucinaciones ni visiones.

Solo la sofocante verdad de un sol de las dos de la tarde.

La despaciosa pesadilla genésica pausadamente elucidada.

Sin pesadilla y sin efectos.

Pero allí se encuentra el sufrimiento fetal.

Es el brillo húmedo de una brizna de hierba, del tallo en un recorte de trigo que está allí listo para la extradición.

Y del que un día la naturaleza rendirá cuentas. Y también la sociedad rendirá cuentas de su muerte prematura.

Un recorte de trigo doblado bajo el viento, sobre el trigo las alas de un sólo pájaro dispuesto en vírgula; qué pintor que no fuera rigurosamente pintor, podría haber tenido la osadía de Van Gogh de aplicarse a un motivo de tan desbaratante sencillez.

No, en las pinturas de Van Gogh no hay fantasmas, no hay sujeto ni hay drama y yo diría que ni siquiera hay objeto, ya que el motivo mismo, ¿qué es?

Salvo que sea algo así como la sombra de hierro del motete de una indiscernible música antigua, algo como el disparador de un tema que desespera en sí mismo.

Es naturaleza pura y descarnada, tal como se revela al ser vista cuando uno sabe situarse en su máxima cercanía.

Prueba de ello ese paisaje de oro fundido, de bronce cocido en el antiguo

Egipto, donde un enorme sol descansa sobre los techos tan sofocados por la luz que parecen en estado de descomposición.

No he visto ninguna pintura jeroglífica, fantasmagórica, patética o apocalíptica que me produzca esa sensación de oculta extrañeza, de cadáver de inútil hermetismo, que entrega su secreto con la cabeza abierta sobre el madero de la ejecución.

No pienso, al decir esto, en el "Tío Tranquilo", ni en esa fananbulesca avenida de otoño por donde pasa, en último término, un anciano encorvado con un paraguas colgado del brazo como el gancho de un traperero.

Pienso otra vez en los cuervos de alas negras de trufas brillantes.

Pienso otra vez en el campo de trigo: espigas y más espigas, y nada más hay para decir, con algunas pequeñas yemas de amapolas sembradas discretamente adelante, acre y agitadamente sembradas allí, furiosa y deliberadamente punteadas y rasgadas.

Sólo la vida puede brindar denudaciones epidérmicas semejantes que hablan bajo una camisa desabotonada; y no se sabe la razón de que la mirada se incline más a la izquierda que a la derecha, hacia el montón de carne rizada.

Pero el hecho es que es así.

El hecho es que está hecho así.

Su dormitorio también escondido, tan encantadoramente campesino y saturado de un aroma capaz de encurtir los trigos que se estremecen en el paisaje, a la distancia, detrás de la ventana que los ocultarla:

El color del gastado cobertor, también campesino, de un rojo de langostinos, de erizo de mar, de mújol del Mediterráneo, de un rojo de pimienta asado.

Y ciertamente es culpa de van Gogh que el color del cobertor de su cama lograra ese grado de realidad, y no conozco al tejedor capaz de reproducir el irrepetible tinte de la manera como Van Gogh supo reproducir, desde lo profundo de su mente hasta el lienzo, el rojo de ese inimitable revestimiento.

Y no sé cuántos curas criminales que sueñan con la cabeza de su así llamado Espíritu Santo, en el oro ocre, el azul eterno de unos vitrales a su joven "María", han sabido apartar en el aire, obtener de los nichos sarcásticos del aire esos colores sorprendidos que son todo un acontecimiento, y donde cada pincelada de Van Gogh sobre el lienzo es peor que un acontecimiento.

Por momentos impresiona como una habitación bastante prolija, pero con un dejo balsámico o un perfume que ningún benedictino podría descubrir nuevamente para alcanzar el punto óptimo de sus licores salutíferos.

(Esta habitación lleva a evocar la "Gran Obra" con su pared blanca de perlas cristalinas, de la que cuelga una toalla rugosa cómo un antiguo amuleto campesino intocable pero consolador.)

En otros momentos produce la impresión de una simple parva abochornada por un enorme sol.

Hay unos suaves blancos de tiza peores que esos ancestrales suplicios, y en ninguna tela como en ésta se presenta la clásica escrupulosidad operativa del pobre y grande Van Gogh.

Pues todo eso es incuestionablemente Van Gogh; la minuciosidad única del toque, patética y sórdidamente aplicado. El color vasallo de las cosas, pero tan justo, tan amorosamente justo que no hay gema que pueda igualar su excentricidad.

Pues Van Gogh fue el pintor más auténtico de todos los pintores, el único que no quiso exceder la pintura como recurso estricto de su obra, y como referente estricto de sus medios.

Y por otro lado el único, absolutamente el único, que haya excedido absolutamente la pintura, el acto inerte de representar la naturaleza para hacer salir, de esa representación única de la naturaleza, una energía giratoria, un elemento extraído directamente del corazón.

Ha hecho surgir, bajo la representación, un aspecto y encerrar en ella un nervio que no se encuentra en la naturaleza, que son de una naturaleza y un aspecto más auténtico que el aspecto y el nervio de la naturaleza auténtica.

En el instante en que escribo estas líneas veo el rojo rostro ensangrentado del pintor acercarse a mí, en un muro de girasoles aplastados, en una fantástica combustión de rescoldos de jacinto apagado y de hierbas lapizlázuli.

En medio de todo esto un bombardeo meteórico de átomos en el que sobresale cada grano, testimonio de que Van Gogh concibió sus telas como pintor, y sólo como pintor, pero que sería por la misma razón un músico formidable.

Organista de un temporal detenido que ríe en la diáfana naturaleza, apaciguada entre dos tempestades, aunque, semejante a Van Gogh, esa naturaleza manifiesta claramente que está lista para partir.

Después de mirarla, se puede dar la espalda a cualquier clase de lienzo pintado, pues ninguno tiene ya nada para decirnos. La

turbulenta luz de la pintura de Van Gogh comienza sus sombríos dictados en el mismo instante en que se la deja de mirar.

Sólo pintor, Van Gogh, y sólo eso; nada de mística, de filosofía, de rito, de fiscurgia, ni de liturgia, nada de historia, ni poesía ni literatura; esos girasoles de oro bronce están pintados; están pintados como girasoles y sólo eso; pero para entender un girasol en la realidad, será imposible, en adelante, prescindir de Van Gogh, igual que para entender una tormenta real, un cielo encrespado, una pradera real; no se podrá prescindir de Van Gogh.

El mismo clima tormentoso había en Egipto o sobre las honduras de la Judea semita, tal vez las mismas sombras cubrían Caldea, Mongolia o los montes del Tibet, y nadie me ha dicho que se hayan mudado.

Y sin embargo, al mirar esa extensión de trigo o de piedras blancas como un osario en la tierra, sobre la que se apoya un viejo cielo violáceo, ya no se puede creer en los montes del Tibet. Pintor, ninguna otra cosa que pintor, Van Gogh incorporó los medios de la pura pintura y no los excedió.

Quiero decir que para pintar, no hizo más que valerse de los medios que la pintura le ofrecía.

Un cielo encrespado, una pradera blanca de tiza, las telas, los pinceles, su cabello rojo, los tubos, su mano amarilla, su caballete, pero todos los lamas juntos del Tibet pueden sacudirse el apocalipsis que hayan planeado bajo sus ropas, Van Gogh se habrá adelantado a hacernos presentir el peróxido de ázoe en una pintura que contiene un grado suficiente de catástrofe para obligarnos a que nos ubiquemos.

Un día cualquiera se le ocurrió no exceder el motivo, pero después de haber visto un Van Gogh, ya no se puede creer que haya menos excedible que el motivo.

El sencillo motivo de una vela encendida en ~ sillón de paja con armazón violáceo, expresa más, gracias a la mano de Van Gogh, que todo el conjunto de tragedias griegas, o de dramas de Cyril Turner, de Webster o de Ford, que por otro lado, hasta el momento, han permanecido sin irrepresentados.

Sin caer en la literatura, he visto el rostro de Van Gogh, ensangrentado en las irrupciones de sus paisajes, acercarse a mí,

KHOAN
TAVER
TINSUR

Sin embargo, en un bombardeo, en un incendio, en un estallido, justicieros de esa piedra de moler que el pobre Van Gogh el loco cargó al cuello toda su vida.

La piedra de pintar sin saber para dónde ni por qué.

Ya que para este mundo, no es, no es nunca para esta tierra que todos hemos trabajado, peleado, rugido el horror de hambre, de pobreza, de odio, de escándalo y de náusea, que todos fuimos envenenados, aunque todo eso nos haya hechizado, hasta que por fin nos hemos suicidado, ¡como el mísero Van Gogh, no somos todos, acaso, suicidados por la sociedad!

Van Gogh renunció, al pintar, a narrar historias; pero lo extraordinario es que, este pintor que no es nada más que pintor, y que es más pintor que cualquier otro pintor, por ser en quien el material, la pintura misma, tiene un lugar de privilegio, con el color

usado tal como sale del tubo, con la marca de cada pelo del pincel en el color, con el relieve de la pintura pintada, como exaltada en la luz de su propio sol, con la i, la coma el punto de la punta del pincel arrastrado directamente en el color, que se agita y salpica en pavesas, las que domina y amasa el pintor por todas partes, lo extraordinario es que ese pintor que no es nada más que pintor, también es, de todos los pintores de la historia, el que más nos hace olvidar que estamos ante una pintura, una pintura que representa el tema elegido por él, y que hasta nosotros hace avanzar, delante de la tela quieta, el enigma puro, el puro enigma de la flor martirizada, del paisaje apuñalado, arado, retorcido por todos lados por su pincel ebrio.

Sus paisajes son pecados arcaicos que aún no han encontrado sus apocalipsis originarios, pero que lograrán encontrarlos. ¿Por qué las pinturas de Van Gogh me impresionan como si fueran vistas desde el otro lado de la tumba de un mundo en el que, en definitiva, habrán sido sus soles lo único que giraba y daba luz jubilosamente? ¿No es acaso la historia completa de lo que un día se llamó el alma, la que vive y muere en sus paisajes conmovidos y en sus flores?

El alma que donó su oreja al cuerpo, y que Van Gogh restituyó al alma de su alma, una mujer, con el propósito de vigorizar la siniestra ilusión, un día el alma dejó de existir, y también el espíritu, y nadie pensó jamás en la conciencia, pero, además, dónde estaba el pensamiento, en un mundo conformado sólo por elementos en plena batalla, tan rápido destruidos como recompuestos, ya que el pensamiento es un lujo de la paz, ¿Y quién supera al increíble Van Gogh, el pintor que comprendió el lado fundamental del problema, y para quien un verdadero

paisaje se encuentra ya en potencia en el crisol donde habrá de recomponerse?

Entonces el viejo Van Gogh era un rey contra quien se inventó, mientras dormía, el singular pecado llamado cultura turca, muestra, receptáculo, razón del pecado de la humanidad que no supo hacer nada mejor que tragar al artista en vivo para atragantarse con su probidad.

¡Y con eso sólo ha conseguido consagrar ritualmente su cobardía!

Pues la humanidad no quiere hacer el esfuerzo de vivir, de formar parte de ese codeo natural entre las fuerzas que conforman la realidad, con el fin de obtener un cuerpo que ningún temporal pueda ya dañar.

Siempre he preferido escuetamente existir.

En cuanto a la vida, suele ir a buscarla en el genio mismo del artista.

A Van Gogh, en cambio, que puso a cocinar una de sus manos, nunca lo acobardó la lucha para vivir, es decir, para diferenciar el hecho de vivir de la idea de existir, y en verdad cualquier cosa puede existir sin hacer el esfuerzo de ser, y todo puede ser, sin hacer el esfuerzo de irradiar y rutilar como Van Gogh, el desorbitado.

La sociedad lo despojó de todo esto para organizar la cultura turca que tiene la honestidad por fachada y el crimen por origen y base.

Y fue así que Van Gogh murió suicidado, por que la sociedad en su conjunto ya no pudo tolerarlo.

Ya que si no había espíritu, ni conciencia, ni pensamiento, ni alma, había materia combustible, volcán floreciente, piedra en trance, tolerancia, bubones, tumor asado, y escara de desollado.

Y el rey Van Gogh incubaba aletargado la siguiente alarma de la insurrección de su salud.

¿De qué manera?

Por la evidencia de que la buena salud es una plétora de males encerrados, de un magnífico anhelo de vida con cien úlceras corroídas que, pese a todo, es necesario hacer vivir, que es necesario dirigir hacia la perpetuación.. Ese que no escudriña la bomba en cocción y el vértigo constreñido no merece estar vivo. Este es el consuelo que el pobre Van Gogh consideró como su deber mostrar bajo la forma de deflagraciones.

Pero el mal que lo acechaba le hizo mal.

El turco de aspecto decente se acercó delicadamente a Van Gogh para extirparle su almendra confitada, con el propósito de separar el confite (natural) que se preparaba.

Y allí Van Gogh consumió mil veranos. Por esa razón murió a los 37 años, antes de vivir, pues todo mono, antes que él, ha vivido de las fuerzas que él llegó a juntar.

Y que serán las fuerzas que ahora habrá que restituir para que la resurrección de Van Gogh sea posible.

Frente a una humanidad de perros empapados y monos cobardes, la pintura de Van Gogh dará testimonio de haber pertenecido a una época en la que no hubo alma, ni espíritu, ni conciencia, ni pensamiento; sólo elementos iniciales, alternativamente encadenados y desencadenados.

Paisajes de fuertes convulsiones, de traumatismos desbocados, como los de un cuerpo martirizado por la fiebre para devolverle la salud perfecta.

El cuerpo es una usina recalentada debajo de la piel, y por fuera, el enfermo resplandece, brilla, con todos sus poros, expandidos, semejantes a un paisaje de Van Gogh al mediodía.

Sólo la guerra eterna puede hacer entender una paz que sólo es transitoria, lo mismo que la leche a punto de derramarse puede hacer entender la cacerola en que hervía. Desconfíen de los bellos paisajes de Van Gogh plácidos y envolventes, estremecidos y contenidos.

Representan la salud entre dos estallidos de fiebre ardiente que está por irse.

Representan la fiebre entre dos estallidos de una rebelión de buena salud.

Un día la pintura de Van Gogh aprovisionada de fiebre y de buena salud, volverá para desparramar al viento un mundo encarcelado que su corazón no podía tolerar.

Post Scriptum II

Vuelvo a la pintura de los cuervos.

¿Alguien vio alguna vez una tierra semejante al mar como en esta tela?

Van Gogh es, entre todos los pintores, el que más hondo nos despoja hasta llegar a la esencia, pero a la manera de quien se despoja de una obsesión.

La obsesión de transformar los objetos en otros, la de animarse a arriesgar el pecado del otro: y aunque la tierra no puede hacer galas del color de un mar líquido, es justamente como un mar líquido que Van Gogh plasma su tierra como una serie de golpes de azadón.

E inunda la tela de un color de borra de vino; y es la tierra con olor a vino la que todavía salpica entre oleadas de trigo, la que eleva una cresta de gallo oscuro contra las nubes bajas que se amotinan en el cielo por todos lados.

Pero como ya he dicho, lo tenebroso del asunto radica en la magnificencia con que están representados los cuervos.

Ese color almizclado, de nardo extravagante, de trufas podrían provenir de un gran banquete.

En las hondonadas violáceas del cielo dos o tres cabezas de ancianos de humo semejan una mueca de apocalipsis, pero allí

están los cuervos de Van Gogh alentándolos a un mayor decoro quiero decir a menos espiritualidad, y es precisamente lo que Van Gogh quiso decir en esa pintura, con un cielo rebajado, como delineada en el mismo instante en que él se liberaba de la existencia, ya que esa pintura tiene, además, una rara tonalidad casi pomposa de nacimiento, de boda, de despedida, oigo el sonido de las alas de los cuervos como fuertes golpes de cimbal por encima de una tierra cuya corriente Van Gogh ya no parece poder contener, después la muerte, los olivos de Saint-Rémy.

El dormitorio.

El ciprés solar.

La cosecha de las olivas.

Los Aliscamps de Arlés.

El café de Arlés.

El puente donde a uno se le dispara el deseo de meter el dedo en el agua en una impulsiva y violenta regresión infantil llevado por la fuerza prodigiosa de la mano de Van Gogh.

El agua azul, no de un azul de agua, sino de un azul de pintura líquida.

El loco suicida pasó por allí y restituyó a la naturaleza el agua de la pintura, pero a él, ¿quién se la va a restituir?

¿Acaso Van Gogh era loco?

Si alguien supo alguna vez contemplar un rostro, humano, que contemple el autorretrato de Van Gogh, hablo de ese del sombrero blando.

Pintado por el Van Gogh supralúcido, esa cara de carnicero colorado que nos mira inquisitivamente y vigila, que nos inspecciona con mirada torva.

No conozco a ningún psiquiatra capaz de inspeccionar un rostro humano con una fuerza tan arrasadora, como diseccionando con un estilete su indiscutible psicología.

El ojo de Van Gogh es el de un gran genio, pero por la manera en que lo veo diseccionarme brotando de la profundidad de la tela, ya no es el genio de un pintor el que siento vivir en él en este momento, sino el genio de un filósofo como nunca supe en la vida de alguien semejante. .

No, Sócrates no tenía esa mirada; solamente el desafortunado Nietzsche tuvo tal vez antes que él esa mirada que desnuda el alma, desata al cuerpo del alma, desnuda el cuerpo del hombre, más allá de las argucias del espíritu.

La mirada de Van Gogh está soldada, colgada, petrificada detrás de sus párpados pelados, de sus cejas ralas y sin ceño.

Es una mirada que taladra, que penetra directa, partiendo de ese rostro moldeado a golpes como un árbol hachado a escuadra.

Pero Van Gogh congeló el instante en que la pupila va a hundirse en el vacío, en que esa mirada dirigida hacia nosotros como el proyectil de un meteoro, adquiere el color inexpresivo y de lo inerte que lo inunda.

El gran Van Gogh, mejor que cualquier psiquiatra del mundo, definió así su enfermedad.

Renazco, irrumpo, inquiero, engancho, rompo el sello de clausura, mi vida muerta no tiene secretos, no esconde la nada, y la nada, por otra parte, nunca ha lastimado a nadie; lo que me lleva imperiosamente a retornar al interior es esa ausencia desoladora que pasa y que por momentos me hunde, pero en ella veo con claridad, tanto que hasta sé qué es la nada, y podría decir qué hay en su interior.

Y Van Gogh tenía razón; se puede vivir para lo infinito, llenarse sólo con lo infinito, pues hay suficiente infinito sobre la tierra y en las esferas como para colmar a miles de grandes genios, y si Van Gogh no llegó a saciar su deseo de iluminar toda su vida con él, fue porque la sociedad no se lo permitió.

Rotunda y conscientemente se lo prohibió.

Un día se presentaron los verdugos de Van Gogh, como se presentaron los de Gerard de Nersai, de Baudelaire, de Edgar Poe y de Lautréamont.

Esos que un día le dijeron:

Y ahora se terminó, Van Gogh; a la tumba; ya estamos hartos de tu genio; y el infinito, del infinito somos nosotros los dueños.

Pero Van Gogh no muere a causa de buscar el infinito, y es arrastrado a la sofocación por la pobreza y la asfixia, es a causa de vérselo rechazar por la turba de esos que ,aún estando vivo, creían poseer el infinito prescindiendo de él.

Y Van Gogh podría haber encontrado el infinito suficiente como para vivir durante toda su vida si la conciencia animal de la turba no hubiese decidido arrebatárselo para alimentar sus propias orgías que nunca tuvieron ninguna relación con la pintura o con la poesía.

Además, nadie se suicida solo. Jamás nadie estuvo solo al nacer.

Y tampoco nadie está solo al morir.

Pero en el caso del suicidio, para que el cuerpo se decida al acto contra natura de privarse de la propia vida se necesita un ejército de seres malditos.

Y creo que en el límite extremo del instante de la muerte, siempre hay otro que nos despoja de la propia vida.

Y porque había concluido con la vida, Van Gogh se condenó, y como permiten entrever las cartas a su hermano, porque ante el

nacimiento de un hijo de su hermano, sintió que él era una boca más para alimentar.

Pero Van Gogh quería, por sobre todas las cosas, encontrarse al fin con ese infinito como quien se embarca en un tren hacia una estrella, como suele decirse, y se embarca el día en que uno ha decidido definitivamente quitarse la vida.

Ahora bien, tal como sucedió con la muerte de Van Gogh, no creo que ese sea lo que sucedió.

Van Gogh fue despedido de este mundo, en primer término por su hermano al anoticiarlo del nacimiento de su sobrino, y seguidamente por el doctor

Gachet, quien, en lugar de aconsejarle descanso y aislamiento, hizo que fuera a pintar del natural un día en que él era plenamente consciente de que a Van

Gogh le hubiera hecho mejor irse a acostar.

Pues no se compensa de manera tan directa una lucidez y una delicadeza como las de Van Gogh el torturada.

Hay almas que en ciertos momentos se matarían a causa de una mínima contradicción, y para eso no es imprescindible estar loco, loco diagnosticado y catalogado; por el contrario, alcanza con tener una buena salud y contar con la razón de su lado.

En cuanto a mí, en un caso semejante, no toleraría sin cometer un crimen que me dijeran: "Usted, señor Artaud, delira", como me ha ocurrido frecuentemente.

Y Van Gogh oyó que se lo decían.

Y esa es la razón de que le haya oprimido la garganta el nudo de sangre que lo mató.

Post-scriptum III

A propósito de Van Gogh, de la magia y de los hechizos, todos los que durante dos meses han estado desfilando ante la exposición de sus pinturas en el museo de L'Orangerie, ¿tienen acaso la seguridad de recordar todo lo que hicieron y todo lo que les ocurrió cada noche de esos meses de febrero, marzo, abril y mayo de 1946? ¿Y no recuerdan cierta noche en que la atmósfera en las calles se tornaba como licuada, gelatinosa, inestable, y en que la luz de las estrellas y de la bóveda celeste se desvanecía?

Y Van Gogh, que pintó el café de Arlés, no se encontraba allí. Pero yo estaba en Rodez, es decir, aún sobre la tierra, mientras todos los habitantes de París, durante toda una noche, se habrán sentido muy cerca de abandonarla.

Y es que todos habían participado unidos en ciertas inmundicias generalizadas, en las cuales la conciencia de los parisinos por un par de horas olvidó el nivel normal y pasó a otro, a una de esos arranyues masivos de odio, de los que, en muchas ocasiones, me ha tocado ser otra cosa que testigo a lo largo de mis nueve años de internación. El odio ahora ha sido olvidado, así como las

expurgaciones nocturnas que vinieron después, y los mismos que tantas veces mostraron descarnadas y a la vista de todos sus almas humillantes de puercos, desfilan ahora ante Van Gogh, mientras que, cuando vivía, ellos o sus padres y madre le apretaron el cuello con premeditación. ¿Pero no ocurrió en una de esas noches a las que me refiero, que cayó en el boulevard de la Madeleine, en la esquina de la calle des Mathurins, una gigante piedra blanca como proviniendo de una reciente erupción del volcán Popocatepetl?

Artaud El Momo (1947)

I

EL REGRESO DE ARTAUD EL MOMO

El espíritu fondeado,
clavado en mí
por la fuerza
psicolúbrica
del cielo
elucubra
cada
incitación
cada
inhibición.

o dedó
a dada
orzurá
o du zurá
a dada skizí
o kayá
o kayá panturá
o ponurá
a pená
poní

Es la telaraña pentral
la pela onura
de o-o la vela
la lámina anal de anavú

(Soy yo, dios, no eres tú
quien lo despoja.
Tú no me has arrancado nada semejante.
Es la primera vez que lo escribo,
nunca antes los había encontrado.)

No la elástica tela de la cópula,
no el miembro suprimido de este esperma
producto de una devastación,

sino un cuero de carne
fuera de esa tela elástica
fuera de lo que es resistente o laxo.

Pasé por lo resistente y por lo laxo,
este cuero de carne tirante como una palma,
extendida, abierta como una palma de mano
exhausta por haber permanecido erecta,
negro, azulado
de tierno a laxo.

Pero, en definitiva, ¿qué es lo que quieres tú, el loco?

¿Yo?

Esta lengua entre cuatro encías,

esta carne entre dos rótulas,
este pedazo de orificio

para los locos.

Pero no exactamente para los locos.
Para los decentes
a quienes un delirio de eructar los corroe
por todas partes,

y han trazado un itinerario
de ese eructo,

pongan atención:
trazaron el itinerario
del inicio de las generaciones
en el cuero palmípedo de mis orificios,
míos.

¿Cuáles, orificios de qué?

Del espíritu, del alma, de mí y de ser;
aunque en el sitio donde se caga uno
padre, madre y Artaud también,

En el pantano de la confabulación con ruedas,
en el pantano de la tela que bufa
de este vacío
entre resistente y laxo.

Negro, azulado,
tenso,
infame y eso es todo.

Eso quiere decir que hay un hueso
donde

dios

se puso encima del poeta
para robarle la ingestión
de sus versos,
como pedos de la cabeza
que le arranca por la vagina,

como si se los sacara desde la profundidad de los años
hasta el fondo del orificio de su vagina,
y no es una picardía de conchudo
que lo hace de esta forma,
es la picardía de toda la tierra
contra quien en la vagina
tiene cojones.

Y si la imagen no se entiende
-es eso lo que les escucho murmurar
en redondo que
no entienden la imagen
que está en el fondo
del orificio de mi conchudo,

es porque ustedes no han llegado al fondo,
no al fondo de las cosas,
sino al fondo de mi vagina,
mía,
aunque desde el fondo de las edades

de un hálito de alienación

ultrajado, pelado, chupado hasta el fin
por toda la descarada chusma
por todos los indigestados de soretes
que no tuvieron otro banquete

para vivir

que deglutírselo

a Artaud

el momo

allí, donde se permite fornicar antes

que yo

y el otro ponerlo más erecto

que yo en mí mismo

si tuvo el reparo de colocar la cabeza
sobre el declive de este hueso
ubicado entre el ano y el sexo

de este hueso pelado que nombra

en la mugre de

de un paraíso

donde el primer defraudado de la tierra

no fue la madre o el padre

que te volvió a armar en este antro

sino

YO

paralizado en mi locura.

¿Y por qué cosa me vi obligado a
desempaquetar mi vida también allí?

YO

NADA, nada.

Porque yo,

estoy allí,

estoy allí,

y es la vida

la que hace dar vueltas a su palma obscena.

Bien.

¿Y después?

¿Después? ¿Después?

El viejo Artaud

está bajo tierra

en el hueco de la chimenea

que consiguió de su encía congelada

desde el día en que lo mataron.

¿Y después?

¿Después?

¡Después!

Está ese orificio sin cerco

que la vida quiso encuadrar.

Porque no es un orificio,

es una nariz

que supo siempre olfatear excesivamente bien

el aire de la apocalíptica

cabeza

que succionan sobre su ano cerrado,

y porque el ano de Artaud es bueno

para los traficantes de prostitutas en miserere.

Y dios, tú también tienes la encía,
la encía derecha hundida
 dios,
también tu encía está congelada
desde hace miles de años
en que me mandaste tu ano innato
para ver si yo por fin
 iba a nacer
desde la infinidad de tiempo en que me esperabas
 rasgando
 mi barriga de ausente.

menendí anenbí
embendá
tarch inemptle
o marchti rombí
tarch paiotl
a tinemptle
orch penduí
a patendí
a merchit
orch torpch
ta urchpt
ta tro taurch
camplí
ko ti aunch
a ti aunch
aungblí

II

CENTRO-MADRE Y PATRON-GATO

Me dirijo al tótem amurado

porque el tótem mural es de una manera
que las composiciones viscosas
del ser
ya no lo pueden montar de cerca.

Ese tótem reprimido
es sexo carnaza,

es una carne
de repugnancia incongruente
ese esqueleto
que no puede ser
mestizado,

ni de madre, ni
de padre no-nacido,
sin ser
la carne-gata
que se fornicia
con patrón-gato.

Pero el vientre
no había sido despachado
cuando tótem
apareció en la historia

para desalentar
su entrada.

Y se hizo necesario empujar vientre a vientre
cada madre que quería penetrar

gata-polilla en patrón-gato

en el aniquilado tubo sublevado

como en medio
de la panacea:

gata-polilla y patrón-gato

son las dos palabras chanchas

que han inventado padre y madre

para gozarla sin privaciones

¿Quién? ¿El?

Tátem ahorcado

igual. que un miembro en un bolsillo
que la vida *descuartiza*

tan próxima,
que el tótem amurado va a terminar
reventando la panza de nacer

atravesando la pileta inflada
del sexo de la madre abierta

por la cerradura de *patrón-gafo*.

III

INSULTO A LO INCONDICIONADO

Es por la bazofia
la inmunda bazofia que se manifiesta el
que sólo sabe
ponerse fuera para ser sin, con,
la bazofia
bien cubierta de bosta y espejeada en el culo de una
prostituta deseada y muerta.
Deseada, digo,
pero sin largar el jugo de las astillas
blancas, chupadas
(montaña de moco
la saliva)

la saliva
de su prótesis dental.

Gracias a la bazofia
uno se salva
de las ratas de lo incondicional.

Que nunca han sentido
que

la no-forma

el no-lugar

de la bronca sin condición
denominada lo sin-condición,

la interrupción del acto,

el traslado por deportación;

el reestablecimiento más allá de la corte,

el corte de las obstrucciones;

para terminar, el cimientó

en el no-fuera,

el establecimiento obligado del afuera que duerme,

igual que un adentro, reventado de las letrinas

del canal donde cagamos la muerte,

no son equivalentes a las descamaciones

de la vagina de una joven muerta

cuando la joven que la usa

mea abortivamente si orina

para traspasar

la *sífilis*.

IV

LA EXCECRACIÓN DEL PADRE-MADRE

La inteligencia llegó después de la imbecilidad, que desde muy cerca siempre supo sodomizarla, -
Y DESPUES.

Esto es da una idea aproximada del interminable trayecto.

De una anticipación de no-ser,
de una asesina incitación del quizá
brotó la realidad,
como de la contingencia que la fornicaba.

Porque sabes por qué te condeno...
yo te condeno, -

y yo, no lo sé.

El creador de las cosas no es un espíritu,
es un cuerpo, que para sobrevivir tenía
imperiosamente que
 crapular,
con su verga hasta taponar su nariz.

klaver strivá
cavur taviná
scaver kaviná
okar triná

De filosofía nada, de interrogante nada, nada de ser,
nada de nada, nada de repudio, nada de probablemente,

respecto del resto

estercolar, estercolar;

ARRANCAR LA COSTRA
DEL PAN RECOLECTADO;

depredaciones infames
de ebrios de salterios y copones,
el licor de las misas,
los bonzos tártricos son sus matracas,
apareciendo no-nacidos de un mamtram adulterado,
sedimento como cáscara de un antiguo crimen,
¡inodoros de sublimidad!

se acerca el momento en que el vertedero que defecamos en los tachos de
basura bautismales de las pilas reconocerá que él era yo.

Está bien, lo sé.

Y nunca fue otra cosa que un vertedero de letrina en vez
de un ángel,
y mi vertedero superó al de ellos,
cuando
obligado a escardillar en las gomas sifilíticas
de una mugre constituida desde siempre,

entendí que yo era el escardillado, -
y que le cagan lo que uno cagó,
si mucho antes
uno no toma
el recaudo de sifilizar,

la verga grano

EN EL OLISQUEO DE LA TROMPA DE LA VOLUNTAD.

Y que se ilumine lo plano en volumen,

ya que lo plano carece de volumen,

19

y lo plano se constituye por el volumen;

el volumen se traga lo plano

que para eso da vueltas por todas partes.

El colgante de adentro

se trataba de que

quien siempre

está allí

no se puede

sostener

allí

sólo

porque

lo inmóvil

lo arrastra

deshaciéndose
siempre

el portador que desde

siempre existe

que arrastra

desde siempre.

Los espíritus se suministran un instante de inteligencia
hundiéndome en un bajo fondo
que ellos se suministran
por falta de alimento o de opio
en mi barriga,
revuelta sobre revuelta de fondo (de cultura por el fondo)
y después de eso vuelven a su antigua putrefacción.

Si cada mañana me despierto con este terrible
olor a esperma a mi alrededor,
no es porque los espíritus femeninos del más allá
me hayan poseído;

sino debido a que los hombres de este mundo
se pasan la clave en su "periespíritu":

*sobamiento de sus testículos cargados
sobre el conducto de su ano
bien frotado y bien agarrado,
con la intención de aspirarme la vida.*

"Su semen es muy bueno, eso es lo que ocurre,
me dijo un día
un poli del Domo
que se jactaba de gran conocedor,
cuando se es 'tan bueno',
'tan bueno',
la fama
se paga cara".

Muy probablemente él sabía
de ese semen, tan bueno, tan bueno;
y lo había mezclado y chupado imitando a toda
la tierra,
todo durante el transcurso de la noche pasada.

Y sentí que su alma daba un giro,
Y LO VI RENOVAR SUS PARPADOS,
virar del compañerismo al temor,

pues creyó que yo lo iba a golpear.

Nada de tratarse de tú, ni de compañerismo,
nunca, conmigo,
ni en el pensamiento ni en la vida.

Y tal vez haya sido en sueños que escuché
por fin su frase:
"y cuando se es tan bueno, tan bueno, se paga cara la
fama".

Sueño misterioso
de la policía y de la iglesia
se trataban de tú
en el arsénico de mi elixir seminal.

Porque retornaba la antigua elegía
de la historia del viejo Artaud aniquilado
en otra vida,
y en ésta no volverá a entrar.

Ocurre que yo no entré
en esta maldita jodida vida
desde que nací hace cincuenta años.

*P.S. Es una elegía que hace sólo seis siglos se recitaba en los colegios de
Afganistán donde Artaud se escribía arto: a.rt.o.
En las antiguas leyendas mazdeanas o etruscas y en algunos pasajes del
Popol-Vuh se reencuentra ¡la misma elegía.*

V

ALIENACIÓN Y MAGIA NEGRA

Los asilos de alienados son refugios de magia negra
deliberados y conscientes,
y el tema no es sólo que los médicos promuevan la magia
por sus métodos terapéuticos híbridos y disruptivos,
sino que la practican.

Si no hubieran aparecido los médicos
no hubieran existido los enfermos,
ni osamentas de muertos
ni enfermos para descuartizar y despellejar,
porque la sociedad comenzó
con los médicos y no con los enfermos.

Los que viven, lo hacen de los muertos.
Y también la muerte debe vivir;
y para empollar tiernamente la muerte,
y mantener a los muertos en incubadora
nada hay como un asilo de alienados,
esta terapéutica de la muerte lenta
comenzó 4000 años antes de Cristo,
y la medicina moderna, complotada con la más siniestra
y libertina magia, tortura a sus muertos
con la insulinoterapia y el electro-shock para vaciar
sus haras de hombre de su yo,
y de esta forma mostrarlos vacíos,
extraordinariamente vacíos y disponibles,
a las lascivas necesidades anatómicas y atómicas

del estado llamado *Bardo*, entrega puerta a puerta
de la *carga de vivir*,
a las imposiciones del no-yo.

El Bardo es el horror de la muerte en el que cae el yo
como en un bache.

y hay un estado bache en el electro-shock
por el que pasa todo traumatizado
por el que pasa todo traumatizado,

y que en ese instante le permite no sólo no conocer
sino terrible y desesperadamente desconocer lo que fue,
cuando él era él, qué, ley, yo, rey, tú, zas y ESO.

Pasé por eso y no lo voy a olvidar.

La magia del electro-shock supura un estertor,
ahoga al conmocionado en ese estertor
por el que se deja la vida.

Pero veamos, los electrochoques del Bardo jamás fueron una experiencia,
y agonizar en el electro-shock del Bardo, como en el Bardo del electro-
shock, es hacer pedazos una experiencia succionada por los embriones del
no-yo, y que el hombre no volverá a encontrar.

En medio de este aliento y de esta palpitación de todos los otros que
cercan al que, rasgando para descamar la corteza de sus arrugas, como
dicen los Mexicanos, brota por todos *lados sin ley*.

La medicina pervertida miente cada vez

que muestra a un enfermo curado por las introversiones
eléctricas de su método,
yo sólo he visto a los aterrorizados del sistema,
imposibilitados de reencontrar su yo.

El que haya sido sometido al electro-shock del Bardo,
y al Bardo del electro-shock, no sale más de
sus tinieblas, y la vida disminuyó un grado.

He conocido allí esas moleculaciones aliento tras aliento del
estertor de los verdaderos agonizantes.

El esputo de la carraspera, la carbonilla del carbón sin
dientes, como lo llaman los Tarahumaras de México.

Así es que, tanto el electro-shock como el Bardo produce larvas, de todos
los estados aniquilados del paciente, produce larvas inservibles para el
presente de todos los hechos de su pasado, y que no dejan de hostilizar al
presente.

Lo voy a repetir, el Bardo es la muerte, *y la muerte no es otra cosa que un
estado de magia negra que hasta hace un tiempo no existía.*

Crear la muerte de esa manera artificial como lo hace la medicina actual es
impulsar un reflujó de la nada que jamás fue provechoso para nadie pero
de eso se alimentan, desde hace tiempo, ciertos aprovechadores
predestinados del hombre.

Desde hace cierto tiempo, en realidad.

¿Cuánto?

Ese en que fue necesario decidir entre renunciar a ser hombre o transformarse en un alienado declarado.

¿Pero quién garantiza que los alienados de este mundo puedan ser curados por auténticos vivientes?

fafardi

ta azor

tau ela

auela

tara

ila

FIN

VI

Una página en blanco para que el texto del libro que está terminado quede separado de todo el movimiento del Bardo que se encuentra en los limbos del electro-shock. Y en esos limbos una tipografía diferente, que está allí para humillar a dios, quitar las palabras verbales a las que se les ha pretendido atribuir un valor esencial.

ANTONIN AUTAUD

12 de enero de 1948

*tú te retiras,
dice el sucio tuteo del Bardo,
y tú siempre estás allí.*

*tú no te encuentras más allí
pero ninguna cosa te abandona,
tú has preservado todo
menos a ti mismo*

*pero qué te importa
ya que el mundo
sigue allí.*

*El
mundo,
pero yo dejé de ser eso,
pero qué te importa,
dice el Bardo,*

soy yo

PS. - Tengo que levantar una protesta por haber hallado en el electro-shock a muertos que no hubiese querido ver.

Esos muertos
que el estúpido libro llamado
Bardo Todol
hace drenar y ofrece desde más
de cuatro mil años.

¿Por qué?

Sencillamente pregunto:

¿Por qué?...

Para Acabar
con el Juicio de Dios (1948)

I

Me enteré ayer,
(es posible creer, o sólo es un falso rumor que atiendo a
esos chismes puercos que se propagan por inodoros y
fregaderos cuando se tiran las comidas que otra vez fueron
engullidas,)

me enteré ayer

de una de las costumbres oficiales más descarnadas de las
escuelas públicas americanas y que sin duda llevan a ese
país a creerse que son la cabeza del progreso.

Parece que uno de los requisitos exigidos a un niño que
ingresa por primera vez a una escuela pública, es lo que se
conoce como examen del fluido seminal o del esperma que
consistiría en que el niño recién llegado entregue un poco
de su esperma para guardarlo en un recipiente
y conservarlo para que en un futuro se pueda realizar el
intento de una fecundación artificial.

Ya que días tras día los americanos descubren que les hacen
falta

brazos y niños

no obreros, sino soldados

y a cualquier precio

y por todos los medios posibles

quieren fabricar soldados pensando

en guerras planetarias que pudieran desatarse

y que tendrían como finalidad demostrar por las virtudes
destructivas de la fuerza

la nobleza del producto americano

y de las gemas del sudor americano en todos los terrenos de la actividad y del movimiento posible de la fuerza.

Porque se debe producir, se debe, a través de todos los recursos de la actividad posible, sustituir la naturaleza dondequiera que pueda ser sustituida;
se debe encontrar un terreno más amplio para la inercia humana,
es necesario que el obrero tenga de qué ocuparse,
es necesario que se abran nuevos campos de actividad donde por fin se elevará el reino de todos los ficticios productos fabricados,
de todos los inmorales análogos sintéticos,
donde la bella, la auténtica naturaleza no servirá de ninguna utilidad,
y de una vez y para siempre y con vergüenza tendrá
que ceder su lugar los heroicos productos del reemplazo,
el esperma de todas las usinas de fecundación artificial producirá, allí, milagros para fabricar armadas y acorazados.

Basta de árboles, basta de frutas, basta de plantas farmacéuticas

o sí, y en consecuencia basta de alimentos,
en su lugar productos de la síntesis a la saciedad, productos de síntesis en los vahos,
en los humus especiales de la atmósfera,
en los radios peculiares de las atmósferas arrancadas de la

potencia de una naturaleza que de la guerra conoció solamente el miedo.

Y entonces, viva la guerra ¿no es verdad?

Porque así fue ¿cierto?, que los americanos paso a paso, armaron y arman la guerra.

Para proteger esta necia fabricación de las competencias que de inmediato brotarán por todas partes, hacen falta armadas, soldados, aviones, acorazados.

Tal vez

por esta razón los gobiernos de América tuvieron la desfachatez de pensar en ese esperma.

Ya que a nosotros, los nacidos capitalistas nos vigila, hijo mío, más de un enemigo entre ellos la Rusia de Stalin a la que tampoco le faltan brazos armados.

Eso está muy bien,

pero yo ignoraba que los americanos fueran un pueblo tan belicoso.

En los combates siempre se sufren heridas, pude ver a muchos americanos en combates pero siempre eran precedidos por incontables dotas de tanques,

de aviones, acorazados detrás de sus escudos.

Pude ver cómo pelean las máquinas y sólo hacia atrás, en el infinito pude divisar a los hombres que las manejaban.

Hay pueblos que hacen comer a sus
bueyes, caballos y asnos los restos de toneladas
de auténtica morfina que tienen
para sustituirla por humo de dudosa calidad,
prefiero al pueblo que come a la misma altura de la tierra
el delirio que lo hizo nacer,

me refiero a los Tarahumaras que comen al Peyote mientras
está naciendo sobre la tierra
y que para instaurar el reino de la noche negra
mata al sol y desintegra la cruz para que
nunca más
los sitios del espacio puedan reunirse ni confluir.
Ahora van a escuchar la danza
del TUTUGURI.

II

TUTUGURI

La ceremonia del sol negro

Muy abajo, al borde de la pendiente amarga,
crudamente desesperada del corazón,
se despliega el círculo de las seis cruces
 abajo, muy abajo
como acoplado a la tierra madre,
desacoplado del inmundo abrazo de la madre
 que babea,

el único lugar húmedo
en este hueco de roca
es la tierra de carbón negro.
La ceremonia consiste en que el nuevo sol,
antes de que se desintegre en el agujero de la tierra,
atraviere siete puntos.

Hay seis soles
y un hombre por cada sol
y un séptimo hombre
de carne roja y vestido de negro
que es el sol
 iracundo.

El séptimo hombre
es un caballo,
un caballo acompañado por un hombre.

Después de saltar, avanzan dibujando
recodos circulares
y el caballo de carne sangrante pierde la razón
y gira sin parar

en la cúspide de su risco
hasta que los seis hombres
terminan de cercar
las seis cruces.

La tensión más alta de la ceremonia es justamente

LA ABOLICION DE LA CRUZ

Cuando terminan de dar vueltas

extirpan
las cruces de la tierra
y el hombre desnudo
a lomo del caballo
enarbola
una enorme herradura
bañada en la sangre de una cuchillada.

III

BUSCANDO LA FECALIDAD

Allí donde huele a excremento
huele a ser.

El hombre podría haberse abstenido de cagar,
mantener cerrado el bolsillo anal,
pero eligió cagar
como elegir vivir
el lugar de consentir en vivir muerto.

Para no defecar,
debería haber aceptado
no ser,
pero no aceptó perder el ser,
es decir, a morir viviendo.

En la existencia
hay una cosa especialmente tentadora
para el hombre
y esa cosa es

LA CACA

(aquí, estruendo)

Para existir alcanza con dejarse ser,
pero hay que ser alguien
para vivir
se debe tener un HUESO
y ser osado para mostrar el hueso
y dejar de lado el alimento.

El hombre eligió la carne
y no la tierra de los huesos.
Como sólo había tierra y maraña de huesos
tuvo que conquistar su alimento,
no encontró mierda,
nada más que hierro y fuego,
y el hombre no quiso perder la mierda
o mejor dicho deseó la mierda
y con ese fin sacrificó la sangre.
Para conservar la mierda,
es decir, la carne,
allí donde no había más que sangre
y desperdicios de huesos,
allí donde tenía poco que ganar
y mucho que perder: la vida.

o reche modo
to edire
de za
tau dari
do padera coco

El hombre, entonces, se ensimismó y huyó.
Lo tragaron los gusanos.

No consistió en una violación.
Fue dócil al lascivo banquete.
Lo encontró gustoso,
aprendió a hacerse el tonto

por sus propios medios

y a comer carroña
sin miramientos.

Pero, ¿de dónde proviene esa execrable bajeza?

De que el mundo todavía no está en orden,
o de que el hombre tiene apenas una ínfima idea del mundo
y la quiere preservar al infinito.

Procede de que el hombre, un buen día
detuvo
la noción de mundo.

Se le presentaban dos caminos:
el exterior infinito,
el mínimo interior.
Se decidió por el mínimo interior,
donde alcanza con apretar
la lengua
el bazo
el ano
o el glande.

Y fue dios, dios mismo quien apuró el movimiento.

Y si dios es un ser,
es la mierda.
Si no lo es

no existe.

O solamente tiene existencia
como el vacío que crece con todas sus figuras
y cuya representación más certera
es el avance de un grupo innumerable de ladillas.

¿Usted ha enloquecido, señor Artaud? ¿Y la misa?

Reniego de la misa y del bautismo.

En la dimensión erótica interna
no hay acto humano más nocivo que el descenso
del presunto Jesucristo
a los altares.

Descreerán de lo que digo
y puedo observar desde aquí cómo el público
se encoge de hombros
pero el denominado Cristo es
quien ante la ladilla-dios
consintió en vivir sin cuerpo
mientras una manada de hombres,
bajando de la cruz
en la que dios creía mantenerlos clavados
se sublevó
y ahora esos mismos hombres
bien provistos de hierro,
sangre,
fuego y esqueletos
se adelantan, denostando al Invisible
para acabar al fin con el JUICIO DE DIOS.

IV

EL PROBLEMA QUE SE PRESENTA ES QUE...

Es duro percatarse
de que hay otro orden
después del orden
de este mundo.

¿Qué orden es ese?

No lo conocemos.

El orden y el número de las posibles suposiciones
en ese entorno
es precisamente ¡el infinito!

¿Y el infinito, qué es?

No lo sabemos con exactitud.

Es una palabra
que nos sirve
para señalar
la apertura
de nuestra conciencia
a la posibilidad
desmedida
interminable y desmedida.

¿Y la conciencia qué es?

No lo sabemos con seguridad.

Es la nada.

Una nada
que nos sirve
para señalar
cuando ignoramos algo,
no sabemos
relacionado a qué
y entonces
pronunciamos la palabra
conciencia
respecto de la conciencia
pero hay muchas otras facetas.

¿Entonces?

Según parece, la conciencia
está conectada
en nosotros al hambre
y al deseo sexual;
pero también
podría
no estar conectada
a ellos.

Se puede decir,

se dice,
están los que dicen
que la conciencia
es un apetito,
el apetito de vivir;

seguidamente
junto al apetito de vivir
se presenta en el espíritu
el apetito del alimento

como si no existieran personas
que comen sin ninguna especie
de apetito
y que tienen hambre.

Porque también hay
quienes
tienen hambre
sin tener apetito;

¿Entonces?

Entonces

cierto día
el espacio de la posibilidad
se me impuso
como si me hubiera tirado
un enorme pedo;

pero no tenía una noción precisa
ni del espacio
ni de la posibilidad,

y no surgía la necesidad de pensarlo;

era un invento de palabras
para referirme a cosas
que existían
o que no existían
ante la apremiante urgencia
de una necesidad:
eliminar la idea,
la idea y su mito
para que en su lugar impere
la sonora manifestación
de esa explosiva necesidad:
expandir el cuerpo de mi oscuridad interior,
de la nada interior
de mi yo
que es oscuridad
nada,
maquinal,

y que aún así, es una afirmación explosiva:
se debe dejar sitio
a algo,

a mi cuerpo.

Pero,
¿convertir mi cuerpo
en ese gas hediondo?

¿Afirmar que tengo un cuerpo
porque un gas hediondo
se produce dentro mío?

Lo ignoro
pero sé que

el tiempo,
el espacio,
la extensión,
el porvenir,
el futuro,
el acontecer,
el ser,
el no ser,
el yo,
el no yo,

nada son para mí;
pero hay una cosa
que sí significa algo,
una sola cosa que debe tener significado
y que percibo
porque quiere SALIR:
el estado
de mi dolor
de cuerpo,

el estado
amenazante
incansable
de mi cuerpo;

aunque me acosen con interrogantes,
y yo no admita ningún interrogante,
hay un límite
en el que me veo obligado
a decir no,
 NO
a la negación;
y llego a este límite
cuando me abruma,

me agobian,
me juzgan
hasta que se distancia
de mí
el alimento
mi alimento
y su leche,

y, ¿cuál es el efecto?

Me asfixio;

no sé si es un acto
pero al abrumarme de esa manera

con interrogatorios
hasta la desaparición
y la nada
del interrogante,
me martirizaron
y extinguieron de mí

la idea de cuerpo
y de ser yo, un cuerpo,

entonces descubrí lo obsceno
y me tiré un pedo
despótico
de gula
y en rebeldía
por mi ahogo.

Porque atormentaban
hasta mi cuerpo
hasta el cuerpo

y en ese instante
hice explotar todo
porque nadie manosea
a mi cuerpo.

V

CONCLUSIÓN

—Señor Artaud, ¿para qué le sirvió esta radiodifusión?

—En principio para denunciar cierto número de porquerías sociales oficialmente consagradas y reconocidas:

1° la expulsión del esperma infantil, cedido benévolamente por niños, con vistas a una fecundación artificial de fetos que aún no han nacido

y que verán la luz dentro de un siglo o más.

2° para denunciar en ese mismo pueblo americano que ocupa toda la superficie del antiguo continente Indio, una resurrección del imperialismo guerrero de la antigua América que hizo que el pueblo indígena anterior a Colón fuera vilipendiado por toda la humanidad precedente.

—Señor Artaud, usted está diciendo cosas muy insólitas.

—Sí, digo algo insólito, digo que los Indios anteriores a Colón eran, contra todo lo que se pueda creer, un pueblo extrañamente civilizado, que conoció una forma de civilización basada en el principio exclusivo de la crueldad.

¿Sabe usted qué es con exactitud la crueldad?

—De ese modo no, no lo sé.

—La crueldad consiste en extirpar por la sangre y hasta la sangre a dios, al azar bestial de la inconsciente animalidad humana en cualquier parte donde se lo pueda encontrar.

El hombre, cuando no se lo reprime, es un animal erótico, lleva adentro un temblor inspirado, una especie de pulsación productora de bichos innumerables que constituyen la forma que los antiguos pueblos terrestres atribuían universalmente a dios.

Ello representaba lo que se denomina un espíritu. Ese espíritu procedente de los indios de América prevalece, en la actualidad, bajo aspectos científicos que revelan una infecciosa influencia mórbida, un estado acusado de vicio, pero de un vicio que abunda en enfermedades porque, pueden reírse todo lo que quieran, lo que se dio en llamar microbios es dios

¿saben ustedes con qué hacen sus átomos los rusos y los americanos?
los hacen con los microbios de dios.

—Usted delira, señor Artaud,
usted está loco.

—No deliro,
no estoy loco.

Afirmo que se reinventaron los microbios
para imponer una nueva idea de dios,
encontraron un nuevo recurso para destacar
a dios y atraparlo justo en su
nocividad microbiana:
se trata de clavarlo en el corazón, donde
los hombres más lo aman, bajo la forma de la
sexualidad enfermiza,
en esa siniestra apariencia de crueldad mórbida
que reviste cuando, como ahora, se
complace en convulsionar y enloquecer a
la humanidad.
Utiliza el espíritu de pureza de una conciencia
que permaneció cándida como la mía para
asfixiarla con todas las falsas apariencias
que derrama universalmente en los espacios,
de esta manera Artaud el momo puede representar
el papel de alucinado.

—¿Qué quiere decir, señor Artaud?

—Quiero decir que encontré la forma de
terminar de una vez por todas con ese
impostor y también que si nadie cree ya en dios

todo el mundo cree cada vez más en el hombre.
Ahora es preciso castrar al
hombre.

—¿Qué? ¿Cómo?

Lo mire por donde lo mire, usted está
loco, loco de remate.

—Llevándolo por última vez
a la mesa de autopsias para
rehacerle su anatomía.

El hombre está enfermo porque está mal
construido.

Átenme si quieren,
pero tenemos que desnudar al hombre
para rasparle ese microbio que lo pica
mortalmente

dios

y con dios
sus órganos
porque no hay nada más inútil que un órgano.

Cuando ustedes le hayan hecho un cuerpo sin
órganos lo habrán liberado de todos sus automatismos
y lo habrán devuelto a
su verdadera libertad.

Entonces podrán enseñarle a danzar al revés
como en el delirio de los bailes populares
y ese revés será
su verdadero lugar.

[Poemas Otros]

VARIANTES

I

PRIMER PROYECTO

pah ertin
tara
tara bulla
rara bulla
ra para hutin

Hacia lo
sobragudo
punzante

poh ertsin
putinah
ke tula

esto se estrangula
y eso estrangula

o ki tu la
o kana dalin
o skifar
janentsi metera
a metera
merentsi

esto
descansa

a mruta mutela
marutela
a mruta merts

Al que le duelen los huesos como a mí
sólo tiene que pensar en mí
no me alcanzará en espíritu por el camino
de los espacios

¿de qué sirve unirse con un ser en espíritu
si no nos unimos en el cuerpo?
Reunirse con un ser en espíritu
es alejarse aún más de alcanzarlo en cuerpo
algún día.

Pero al que le duelen los huesos como a mí
y que piensa en mí intensamente
no ve
qué casa cae,
qué árbol arde
en su camino
sin embargo la casa cae,
y el árbol arde
y un día él se dará cuenta;
al que le duelen las encías como a mí
y que piensa en mí
pulveriza el espacio que nos separaba,
éste adelgaza y se vuelve más pequeño,
y es él
el espacio
quien se vuelve ciego
y no yo;
pero ¿se dará cuenta algún día?
¿Quién?
¿Quién?
pues el espacio que se sentirá más pequeña,
con los músculos agarrotados y acorralado;
al que le duelen todos sus dientes,
todos sus dientes *ausentes* como a mí

no se encontrará de pronto a mi lado
es el espacio quien se sentirá lejos de él y
de mí;

¡y tendrá vergüenza de existir y de ser,
de ser el espacio cuando nosotros estamos allí!

Entonces, ¿qué hará ese espacio púdicamente?

Esa vieja limonada deberá marcharse

fu fe lou
hazé eto cuando
tú hazé eto
tú levanta lo'espíritu n'el aire
entonze tú no etá curao toavía
tú eré toavía en lo'epíritu

ió digo que lo vi y etá enfermo
lo vi etá muy enfermo

ustéees van al mercao negro
al cine, a la carnicería hipofágica
hacen cola durante horas en el cine
en invierno bajo la lluvia
para ver películas imbéciles

y durante ese tiempo desde los siglos de los
siglos
en las laderas infectas del Cáucaso,
de los Cárpatos, de los Apeninos,
del Himalaya
seres bestializados bailan
bailan la danza del pus y de la sangre,

de los piojos reventados,
la danza de las vísceras sucias,

bailan para arrancar de ustedes esto y esto
y para imponerles esto esto y esto
en una palabra, la danza sexual.

¿Aún quieren sexo?
¿no quieren más sexo?
todo es sexo

—eze e too el problema
que dios se vaya o se quede
ése es el problema que se plantea.
Bailan la danza de la fricción infame
del coito—infame con la mujer y
de la unión de ron y sonido

—ió no entendo lo que quiere dezir
quiere decir que el principio de la fecundación
sexual que desde los siglos de los siglos está colocado
con la lengua, el bazo y los pies
debe ser *ordenado ahora*,
porque lo que se plantea sobre el cólico de
nuestra humanidad es el problema de la partida de dios
o de su permanencia

pues dios es todos los microbios salidos
de las danzas obscenas de las razas torvas
y el problema que se plantea es
saber si vamos a seguir dejándolas bailar
—y bailá
ió no sabía
y ezo qu'importa

II

CONCLUSIÓN

Estos pies
estos vientres
estas espaldas
estas manos
estos codos
estas rótulas
estos dientes
que hacen
boua
e
boua
bouala
bouraca
bourtra
y que chupan bichos del aire
que liberan en el aire a esos bichos
que algunos ven y otros no
y esos bichos que hacen caca allá y allá
todo eso es dios
y qué piensas de dios después de esto

— pienso que no entiendo
— pues bien no vemos a esos bichos,
son los microbios de la danza de los muertos
a la que se entregan desde los siglos de los siglos

las razas de las razas
en las laderas del Himalaya,
de los Cárpatos, de los Apeninos y del Cáucaso,
estos bichos que salen de los pies, de las espaldas,
del bazo, del hígado

en esas danzas de cerdos salaces
a las que las razas no renuncian
y crecen allá y allá
y eso crea una tierra que zapatea
— — que zapatea
— — sí que bulle
que hierve
y fecunda los miembros muertos
los fecunda de cosas enfermas

y también los órganos nadie comprendió
nunca
para qué servían

— — entonze pensé en un teatro de la
crueldad que baile y que grite
para abortar órganos
y barrer con todos los microbios
y en la anatomía sin grietas del hombre
donde se abortó todo lo que está cuarteado
hacer reinar la salud sin dios.

— — — eto zon cuentos a primera vista
es una utopía
pero empieza a bailar pedazo de

mono

pedazo de sucio macaco europeo
que no aprendió nunca a levantar el pie.

*(Aquí el otro hombre grita y protesta
y la emisión termina después de esto.)*

III

NOTA

No hay nada que abomine
y excrete tanto como esa idea de espectáculo
de representación
por lo tanto de virtualidad, de no realidad,
ligada a todo lo que se produce y se
muestra,
idea que, por ejemplo, salvó a la misa y le
permitió ser aprobada por manadas innumerables
de seres que si no, no la hubieran admitido,
esta idea de que la misa sólo es un espectáculo,
una representación virtual que no existe y
no sirve
tiene su contrapartida,
la misa, bajo su apariencia virtual y
teatral,
es, por el contrario, un espectáculo que sirve,
(la misa contiene una de las formas de acción
real más eficaces de la vida, pero la gente no
lo sabe, no sabe que esa forma de acción
es tenebrosa, erótica y sombría,
pues se habla de misa negra, pero el
principio y la razón de la misa es
ser negra
no hay misa blanca
cada misa que se reza es un acto *sexual* más
en la naturaleza liberada).

Y ahora, vuelvo a la idea de que toda
esta emisión sólo fue hecha para protestar
contra ese supuesto principio de virtualidad,
de no realidad,
en resumen, de espectáculo
indefectiblemente ligado a todo lo que
se muestra, como si en realidad se quisiera socializar
y paralizar al mismo tiempo a los monstruos,
introducir por medio de la escena, de la pantalla
o del micrófono, posibilidades de deflagración
explosiva demasiado peligrosas para la vida,
peligrosas para toda la vida,
y que así las desvían de la vida.

El inconsciente actual no da más,
la gente está harta de cargar con
algo que acumula y aplasta
sin cesar,
porque se le prohibió hacerlo, manifestarlo
y mostrarlo.

Y la policía de los iniciados, que sin que se
sepa, conducen desde siempre la vida a su
ruina, pero que tienen la pretensión de conducirla
solos, tiene órdenes de desviar hacia el
teatro, el cine, el micrófono,
y la misa,
algo que yo estuve internado 9 años
por haber querido decir y que diré.
Diré ese algo que causa las epidemias, el hambre,
las pestes, la guerra, etc...

CARTAS SOBRE EL JUICIO DE DIOS

I
AL SEÑOR FERNAND POUHEY

querido señor

Con respecto
a la introducción de
“Para terminar de una vez con el juicio de dios”
se puede cortar desde
“hacer y fabricar soldados”
hasta

*“cuando se combate se reciben heridas, y
vi combatir a muchos americanos”.*

El montaje general se distribuye así:

1 texto de apertura

2 efectos sonoros

que se mezclan con el texto recitado

por María Casares

3 *danza del Tutuguri* texto

4 efectos sonoros (xilofonías)

5 La búsqueda de la fecalidad

(recitado por Roger Bün)

6 efectos sonoros y redobles entre Roger Blin y

yo

7 El problema que se plantea es que...

(texto recitado por Paule Thévenin)

8 efectos sonoros y mi grito en la escalera

9 conclusión texto

10 efectos sonoros finales.

Si piensa en algo para

Artaud le momo

le advierto que Paule Thévenin dice muy

bien uno de los poemas,

el más corto

Centre mère et Patron minet

Me sentí muy feliz con esta emisión

y me entusiasmó ver que ella podía proporcionar

un modelo reducido de lo que quiero hacer

en el *teatro de la crueldad*.

Por esta razón le agradezco
muy especialmente; ¿usted mismo no
debutó en la vida con una especie de
danza ritmada entre el teatro y la
poesía?

Crea en mis buenos sentimientos.

II

IVRY, 11 DE DICIEMBRE DE 1947
AL SEÑOR FERNAND POUHEY

Querido señor

... permítame volver sobre el trabajo realizado.

Creo que en él se puede encontrar lo mejor y lo peor.

Hice mucha radio antes de la guerra

con Paul Deharme

en radio información

y el trabajo que realicé en la suya estaba lejos de representar una toma de contacto con ese medio de expresión

pero por otra parte

es necesario que

el realizador

Señor Guignard

los técnicos

y en general

todos aquellos

con los que tuve algo que ver

comprendan

cuáles fueron mis intenciones y deseos.

Si se considera el asunto en bloque tendremos la impresión de un trabajo

caótico y no continuado;

una especie de azaroso y epiléptico

trozo

en el que la sensibilidad errante del oyente debe
también escoger
al azar

lo que le conviene.

¡¡Pues bien, no!!

Terminar de una vez con el juicio de nuestros actos
por medio de la suerte
y por una fuerza
dominante
es revelar
su voluntad
de una forma
bastante nueva

para indicar que el orden rítmico y la
eventualidad de las cosas cambiaron su
curso,
en la emisión que hice hay suficientes
elementos

rechinantes
punzantes
desencajados
chocantes

que *montados* en un orden nuevo
pueden evidenciar el logro del objetivo
perseguido
mi función era aportar
elementos
así lo hice
hay algunos malos
y otros que creo excelentes

espero que encuentre a un técnico
inteligente
que sepa darle a esos elementos
los insólitos valores que les
adjudiqué
crea en mis buenos sentimientos.

III

4 DE FEBRERO DE 1948

AL SEÑOR WLADIMIR PORCHÉ

Director de radiodifusión

Señor

me permitirá usted estar algo más
que indignado y *escandalizado*
por la medida que acaba de ser tomada
a último momento contra mi radiodifusión:
Para terminar de una vez con el juicio de dios
en la que *trabajé* más de 2 semanas
y que estaba anunciada en todos los
diarios desde hace más de un mes.

Usted no ignora con qué curiosidad
esta emisión era esperada por la gruesa
masa del público
como una especie de
liberación, porque contaba con un conjunto sonoro
que lo iba a arrancar por fin de la rutina ordinaria de las
emisiones.

Tuvo entonces suficiente tiempo antes
de ayer domingo a la tarde en que
creyó que debía tomar esta medida de interdicción
[de darse cuenta]
de la atmósfera especialmente favorable
que rodeaba la salida de está emisión.

Ahora bien busco en vano el escándalo

que hubiera podido producir entre la gente bien
intencionada
y que no tomó partido

anticipadamente

como es el caso aquí.

Yo, el autor, escuché la
grabación como todo el mundo
muy decidido a no permitir nada

que pudiera lesionar
el gusto
la moralidad
las buenas costumbres
la voluntad de honor
que pudiera por otra parte
chorrear
aburrimento
lo ya visto
la rutina

quería una obra nueva, que apresara
algunos puntos orgánicos de vida,
una obra

en la que uno sienta todo el sistema nervioso
iluminado como en el fotóforo

con vibraciones

consonancias
que inviten
al hombre
a salir

con

su cuerpo

para perseguir en el cielo a esta nueva, insólita
y radiante
Epifanía.

Pero la gloria corporal sólo es posible
cuando
nada

en el texto leído
choca,
tara
esta especie de voluntad de gloria.

Ahora bien busco

Y encuentro

1º la búsqueda de la fecalidad, texto constelado
de palabras violentas, de palabras horribles,
sí, hay palabras violentas, palabras
horribles,
pero en una atmósfera *tan fuera de la vida*
que no creo que exista en este momento
un público capaz de escandalizarse con
ellas.

Todos deben comprender
que estamos hasta la coronilla de la suciedad
tanto física como fisiológica
y *desear*
un cambio
corporal
de fondo.

Queda el ataque del comienzo al capitalismo
americano.

Pero habría que ser muy ingenuo, señor Wladimir
Porché para no
comprender que en este momento tanto el capitalismo americano
como el comunismo ruso nos conducen a
la guerra, entonces por medio de voces, tambores y
xilofonías alerto a las individualidades para
que se unan.

soy

ANTONIN ARTAUD

IV

IVRY-SUR-SEINE

7 DE FEBRERO DE 1948

AL SEÑOR FERNAND POUHEY

Me enteré de su admirable actitud respecto
a mi radiodifusión.

Perdón por el perjuicio que le causo

y
gracias

por defenderme así con

todo su corazón.

Sé que se jugó y arriesgó su
posición

pero no comprendo que una incompetencia,
que acaba de salir del colegio como Wladimir
Porché se arrogue el derecho de suspender la
difusión de un *documento anunciado* desde hace
muchas semanas

y en consecuencia

escuchado

por decenas de técnicos que juzgaron
su valor

y *decidieron*

su emisión.

Hay en todo esto un golpe de autocratismo arbitrario
que no debe soportarse.

Por otra parte le escribí a Wladimir Porché una
carta

exponiéndole
en detalle
y de una manera simple y muy clara
cómo y por qué escribí mis
textos y compuse esta emisión.
Con respecto al sentimiento del oyente poco advertido
ninguna
emisión fue *esperada* nunca con más curiosidad
e impaciencia por el grueso del público
que precisamente confiaba en esta emisión
para formarse un criterio frente a ciertas cosas de la vida.
Esta emisión es una larga protesta
contra el erotismo congénito de las cosas contra
el cual todo el mundo en su subconsciente quiere
reaccionar y contra la arbitrariedad social política y
eclesiástica (religiosa) en consecuencia ritualista de la
ley.
Pues el cuerpo social está harto de ritos. Habrá que
pedirle a Wladimir Porche esa carta
para reproducirla en la Prensa
Suyo de corazón

V

7 DE FEBRERO DE 1948
AL SEÑOR RENÉ GUILLY

Señor,

Esta mañana cuando leí su artículo en "Combat" creí soñar, por otra parte estoy sorprendido de que lo publicaran.

Pues tengo una idea mucho más alta que la suya de ese famoso público.

Lo creo infinitamente menos podrido de prejuicios de lo que usted piensa.

Los que el lunes a la noche sitiaban la radio y esperaban con una curiosidad y una impaciencia jamás vista, la emisión intitulada

"Para terminar de una vez con el juicio de Dios"
pertenecían a ese gran público

peluqueros,

planchadoras,

vendedores de cigarrillos,

ferreteros, ebanistas, obreros gráficos,

en resumen gente que se gana la vida con el sudor de su frente,

y no capitalistas de estiércol enriquecidos en secreto

que van los domingos a misa y desean

por encima de todo el respeto de los ritos y de

la ley.

Mi emisión los hubiera aterrorizado a ellos y a algunos rufianes de la Butte prematuramente enriquecidos que tienen ese miedo nauseabundo

de las palabras.

Como sea

hay que considerar como pecado y crimen el haber querido prohibirle expresarse a una voz humana que se dirigía por primera vez en estos tiempos a lo mejor del hombre

2° Los libros, los textos, las revistas son tumbas, Sr. René Guilly, tumbas como para vomitar.

No viviremos eternamente rodeados de muertos y de muerte.

Si todavía quedan prejuicios hay que destruirlos

el deber

digo bien

EL DEBER

del escritor, del poeta no es ir a encerrarse cobardemente en un texto, un libro, una revista de los que ya no saldrá nunca más

sino al contrario salir afuera

para sacudir

para atacar

al espíritu público

si no

¿para qué sirve?

y ¿para qué nació?

3° Sea como sea

no soy director de coros

nunca supe cantar,
y menos aún
hacer cantar.

En esta radiodifusión sólo intenté
yo que nunca toqué un instrumento en mi
vida,
algunas xilofonías vocales
sobre xilófono instrumental
y logramos el efecto.

Quiero decir que esta emisión era la
búsqueda de un lenguaje que pudiera comprender
cualquier peón o carbonero
lenguaje que anunciarla por medio de la emisión corporal
las verdades metafísicas más elevadas.

Usted también lo reconoció y por esa razón
prohibirla constituye una abyección y una infamia.

Esto era lo que quería decirle, Sr. René
Guilly.

VI

IVRY-SUR-SEINE

17 DE FEBRERO DE 1948

A LOS SEÑORES FERNAND POUHEY

Y RENÉ GUIGNARD

Muy queridos amigos

creo que lo que turbó y
apasionó a algunas personas como Georges
Braque en la Radiodifusión “El Juicio
de Dios” es sobre todo la parte de las
sonorizaciones y xilofonías con los poemas
recitados por Roger Blin y Paule Thévenin.
No hay que arruinar el efecto de esas xilofonías
con el texto razonador, dialéctico y
crítico del comienzo. Les envié un expreso
para indicarles ciertos cortes
que sólo dejaban algunas frases
del principio y del final de la “Introducción”.

Les ruego que hagan esos cortes,

les ruego

a ambos

que controlen que esos cortes se
lleven a cabo estrictamente.

Es preciso que en esta Radiodifusión no
subsista nada que pueda decepcionar,

cansar

o aburrir

a un público ferviente
que se sorprendió ante el nuevo aporte de las sonorizaciones
y xilofonías

que ni siquiera los teatros Balinés,
Chino, Japonés y Cingalés contienen.

Cuento entonces con ustedes dos para proceder
a esos cortes que todavía no se hicieron

y les estrecho
amigablemente
las manos.

VII

CARTA ABIERTA AL R. P. LAVAL

Señor,

Está muy bien que reconozca el derecho a la expresión total e integral de mi *individualidad* por muy singular que sea

y

por muy heterogénea que pueda aparecer.

Pero hay algo que usted no dice y que constituye una reserva de fondo con respecto a ese derecho a la expresión: usted mismo estaba y está

ligado por 2 ritos

CAPITALES

cuando pronunció esas palabras,

estaba en *realidad*

ligado por 2 ritos

que con su propio consentimiento

le paralizaban las manos,

usted como todo sacerdote

estaba

y está *ligado*

por los 2 ritos

de la *consagración*

y de la *elevación*

de la misa,

usted como todo sacerdote católico

había celebrado su misa esa misma mañana,
y en la celebración de la ceremonia
llamada misa entran
en primer plano
esos 2 ritos de *ligadura*
que para mí
tienen el valor de un verdadero
maleficio.

La consagración
y
la elevación
son
maleficios

de un orden especial

pero

mayor

que capitaliza si puedo decirlo

la vida

que drena todas las fuerzas espirituales en
una dirección tal que todo lo que es cuerpo
se

reduce a nada

y sólo queda una cierta

vida psíquica

totalmente liberada

pero tan libre

que todos los fantasmas

del espíritu

del puro espíritu

pueden desatarse y allí

tiene lugar la siniestra y torrencial expansión
de la vida diluviana
de los bichos obsesivos
que es contra lo que

luchamos

porque la infame vida sexual está detrás de las
libres expansiones del espíritu

y porque

eso es lo

que la consagración

y la elevación

de la misa

han

sin decirlo

liberado.

Hay una nauseabunda

coagulación de la vida

infecciosa del ser

que el *cuerpo puro*

rechaza

pero que

el puro espíritu

admite

y la misa lo

arrastra a eso

por medio de sus ritos.

Esta coagulación mantiene la vida

actual del mundo

en los bajos fondos espirituales

donde no deja de zambullirse.

Pero la conciencia general
no comprenderá nunca,
por qué un cuerpo macerado y pisoteado
triturado y compilado
por el sufrimiento y los dolores de la crucifixión
—como el cuerpo siempre vivo del Gólgota—
será superior a un espíritu
que se entrega a todos los fantasmas de la vida interior
que sólo es la levadura y el grano
de todas las fantasmagóricas bestializaciones
pestilentes.

VIII

MARTES 25 DE FEBRERO DE 1948

*Paule, estoy muy triste y desesperado
el cuerpo me duele por todas partes
pero sobre todo tengo la impresión de que la gente
está decepcionada
con mi radiodifusión.*

*Allí donde está la máquina
están siempre el abismo y la nada
hay una interposición técnica que deforma
y aniquila lo que uno hace.*

*Las críticas de M. y de A. son injustas pero
deben haber tenido su punto de partida en una
deficiencia de transición
por esta razón no volveré nunca a la
Radio*

*y en adelante me consagraré exclusivamente
al teatro*

*tal como lo concibo
un teatro de sangre
un teatro que en cada representación habrá
hecho ganar*

*corporalmente
algo tanto al que actúa
como al que viene a ver actuar
por otra parte
uno no actúa
uno hace*

El teatro es en realidad la génesis de la creación

Esto se hará

Tuve una visión esta tarde

vi a los que van a seguirme y que todavía

no tienen un cuerpo

porque cerdos como los del restaurant

de anoche comen demasiado

Hay gente que come demasiado

y otros que como yo no pueden ya

comer sin escupir

suyo.

AQUÍ YACE

I

Yo, Antonin Artaud, soy mi hijo,
mi padre, mi madre,
y yo;
nivelador del periplo imbécil donde cae preso
el engendramiento
el periplo papá–mamá
y el niño,
hollín del culo de la abuelita
mucho más que del padre–madre.

Esto significa que antes de mamá y papá
que no tenían padre ni madre
según se dice,
pues ¿dónde los hubieran conseguido
cuando se convirtieron en este cónyuge
único
que ni la esposa ni el esposo
pudo ver sentado o de pie?
antes de ese improbable agujero
que el espíritu nos procura,
para
asquearnos un poco más de nosotros mismos,
creando este inservible cuerpo
de carne y esperma loco
este cuerpo ahorcado, desde antes de los piojos,

que suda en la imposible mesa
del cielo
su olor calloso de átomo,
su aguardentoso olor de abyecto
detritus
expulsado del sueño
del inca de dedos mutilados

que tenía un brazo por idea
y una palma muerta como mano
porque había perdido sus dedos
de tanto matar reyes.

Aquí mientras suenan los címbalos de hierro
recorro el bajo camino cincelado
en el esófago del ojo derecho,

bajo la tumba del plexo rígido
que debajo del camino forma un recodo
para liberar al niño legítimo.

nuyon kidi
nuyon kadan
nuyon kada
tara dada i i
ota papa
ota strakman
tarma strapido
ota rápido
ota brutan
otargugido

oté krutan
pues fui Inca pero no fui rey
kilzi trakilzi
faildor
bara bama
barata
minee
etretili
TILI

te pellizca en la falzurchte de
oro
en el fracaso de cada cuerpo.

No había sol ni nadie,
ni siquiera un ser delante mío,
ninguna criatura que me tuteara.

Tenía algunos fieles que
no acababan de morir por mí.
Cuando estuvieron demasiado muertos para vivir,
sólo vi a los rencorosos,
eran los mismos que codiciaban los puestos de aquéllos,
demasiado cobardes para luchar contra ellos
cuando combatían a su lado.
Pero, ¿quién los había visto?
Nadie.

Mirmidones de la Perséfone Infernal,
microbios de gestos cóncavos,
flemas grotescas de una ley muerta,

quistes del que se viola entre ellos,

lenguas del avaro

forceps

que escarba sobre su propia

orina,

letrinas de la muerte huesuda

a la que siempre taladra el mismo

vigor

sombrío,

con el mismo fuego,

cuyo antro

innovador de un nudo

terrible,

enclaustrado

de vida madre

es la víbora padre

de mis huevos.

II

Pues el fin es el comienzo.

Y ese fin

mismo

elimina

todos los medios.

III

Y ahora,

a todos ustedes, a todos los seres,
tengo que decirles que siempre me hicieron

cagar

Y vayan a hacerse
montar
la mamut
de la parpuñet
ladillas
de la eternidad.

No me encontraré ni una sola vez más
con seres que devoraron el
clavo de vida.

Pues, un día, ni bien perdí
mi teta matriz, me encontré con los
seres que devoraron el clavo de vida,
el ser me estrujó debajo suyo,
y dios me devolvió a ella.

(EL MUY COCHINO)

Así me
extrajeron
a papá y a mamá
y a la fritura de ji en
Grito
al sexo (centro)
del gran estrangulamiento,

de donde se sacó este cru

zamiento del atáud

(muerto)

y de la materia

que dio vida

a Jizo-grito

cuando del excremento de

mí muerto

se ordeñó

la sangre

con la que se dora

cada vida usurpada

afuera

Así es como:

El gran secreto de la cultura indígena
consiste siempre en reducir el mundo a
nada,

mejor dicho

1) demasiado tarde que más temprano

2) lo que significa
más temprano
que demasiado tarde

3) lo que significa que lo más tarde
sólo puede volver si
más temprano se ha comido a demasiado temprano

4) lo que significa que en el mismo momento lo más tarde es lo que precede a lo demasiado temprano

5) y a lo más temprano y por muy precipitado que sea más temprano lo demasiado tarde que no dice nada que desajusta punto por punto a todos los más temprano está siempre ahí.

IV

COMENTARIO

Todos los cochinos vinieron
después del gran desajuste
manifestado de abajo hacia arriba

1) om–let esfera

(esto cuchicheado)

ustedes no sabían
que el estado

HUEVO

era el estado

anti–artaud
por excelencia
y que envenenar a Artaud
no hay nada
mejor que batir
una buena tortilla
en los espacios
persiguiendo el punto
gelatinoso
que Artaud
mientras buscaba el hombre por hacer evitó
como a una peste horrible
y es ese punto
el que restablecen en él,
nada mejor que una buena tortilla
rellena de veneno, cianuro, alcaparra
transmitida por el aire a su catastro,

para desarticular a Artaud
en el anatema de sus huesos
COLGADO SOBRE EL CADÁVER
INTERNO

Y 2) *palaoulette tirando*
largalouette calificándote
3) *tuban titi tarftan*
de la cabeza y de
la cabeza apuntándote
4) *lomoculus del frontal*
taladra
y de la pinza te putan

Lo voltea al patrón hediondo
a ese capitalista arrogante
de los limbos,
mientras nada hacía el nuevo pegote
del padre–madre al sexo hijo
para vaciar todo el cuerpo
por completo de su materia
y poner en su lugar, ¿a quién?
al que creó el ser y la
nada,
como se hace pipí.

Y TODOS SE LAS
PICARON

No, queda la barrena horrorosa,
la barrena–crimen
viejo clavo yernón
esa horrible
desviación en beneficio del yerno
[¿no se dan cuenta de que el yerno falso
es Jizi–grito?,
ya conocido en México
mucho antes de su huida a Jerusalén en un
asno,
y de la crucifixión de Artaud en el Golgotha.
Artaud
que sabía que no hay espíritu
sino un cuerpo
que se rehace como el engranaje del
cadáver con dientes,
en la gangrena
del fémur
adentro.

Todo lenguaje verdadero
es incomprensible,
como el clac
de los dientes cuando castañetean;
o el clac (burdel)
del fémur con dientes (en sangre)]
a los del dolor del hueso cerrado

dakantala
dakis ketel
ta redaba

*ta redabel
de stra muntils
o ept enis
o ept atra*

del dolor

sudado

en

el hueso.

Del dolor minado del hueso

nació algo

que se convirtió en lo que fue espíritu

para limpiar en el dolor motriz,

del dolor,

esa matriz

una matriz concreta

y el hueso

el fondo de la toba

que se convirtió en hueso.

Moraleja

No te fatigues nunca más de lo necesario

aunque tengas que fundar una cultura sobre el cansancio

de tus huesos.

Moraleja

Cuando la toba fue comida por el hueso,

que el espíritu roía por detrás,

el espíritu abrió mucho la boca

y recibió en la parte posterior

de la cabeza

un golpe como para descarnar sus huesos.

Entonces

entonces

entonces

hueso por hueso

volvió la igualdad sempiterna

y el átomo eléctrico giró
antes de derretirse punto por punto.

Conclusión

En cuanto a mí, simple
Antonin Artaud,
no me acostumbro a la influencia
cuando uno sólo es un hombre

o

dios.

No creo ni en padre

ni en madre,

no tengo

papá–mamá

naturaleza

espíritu

o dios

satán

o cuerpo

o ser
vida
o nada
nada que esté afuera o adentro
y menos aún la entrada de ser,
agujero de una cloaca horadada de dientes
donde siempre se contempla
el hombre que mama su sustancia
en mí,
para sacarme un papá–mamá
y rehacerse una existencia
libre de mí
sobre mi cadáver
despojado
 del vacío
 mismo,
y husmeado
 de vez
 en cuando.
 Hablo
 por sobre
 el tiempo
como si el tiempo
no estuviera frito,
no fuera esta tajada frita
de todos los disminuidos
del comienzo
embarcados otra vez en sus ataúdes.

LA CULTURA INDIANA

Vine a México a tomar contacto
con la Tierra Roja
que apesta y perfuma,
que hiede y huele bien.

Cafre de orina del declive de una vagina dura,
que se resiste cuando la tomamos.

Alcanfor urinario de la protuberancia de una
vagina muerta,
que nos abofetea cuando la dilatamos,

cuando observamos desde lo alto del Mirador del
Payaso,
tumba claveteada del padre horroroso,

el agujero cóncavo, el acre agujero vacío, donde bulle
el ciclo de los piojos rojos,
ciclo de los piojos solares rojos,
muy blanco en la red de venas de
uno de ellos.

¿Los dos? y ¿cuál de los dos?
¿Quién, los dos?
en la época

y esto significa que la guerra
reemplazará al padre–madre
donde el culo se defendía
de la peste nutritiva
de la Tierra Roja enterrada
bajo el cadáver del guerrero
muerto
por no haber querido atravesar
el periplo de la serpiente
que se muerde la cola por delante
mientras que papá–mamá
le llena el trasero de sangre.

Cuando se lo mira de cerca,
caen en la lonja tumefacta de la pierna del
viejo fémur con caparrosa
apestando antes y ahora;
pues resurge el viejo guerrero
de la crueldad insurrecta,
de la indecible crueldad
de vivir y no tener ser
que pueda justificarnos;
y en el agujero anclado de la tierra,
vista desde arriba y en profundidad,
caen iluminados todos los pedazos de lengua
que un día se creyeron almas
y no fueron ni siquiera voluntades;

todos los rayos del azote de
mi mano muerta

avanzan contra la lengua en rebeldía
y los sexos de voluntad,
vocablos apenas exhalados
que no pudieron corporizarse;

pero caen mejor que soles
proyectados en la cueva donde luchaban a muerte
papá–mamá y pederasta, el hijo antes de
que aquello apestara.
Cuando el asno solar se creía bueno.

¿Dónde estaba el cielo en su círculo?

Donde uno estaba
afuera,
muy pelotudo
al sentir el cielo
en su boludez.

sin nada para afrontar
el vacío,
ni fondo, ni vertical,
ni rostro,
y desde lo alto,
donde todo nos devuelve al fondo
cuando uno está rígido en toda su extensión.

EL TEATRO Y LA CIENCIA

El verdadero teatro siempre me pareció el ejercicio de un acto peligroso y terrible, en donde se eliminan tanto la idea del teatro y del espectáculo

como las de toda ciencia, toda religión y todo arte.

El acto del que hablo está dirigido a la transformación orgánica y física verdadera del cuerpo humano.

¿Por qué?

Porque el teatro no es esa escena en donde se desarrolla virtual y simbólicamente un mito

sino ese crisol de fuego y carne verdadera en donde anató-

micamente, por aplastamiento de huesos, de miembros y de sílabas, se rehacen los cuerpos, y se presenta físicamente y al natural el acto mítico de hacer un cuerpo.

Si se me comprende correctamente se verá en esto un acto de génesis verdadera que a todo el mundo tendría que resultarle absurdo y humorístico que se quisiera trasladar al plano de la vida real.

Pues nadie en este momento puede creer que un cuerpo pueda cambiar si no es por el tiempo y la muerte.

Ahora bien, yo repito que la muerte es un estado inventado y que sólo vive por todos los miserables brujos, los gurús de

la nada a quienes beneficia y quienes desde hace siglos se
nutren de él
y viven en el estado llamado Bardo.

Fuera de esto el cuerpo humano es inmortal.

Es una vieja historia que es necesario poner al día interviniendo
en ella.

El cuerpo humano sólo muere porque se ha olvidado
transformarlo y cambiarlo.

Fuera de esto es inmortal, no se vuelve polvo, no pasa por la
tumba.

Es una innoble victoria la obtenida por la religión, la sociedad y
la ciencia sobre la conciencia humana al llevarla en un momento
dado a abandonar su cuerpo,

al hacerle creer que el cuerpo humano era perecedero
y destinado al cabo de poco tiempo a desaparecer.

No, el cuerpo humano es imperecedero e inmortal, y cambia,
cambia física y materialmente,

anatómica y manifiestamente,

cambia visiblemente y en el mismo sitio

siempre que se quiera tomar el trabajo material de hacerlo
cambiar.

Existía en otros tiempos una operación de orden menos mágico
que científico

y que el teatro sólo consigue rozar,

por la cual el cuerpo humano

cuando se lo reconocía como malo

era pasado,

transportado,

física y materialmente,

objetiva y como molecularmente

de un cuerpo a otro,

de un estado pasado y perdido de cuerpo

a un estado fortalecido y elevado del cuerpo.

Y bastaba para ello dirigirse a todas las fuerzas dramáticas,
rechazadas y perdidas del cuerpo humano.

Se trata así realmente de una revolución
y todo el mundo requiere una revolución necesaria,

pero yo no sé si muchas gentes han pensado
que esa revolución no sería verdadera mientras no sea
física y materialmente completa,

mientras no sé dirija al hombre,

hacia el cuerpo del hombre mismo

y no se decida por fin a pedirle que se cambie.

Pues el cuerpo humano se ha tornado sucio y malo porque
vivimos en un mundo sucio y malo que no quiere que el
cuerpo humano sea cambiado,

y que ha sabido disponer

en todas partes,

en los sitios que es necesario,

su oculta y tenebrosa turbamulta para impedir
cambiarlo.

De manera que ese mundo no sólo es malo aparentemente sino
que subterránea y ocultamente cultiva y mantiene el mal que lo
ha hecho ser, y nos ha hecho nacer a todos un mal espíritu y en
medio del mal espíritu.

No es sólo que las costumbres estén corrompidas, es que la
atmósfera en que vivimos está podrida material y físicamente por
gusanos reales, de apariencias obscenas, de espíritus
ponzoñosos, de organismos infectos, que se pueden ver a simple

vista con sólo haber sufrido como yo larga, acre y sistemáticamente.

Y no se trata aquí de alucinación o de delirio, no, sino del codeo adulterador y verificado del mundo abominable de los espíritus que todo imperecedero actor, todo poeta no creado con un simple soplo, ha sentido siempre con sus partes vergonzosas venir a hacer abyectos sus más puros impulsos.

Y no habrá revolución política o moral posible mientras el hombre permanezca magnéticamente atado,

en sus reacciones orgánicas y nerviosas más elementales y simples,

por la sórdida influencia
de todos los centros dudosos de iniciados,
que, cómodamente instalados en los refugios de su psiquismo
se ríen lo mismo de las revoluciones que de las guerras,
seguros de que el orden anatómico sobre el cual se basa
tanto la existencia como la duración de la sociedad actual
no podría ya ser cambiado.

Pero hay en la respiración humana saltos y rompimientos de tono, y de un grito a otro transferencias bruscas con las que las aperturas y los impulsos del cuerpo total de las cosas pueden ser repentinamente evocados, y pueden sostener o licuar un miembro como un árbol que se apoyaría sobre la montaña de su bosque.

Pero

el cuerpo tiene una respiración y un grito por los cuales puede asirse en los bajos fondos descompuestos del organismo y transportarse visiblemente hasta esos altos planos deslumbrantes donde el cuerpo superior lo espera.

Es una operación en donde en las profundidades del grito orgánico y del aliento lanzados

entran todos los estados de sangre y de humores posibles,

todo el combate de púas y esquiras del cuerpo visible con los falsos monstruos del psiquismo,

de la espiritualidad,

y de la sensibilidad.

Hubo períodos indiscutibles de la historia del tiempo en que esta operación tenía lugar y la mala voluntad humana jamás tuvo tiempo suficiente para formar sus fuerzas y destilar como hoy sus monstruos salidos de la copulación.

Si en algunos sitios y para algunas razas la sexualidad humana ha llegado al punto negro,

y si esta sexualidad destila influencias infectas,

aterradores venenos corporales,

que actualmente paralizan

todo esfuerzo de voluntad y de sensibilidad,

y vuelven imposible toda tentativa de metamorfosis

y de revolución definitiva

e

integral.

Es que desde hace ya siglos

fue abandonada cierta operación de transmutación fisiológica,

y de metamorfosis orgánica verdadera del cuerpo humano

la cual por su atrocidad,

por su ferocidad material

y su amplitud

arroja a las tinieblas de una noche psíquica tibia

todos los dramas psicológicos, lógicos o dialécticos del corazón humano.

Quiero decir que el cuerpo retiene alientos
y que el aliento retiene cuerpos cuya palpitante presión la
espantosa compresión atmosférica hacen vanos, cuando
aparecen todos los estados pasionales o psíquicos que la
conciencia puede evocar.

Hay un grado de tensión, de aplastamiento, de espesor opaco,
de rechazo supercomprimido de un cuerpo,
que dejan muy atrás toda filosofía, toda dialéctica,
toda música, toda física,
toda poesía,
toda magia.

No voy a mostrarles esta tarde algo que demandaría muchas horas de
ejercicios progresivos para comenzar a transparentarse se necesita
además espacio y aire
y se requiere sobre todo un conjunto de aparatos que
no tengo.

Pero ustedes oirán ciertamente en los textos que van a ser
dichos
viniendo de quienes los dicen,
gritos e impulsos de una sinceridad
que están en el camino de esa revolución fisiológica íntegra sin la cual
nada puede cambiarse.

ANTONIN ARTAUD

Esta lectura tuvo lugar esa tarde del viernes 18 de juli de 1947, y en ciertos momentos sentí como si hubiera *rozado la abertura* del tono de mi corazón.

Hubiera tenido que *cagar* la sangre por el ombligo para llegar a lo que quiero.

Tres cuartos de hora golpeando con el atizador sobre un mismo punto por ejemplo *bebiendo* de tiempo en tiempo.

FRAGMENTACIONES

I

Haré con la concha sin la madre un alma oscura, total, obtusa y absoluta.

*

Ayer miércoles 13 de marzo velada de
Ivonne. Los niños jugando con sus bastones.
El cacharro de cerámica etrusca.

*

El ser es ese parasitismo del cerebro que yo hice comenzar *de día*
para desembarazarme de dios y sus esbirros: las enfermedades, la noche.

*

Nacido poco a poco este inconsciente que tuve como el más duro
entre los duros ante el ataúd de mis seis hijas del corazón por nacer:

Yvonne,
Caterine,
Neneka,
Cécile,
Ana
y
la pequeña Anie.

*

Antes que me abandonaran ya las había fulminado en un estado más terrible que ese dios al cual sólo llegaron más tarde.

*

Más grande en ese piso donde se endurecía a muerte lo más grande, no como la rodilla cubierta con la rótula, sino como lo infinitamente pequeño que progresa en el ángulo de su sempiterna estrangulación.

*

Lo cual está bien, no en la filosofía sino en la sartén de papas fritas, quizá cuadrada y con el mango de la puerta en falso que lleva como la cuchara en la lengua perforada del sexo para siempre negado por el corazón.

*

Una niñita muerta dice: Soy la que estalla de horror en los pulmones de la viva. Que me saquen en seguida de ahí.

*

Han soplado términos de cera muerta sobre los cuerpos condenados de los seres e hicieron con ellos retenciones paralizantes, las cuales no existían antes de nacer, pero que,
insulina por insulina,
se creyeron ser,
y sin embargo la alcachofa oscila en el mango cuando es
la virgen quien hace caca.
La insulina es Ka sin mierda, mierda sin hacer caca.

*

Sólo existen los muertos
que duermen en mí,
los libres están afuera,
los otros en este estiércol de infierno de donde no deja de
salir y pastar mi fémur para cavar el infierno⁵.

*

Anoche viernes 15 de marzo en la instalación de mi dolor, la
dialéctica entró en mí como el desprecio de mi carne viva que sufre pero no
comprende.

*

Morfina en una pierna de madera, hecha, esa morfina, con la
gangrena de los huesos de la pierna muerta, luego extirpada, he ahí lo que
fue la
santa trinidad.

*

No basta con remover los fluidos para explicar la conciencia que no
es un espíritu de cuerpo sino el volumen del timbre de un cuerpo hasta el
punto en que juega los brazos para ser, contra el espíritu que lo calculará.

*

Los malos espíritus no son estados mentales sino seres que
jamás quisieron
soportar-se⁶.

⁵ Primitivamente había escrito "... para cavar el infierno"; corrigió "... para cavar el Ka". Al dictar volvió a la primera versión.

⁶ Al dictar cambió "insultarse" por "soportarse".

*

Los espíritus ya no se ocuparán de mis asuntos y los solucionaré con mis manos y sin ideas, como un obrero ajustador de miembros cuyo principio está en mi caja de esperma y los ataúdes de mis piernas postes.

*

Pero salido el poste afuera, el problema no consiste en ajustarle miembros, sino en hacerlo estallar en un miembro que no tolera reemplazos.

*

Pues los hijos de la puesta en escena originaria,
no están en el sonido, sino en la concha,
que no es el granero original de un principio sino una aterradora
masticación.

No en el tono sino en la concha, codo extremo de esta ola de fondo
que avanza con su horrible dentadura de seres, hecha para devorar a
todos los seres, pero que nunca sabe dónde están.

*

En el sueño se duerme, no hay yo ni nadie más que el espectro,
arrancamiento del tetema del ser por otros seres (despertados en ese
momento), de lo que se hace que se sea un cuerpo.

¿Y qué es el tetema?

La sangre del cuerpo en ese momento alargado y que dormita
porque duerme. ¿De qué manera el tetema es la sangre? Por el *ema*, ante
el cual la t se reposa y designa lo que se reposa como el te ve de los
marseleses. Pues el te hace un ruido de cenizas cuando la lengua lo
deposita en los labios donde humeará.

Y Ema en griego quiere decir sangre. Y tetema dos veces la ceniza sobre la llama del coágulo de sangre, ese coágulo inveterado de sangre que es el cuerpo del durmiente que sueña y que mejor haría en despertar.

—Pues ni el inconsciente ni el subconsciente son la ley.

Cada sueño es un trozo de dolor que nos es arrancado por otros seres, al azar de la mano de mono que cada noche arrojan sobre mí, la ceniza en reposo de nuestro yo que no es ceniza sino metralla como la sangre es la chatarra y el yo lo ferruginoso.

¿Y qué es lo ferruginoso?

Es, simplemente: una cabeza, un tronco sobre dos piernas, y dos brazos para balancear el tronco en el sentido de ser cada vez más con una cabeza, dos piernas y dos brazos.

Pues siempre se dijo que el analfabeto es un misterio, sin alfa y sin omega, pero con una cabeza, dos piernas, dos brazos. El analfabeto incorregible de lo simple que es hombre y no comprende. Comprende que es cabeza y brazos, piernas para poner el tronco en marcha. Y que nada hay fuera de eso: ese totem de orejas párpados, y de una nariz horadada por veinte dedos.

Y éste es el misterio del hombre a quien dios el espíritu no deja de asediar.

*

No hay un interior, no hay espíritu, afuera o conciencia, nada más que el cuerpo tal como se lo ve, un cuerpo que no deja de ser, ni siquiera cuando cae el ojo que lo ve.

Y ese cuerpo es un hecho.

Yo.

*

El esperma no es una micción sino un ser que siempre avanza hacia otro a fin de tostarlo de sí.

*

No una ficción, ese esperma, sino una guerra con cañones coronados de espinas que baten su propia metralla antes de *batir* la entrada SE.

*

Operación de la cual cayó el hombre el día en que aceptó realizar el coito.

*

Y 2º
en segundo lugar
no eran clavos sino la landa,
que un día se instauró clavo,
porque había raspado demasiado mi *cabeza*, y yo, Antonin Artaud,
para castigarla por mamar mi cabeza la hice clavo de un martillazo.

*

Vi el saco hinchado de Yvonne, vi el saco hinchado de escoria del alma tumefacta de Yvonne, vi ese horrendo saco blando del alma sodomizada de Yvonne, vi dilatarse el corazón taladrado de Yvonne como un gran saco inflado de pus, vi el cuerpo de esa Ofelia insultada arrastrarse, no por la Vía Láctea, sino por la Vía de la suciedad humana, maldito, insultado, abominado, vi el cuerpo de la que me amaba, rancio a causa de los eructos del alma a puntapiés y bofetadas,

vi por fin la turgencia abominada, la inflamación odiosa de ese corazón apestando por haberme querido entregar un metaloide cuando ya no tenía qué comer.

En el sueño se duerme, no hay yo ni nadie más que el comprometido a empujar e infectar.

La vi rechazarse a ella misma, agrimuerta por haber sido insultada.

*

Vi el cuerpo de mi hija Anie convertido en cenizas y su sexo dilapidado y compartido, cuando fue muerta, por la policía de los franceses.

*

Los sacerdotes son culos sin yo que hablan sin cesar en el culo de los otros para implantar en ellos su yo.

*

Vi la sífilis meningítica de las piernas de mi hija Catherine y las 2 repugnantes papas de las cubas de sus rótulas hinchadas, y vi los callos de sus pies tumefactos como su sexo que no pudo lavar desde hace un año que se puso en marcha, y la vi estallar del cerebro como Anie la de la "santa" garganta, y vi la corona de espinas intestinales de su sangre brotar de ella en los días sin menstruos.

*

Y vi el cuchillo con muescas de mi otra hija Neneka a quien sentí removeirse en el opio de la tierra,

y también estaban Yvonne, Catherine, Cécile, Anie y Ana, junto con Neneka.

Y ella fue el opio dentario, pues nada existe más duro que un dolor de dientes. El opio de los caninos masticatorios de la tierra que todo el mundo ha desmenuzado⁷ bajo su pie.

Y me amó cuando un día mastiqué a fin de componer la tierra, la tierra que comeré.

Y vi el falo humano golpear el corazón de Cécile en las tetas, en esa ranura del astillero de huesos donde el alma por confirmar siente la muerte, boca abierta de una inmortal bodega.

Pues la sangre inmolada percibe la ceniza en los barriles de su bodega. Y cuántos testículos de odio flagelaron ese corazón primogénito.

Quedan todavía Ana y Anie.

*

El azar es el infinito y no dios, ¿y qué es el azar⁸?

Soy yo, me respondió mi yo que me escuchaba.

Y le contesté: Todos los yo están allí pues para mí no te escucho.

*

Es Ana quien amó la música un día desde lo alto de ese cobertizo que me escucha, cuando no pienso en mí sino en ella. ¿Qué ella?

El alma que nacerá de mi.

Todo eso está muy bien, ¿pero cuándo volveré a ver a Ana Corbin, por el vientre de quien pasó toda la medicina, Ana Corbin llamada la puta por todas las mujerzuelas pequeñoburguesas desde Saint-Roch hasta Notre-Dame des Champs?

⁷ Al dictar cambió "aplastado" por "desmenuzado".

⁸ Ídem, "qué es lo que es el azar" en "¿y qué es el azar?"

Ana Corbin, hija primogénita de mi alma y que murió en desesperanza de mí.

¡Jamás!

Sí, un día, el próximo día en que por fin podré comer.

*

Y para casarse conmigo Ana Corbin esperará a que se limpie la tierra, como Yvonne, Cécile, Anie, Catherine y Neneka, esas muertas que más allá de la angustia de los limbos esperaban para venir a mí a que terminara de desposar a mi Ka Ka.

*

Habrá que comer una vez la tierra.

*

Y vi a Marthe Robert de París, la vi de Rodez a París inclinarse de cólera en el rincón de mi habitación cerrada, ante mi mesa de luz, como una flor extirpada, en el apocalipsis de la vida.

*

Y también está Colette Thomas para soplar de odio a los gendarmes desde París a Nagasaki.

Ella les explicará su propia tragedia.

POSDATA

La otra noche tuve un sueño, trastornado, sí, es cierto, pues como ser trastornado, lo era; pero tan significativo por otra parte, ¡tan significativo!

Jean Dequeker se arrastraba por la tierra con las piernas cortas y destrozadas, y decía: ¿Soy un animal, un guijarro, una rama o un mostrador?

¿Pero qué es un árbol en fin de cuentas? ¿Qué es un árbol⁹?

Mme. Dequeker estaba detrás de una jaula con el estómago aplicado al reborde de dicha jaula y decía: ¿Acaso mi propio estómago,

no...

(el yo, ¿no es mi estómago?)

no es mi propio estómago quien terminará por llegar a atronar¹⁰?

Colette Thomas tenía el rostro lleno de fuegos griegos y clamaba: Si eso no se detiene, expiro.

Mme. Dequeker, la anciana, estaba en lo invisible, como el azoque de una charca de ser que no lograra volver a entrar, como la mano derecha en el aire y la izquierda como una vieja membrana flotando por sobre el abdomen y diciendo: me gustaría que mis 2 manos se unieran sin junturas, pero no manos juntas, no, manos justas no. ¡Pero qué difícil es, qué difícil!

⁹ Al dictar cambió "... ¿qué es lo que es un árbol. ..?" en "¿Pero qué es un árbol en fin de cuentas? ¿Qué es un árbol?"

¹⁰ Transformación en el dictado. El texto primitivo era: "¿Acaso mi propio estómago, no, pero no es mi propio estómago el que terminará por llegar a tronar?"

II

HISTORIA DEL POPOCATEPEL

Cuando pienso hombre¹¹, pienso
patate, popo, caca, tete, papa,
y en la l del pequeño aliento que surge de ello para reanimarlo.
Patate, necesidad de la olla de ser, la *que quizá* tendrá su caldo.
Y después patate, caca, soplo del doble ve ce si les parece celdas de
necesidad.

El hombre a quien se interna y que se puede enterrar cuando no se
lo ha incinerado en los fondos bautismales del ser.

Pues bautizar es cocer a un ser contra su voluntad.

Desnudo para nacer y desnudo para morir, ese hombre a quien se ha
cocido, estrangulado, ahorcado, asado y bautizado, fusilado y encarcelado,
hambreado y guillotinado “en el CADALZO de la existencia,
bum”,

ese hombre come tres veces por día.

¿Cuándo podrá comer en paz?

Quiero decir sin vampiro latente entre las grietas de su
dentadura, pues quién come sin dios y completamente solo.?

¹¹ La *Historia del Popocatepel* era primitivamente el Prefacio de *Pour le Pauvre Popocatepel la Charité ésse vé pé*. Cuando Artaud lo incluyó en *Suppôts et Supplications*, a continuación de *Fragmentations* introdujo importantes modificaciones.

Suprimió el comienzo del texto: “El Popocatepel es la montaña del hombre y el Himalaya la montaña de Dios. Entre dios la nada y el hombre su cuerpo, hay desde siempre una batalla que algún día será resuelta por un ser, quiero decir que fue resuelta desde siempre por ese Popocatepel.

Y esto no según la leyenda sino según yo.

Porque pienso que el Popocatepel es ese yo siempre martirizado del hombre que trabaja sin que se lo vea, ese yo humano cuya ceniza se debate en la asfixia prenatal de dios.

Dios, el íncubo del Himalaya.

Pues Dios bramó la metafísica, y yo me aferró, yo, al meta de lo físico, del cuerpo físico de mi yo. Cuando pienso hombre .. .”

Pues un plato de simples lentejas vale mucho más que los Velas, los Puranas, los Brahmaputra, los Upanishad, los Ramayana, los Kama-Rupa y los Tarakian para llegar al fagot rechazado de las tinieblas de la cámara baja en que el hombre actor eructa cañones mascando la lenteja del ojo en el plato de su sufrimiento —o ladra imprecaciones cuando sus fibras se dislocan bajo el escalpelo.

Cuando digo:

Mierda, pedo de mi vida,

(en tono imprecatorio, ese pedo, eructando bajo los puntapiés de la policía),

cuando digo ansias de mi vida, soledad de toda mi vida,

caca, escondrijo, veneno, *ralea de muerte*¹²,

escorbuto de sed,

peste de urgencia,

dios responde en el Himalaya:

Dialéctica de la ciencia,

aritmética de tu usufructo, existencia, dolor, hueso raspado del esqueleto de vivir contra Azilut,

a quien

yo

le digo MIERDA¹³.

¹² “de muerte” fue agregado durante el dictado.

¹³ Artaud había suprimido todo el final del texto: “Aquí sería necesario una condena justificada de las ciencias, con imprecaciones en escaras de sangre, flagelación de los asnos muertos

Pero ya tengo suficiente.

Quedará para otro libro.

Por lo demás creo que entretanto el Popocatepel se hará cargo de ello.”

APÉNDICE

En setiembre de 1937, a su regreso del viaje a Irlanda, Artaud fue internado. En julio del mismo año, en las ediciones Denoël, habían aparecido *Les nouvelles révélations de l'être*, firmadas por “el Revelado”. Después pasó por diversos asilos hasta que en enero de 1943 pudo ser sacado de la zona ocupada por los nazis, gracias a la preocupación de sus amigos, en especial Desnos, Paulhan, Fraenkel, Barrault, Adamov, Eluard. A su arribo al hospital psiquiátrico de Rodez el pintor Delanglade lo describe “cabizbajo, desdentado, baboso”.

En *Les nouvelles révélations de l'être* había escrito:

“Digo lo que vi y lo que creo, y a quien diga que no vi lo que he visto le desbarraré la cabeza.

Soy un irremediable Bruto y así será hasta que el Tiempo no sea el Tiempo.

Ni el cielo ni el infierno, si existen, pueden nada contra esta brutalidad que me impusieron, tal vez para que los sirva... ¿Quién sabe?

En todo caso para desgánarme

.....
Sé que quisieron esclarecerme mediante el Vacío, y que me negué a que me esclarecieran.

Si se hizo de mí una hoguera fue para curarme de estar en el mundo.

Y el mundo me quitó todo.

Luché para tratar de existir, para aceptar las formas (todas las formas) cuya delirante ilusión de ser en el mundo recubre la realidad.

.....

No quiero seguir siendo un Ilusionado.

Muerto para el mundo, para lo que constituye el mundo a los ojos de todos los otros, caído al fin, caído, subido a ese Vacío que rechazaba, tengo un cuerpo que padece el mundo y evacúa la realidad.

Basta de ese movimiento de luna que me hace llamar lo que rechazo y rechazar lo que llamo.

Es necesario terminar. Es necesario terminar con este mundo al que un Ser en mí, ese Ser al que no puedo llamar porque si viene caigo en el Vacío, siempre rechazó.

Ya está. Caí verdaderamente en el Vacío después que todo lo que constituye este mundo terminó de desesperarme.

Pues sólo se comprende que no se está en el mundo cuando se sabe que el mundo nos ha abandonado.

Muertos, los otros no están separados pues aún giran alrededor de sus cadáveres.

Y conozco de qué manera los muertos giran alrededor de sus cadáveres desde hace exactamente treinta y tres Siglos durante los cuales mi Doble no ha dejado de girar.

Ahora bien, no existiendo comprendo lo que es.

Realmente estoy identificado con este Ser, con este Ser que dejó de existir.

Y este ser me reveló todo.

Lo sabía pero no podía decirlo y si ahora puedo es porque abandoné la realidad.

.....
.
El que habla es un verdadero Desesperado que sólo conoce la felicidad de estar en el mundo ahora que abandonó este mundo y que está absolutamente separado.

Muertos, los otros no están separados. Aún giran alrededor de sus cadáveres.

Yo no estoy muerto sino separado.”

Estas son sus últimas palabras antes de peregrinar por los sucesivos manicomios, son tan proféticas que parecen una sentencia, como si él mismo se condenara a esa “separación” aceptando el rechazo absoluto de la sociedad burguesa y encerrándose en la locura. Después podrá ser el Resucitado.

Hasta su liberación, el 25 de mayo de 1946, Artaud escribe distintos textos. Entre ellos: *A lire le texte.*; *Révolte contre la poésie.*; cuatro adaptaciones del inglés: *Le bébé de feu*, de R. Southwell, *Israfel*, de E. A. Poe, *Le chevalier mate-tapis*, adaptación de un poema de Lewis Carroll, y *L'Arve et l'Aume*, tentativa antigramatical contra Lewis Carroll. También en Rodez escribe, en marzo de 1943, *El rito del peyote entre los Taraumaras*, y, por último, sus cartas a Henri Parisot, escritas entre setiembre y diciembre de 1945, y publicadas con el título *Lettres de Rodez*, a las cuales se agregarán posteriormente dos nuevas cartas: *L'Evêque de Rodez* y otra sin título. En relación con las *Lettres de Rodez* se entabló una viva polémica entre el jefe del asilo, doctor Ferdière, y H. Parisot. Según este último el jefe del asilo se habría opuesto reiteradas veces a la publicación de dichas cartas aduciendo que debían eliminarse de ellas “todos los elementos enfermizos que contuvieran”, los cuales sólo podían satisfacer a “curiosidades mórbidas”.

El doctor Ferdière afirmó que gracias a los encargos de traducción que le hizo a Artaud, y a que lo obligaba (“il fallait le forcer à une réponse”) responder a las cartas que recibía, “la mano de Artaud” aprendió nuevamente a escribir. En las “Obras completas”, tomo IX, p. 264, en respuesta a esta afirmación, se dice: “Sin embargo, no pareciera que Antonin Artaud haya tenido necesidad de una dirección médica para *reaprender a escribir*: las cartas escritas en 1943, por ejemplo la del 29 de marzo al doctor Ferdière («La Tour de Feu», n° 63-64, diciembre de 1959) o la del 31 de abril al doctor Latrémolière («La Tour de Feu», n° 69, abril de 1961), contradicen absolutamente las opiniones concernientes a las cartas *llenas de fórmulas hechas*. Pero Artaud vivía en Rodez, bajo la autoridad de un médico jefe: necesitaba someterse al *arte-terapia* y ejecutar las tareas exigidas.”

El llamado arte-terapia era un método que el doctor Ferdière inventó y practicó con Antonin Artaud. Pero además le aplicó un gran número de electroshocks, los que deben agregarse a los aplicados en los anteriores asilos y, por supuesto, a la sospechosa suavidad del arte-terapia. Artaud grita y maldice abriendo un abismo entre sus gritos y la “ciencia”. En su carta del 29 de marzo de 1943, apenas llegado a Rodez, Artaud demuestra encontrarse en la plena posesión de su escritura. Se trata de una carta — como sostiene J-L. Brau— mucho más “cuerda” que las cartas de Rodez, con la diferencia de que al escribir estas últimas ya había pasado por los electroshocks que lo “devolvieron” a la poesía. En dicha carta afirma que “Todo poema es una liberación. A partir del momento de pensar todo es misterio, y mientras más se piensa más profundo es el misterio... Pues el mundo y las cosas, doctor Ferdière, no pueden comprenderse ni admitirse sin Dios, porque no son, mirándolo bien, sino misterio, y todo misterio, para ser, necesita de ese prolongamiento infinito que es Dios... Para comprender la propia vida es necesario buscarla en la fuente y devenir su propio creador.” Posteriormente dirá: “Me cago en las virtudes cristianas y

en aquello que las substituyen en los budas y los lamas, y siempre preferí este algo en que uno se raspa a sí mismo, en que se desolla la mofletudez, la saciedad, la hartura, el no va más de ser colmado, cebado, satisfecho, pero lo que más prefiero de todo es el culo de una puta en el que todo el mundo se ha limpiado y a quien le importa un carajo.” (citado por J–L. Brau en su *Biografía de Antonin Artaud*, éd. Anagrama, p. 170; el texto de Artaud pertenece a *Histoire entre la Groume et Dieu*.). El ateísmo de Artaud se inscribe en su materialismo absoluto, vale decir en una lucha y más allá de la lucha en otro terreno, el que ganó rehaciendo su cuerpo *sin espíritu* a partir del vacío. A esta sociedad burguesa que corta, separa, divide, porque su esencia es despedazar los seres humanos, Artaud le opone su enfermedad y su re–construcción, su proceso de hacerse otro “sin padre ni madre”.

Llegó a París el 26 de mayo de 1946 y murió en la misma ciudad el 4 de marzo de 1948. En poco menos de dos años escribió la parte fundamental de su obra, adquirió nuevos amigos, contrajo nuevos hábitos de vida, y, sobre todo, un estilo de trabajo donde desaparece la escisión entre vida y obra: escribir es lo mismo que vivir. Sus escritos dejan de ser el desarrollo lineal de un “género” y son un único acto donde se conjuga su vida total con la poesía, la filosofía, el grito, la biografía, el insulto, el panfleto, etc. En este período escribe constantemente y esto nos explica la magnitud de su producción. Dice Brau en el libro citado: “Artaud escribe incesantemente, en el metro, en el autobús... «Por incómoda que fuera su posición sacaba del bolsillo un cuadernito de colegial que siempre llevaba consigo, escribía o dibujaba» (Paule Thévenin). «Caída la noche, proseguía. Se le rompía el lápiz, continuaba con la madera, agujereando el papel. Escribía a lápiz sobre páginas ya escritas. Repasaba a tinta sobre el lápiz con caligrafías diferentes, según el estado de sus nervios» (Roger Blin)”. Hasta sus cartas estaban escritas como poemas y eran poemas

(basta leer la correspondencia relacionada con *Para terminar con él juicio de dios*).

Respecto a *Fragmentaciones* hay una nota en la revista *Les Temps Modernes*, nº 177, donde se dice que “El 22 de marzo de 1946 Antonin Artaud le escribió desde Espalion a Arthur Adanov: “Sí, la idea de publicar un librito en el Sagitario, con las *Mères á l’Etable*, el ensayo sobre Lautréamont y algunas notas, me encanta. Ya tengo un cierto número donde mucha gente podrá ver lejos. ¿Cuántas páginas le hacen falta? ¿quince? ¿con un pequeño prólogo? La semana próxima se las enviaré. Desearía llamar a ese libro *Pour le pauvre Popocatepel la Charité ésse vé pé*.”. Poco tiempo después Artaud envía un texto titulado *Fragmentos*, con la siguiente mención: “Estos fragmentos deben insertarse a continuación de las *Mères a l’Etable* y del ensayo sobre Lautréamont con el prefacio a la cabeza de todo el libro”. El proyecto no se realiza. Sólo algunos extractos del texto *Fragments* aparecieron en la revista “*l’Arche*” (nº 16, junio de 1946). Más tarde, cuando Artaud compone *Suppôts et Supplications* inserta estos textos en la primera parte de esta obra bajo el título general de *Fragmentations*. El título *Fragments* fue así cambiado por el de *Fragmentations*.

Para terminar con él juicio de dios fue escrito por Artaud apedido de Fernand Pouey para ser transmitido por la radiofrancesa. Artaud, M. Casares, R. Blin y P. Thévenin lo grabaron el 28 de noviembre de 1947, pero la emisión, programada para el 2 de febrero de 1948 fue prohibida por el director de la radio, Wladimir Porche, escandalizado por la virulencia del texto. Fernand Pouey logró que se formara una especie de tribunal (integrado, entre otras personalidades, por Cocteau, Eluard, René Char, Paulhan, Barrault, Jouvet, René Clair, Callois, etc.) encargado de dar su parecer sobre el poema. El fallo fue totalmente favorable pero, no obstante, el director de la Radio mantuvo su veto. Las “cartas” agregadas pos-

teriormente al texto al ser publicado por K editor, muestra cuál era la posición de Artaud en este asunto. La carta al sacerdote Laval (que había sido favorable a la emisión del poema diciendo: “Al fin he aquí el lenguaje verdadero de un hombre que sufre”) es ejemplar por el rigor con que Artaud plantea el problema de fondo de una manera radical, sin concesiones (lo corriente hubiera sido agradecerle al padre Laval su fallo favorable al poema): sostiene Artaud que la idea ha despojado al cuerpo, lo que equivale a decir, precisamente, que el cuerpo no es un espectáculo (lo ha dicho antes al expresar su deseo de

*“suprimir la idea,
la idea y su mito
y de hacer que en su lugar reine
la manifestación estruendosa
de esta explosiva necesidad:
dilatarse el cuerpo de mi noche interna”.*

Otto Hahn comenta este texto así: “Es el fin de la cultura como perspectiva privilegiada. Artaud después de Rodez ya no cree en los sistemas, en las posiciones intelectuales, en las manifestaciones virtuales. Ya no cree en el teatro, donde todas las relaciones están falseadas. La «revuelta interior vendrá—le escribe a Breton—, pero no vendrá del teatro, pues por sincero que este sea, los escenarios con un público delante hacen del hombre más desinteresado un *actorzuelo*». Él, que quería suscitar trances, decide vivirlos: el teatro no es sino la vida, y la vida es un espectáculo sin explicación ni justificación”, en *Portrait d'Antonin Artaud*, p. 109). La crítica del concepto de espectáculo es su fundamental fin, pero del teatro como estructura constituyente de una sociedad a la que se despoja de sentido para trasladarlo a una presencia a sí trascendente.

Transcribimos, por su importancia, un texto de G. Bataille sobre este período de la vida de Artaud:

“Conocí a Antonin Artaud, en cierta medida, desde los primeros tiempos. Lo encontré junto a Fraenkel en un bar de la calle Pigalle. Era hermoso, descarnado y sombrío. El teatro le producía dinero como para vivir bien, pero no por eso su aspecto era menos famélico. Nunca se reía, ni estaba pueril, e incluso aunque hablaba poco había algo patéticamente elocuente en su silencio grave y terriblemente enervado. Estaba calmo, su elocuencia muda no era convulsiva sino, por el contrario, triste, abatida, interiormente atormentada. Parecía un pájaro rapaz, huraño, de plumaje terroso, concentrado en el instante de levantar vuelo, pero detenido en esa posición. Lo describí silencioso, pero debo decir que Fraenkel y yo éramos entonces los personajes menos locuaces que se puedan imaginar: eso podía ser contagioso, pero de cualquier manera no incitaba a la conversación.

Artaud le describía a Fraenkel sus estados nerviosos. Se drogaba, sufría, y Fraenkel se esforzaba por tomarle soportable la vida. Fraenkel y Artaud conversaban aparte, después guardábamos silencio. De esta manera nos conocimos bastante bien sin habernos hablado nunca.

Diez años después, al atardecer, lo encontré en la esquina de la calle Madame y Vaugirard: me apretó la mano con energía. En ese tiempo yo me esforzaba por realizar una actividad política. Bruscamente me dijo: «Sé que usted ha realizado hermosas cosas. ¡Créame, tendríamos que hacer un fascismo mexicano!» Y se marchó sin agregar nada.

El encuentro me produjo, en parte, un sentimiento desagradable: me espantó, pero no sin producirme una extraña impresión de acuerdo.

Años antes había asistido a una conferencia que pronunció en la Sorbona (al término de la cual no fui a saludarlo). Hablaba de arte teatral y, en la semisomnolencia en que lo escuchaba, repentinamente lo vi levantarse: comprendí su intención, había resuelto volvernos sensible el

alma de Thyesteal comprender que digiere a sus propios hijos. Ante un público burgués (casi no había estudiantes) se agarró el vientre con las dos manos y lanzó el grito más inhumano que jamás haya salido de la garganta de un hombre: esto produjo un malestar semejante al que hubiéramos experimentado si uno de nuestros amigos hubiera cedido repentinamente al delirio. Producía angustia (tal vez la angustia fuera mayor por el hecho de ser representado).

Oportunamente me enteré del final de su viaje a Irlanda, el que concluyó con su internación. Podría decir que no lo quería... y sin embargo sentía que se golpeaba o se aplastaba mi sombra. Sentía el corazón oprimido. Después dejé de pensar en él.

Lo volví a ver a Artaud, después de su regreso de Rodez, en la terraza de *Deux-Magots*. No me reconoció y, por mi parte, no traté de hacerme reconocer. Estaba en un estado de decrepitud tan grande que espantaba; uno de los hombres más viejos que he visto. No pude leer sin un sentimiento desgarrante algunos de los escritos que fueron publicados entonces. Creo que todas las cosas que se hicieron en esa época fueron hechas de la mejor manera posible, pero pese a todo había allí algo que a mis ojos era atroz, atroz e inevitable. Poco tiempo antes Henri Parisot me mostró un largo telegrama, indignado y grandilocuente, del doctor Perdiere, prohibiendo la publicación de las cartas que fueron publicadas con el título de *Lettres de Rodez*. Parisot carecía de términos lo suficientemente violentos para denunciar la actitud del médico-jefe del asilo de Rodez. Yo estaba de acuerdo: era necesario dejar las prevenciones de lado pues la publicación del libro debía aportarle un poco de dinero, ayudar a un desgraciado a vivir. Sin embargo ¿cómo no sentirse inquieto, en principio, ante la idea de publicar los escritos de un loco, que podía curar y en este caso dichos escritos testimoniarían su locura? Podía pensarse que Artaud estaba por sobre las categorías de la razón y de la locura. ¿Pero algo es alguna vez tan claro? ¿El olvido no sería la condición de una cura

verdadera? De cualquier forma las injurias que generalmente recayeron sobre el doctor Ferdière me parecieron muy penosas. Por parte de Artaud eran fáciles de comprender: Ferdière lo había curado recurriendo a los electroshocks, y el paciente muchas veces había estado en desacuerdo con las decisiones de su médico. ¿Pero los amigos de Artaud deberían creer que estaba constreñido a hacerlo? Conocí a Ferdière y creo que a pesar suyo podía ser muy exasperante para sus enfermos. Era un hombre gentil, como lo son muchas veces los anarquistas, ahogándose en un verbalismo arrogante, algo estridente, que terminaba por gravitar sobre los nervios. Debió hacer lo que consideraba mejor, y si pueden atribuírsele errores (pero nunca nadie lo sabrá, salvo él, y hay que pensar que nunca lo hubiera hecho de saber que estaba equivocado) lo cierto es que mejoró mucho el estado de Artaud. Sin Ferdière, a pesar del telegrama descontrolado del cual hablé, no habrían aparecido esos gritos sofocantes que son como los últimos resplandores en el atardecer del surrealismo en ruinas y que no han dejado de testimoniar sobre un aspecto desorbitado y prodigioso de ese movimiento.

Lo que esos escritos poseen de singular se debe a la conmoción y a la superación brutal de los límites habituales, al cruellirismo suprimiendo sus propios efectos, no tolerando aquello a lo cual le da la expresión más segura. Maurice Blanchot ha citado (1946) esta frase de Artaud: «Comencé en la literatura escribiendo libros para decir que no podía escribir nada en absoluto. Cuando tenía algo que escribir, mi pensamiento era lo que más se me negaba. Nunca tenía ideas y dos libros muy cortos, cada uno de sesenta páginas, ruedan por esta profunda, inveterada, endémica ausencia de toda idea...» Maurice Blanchot, comentando estas líneas, escribía: «Ante semejantes palabras no sabemos qué podríamos agregar, puesto que poseen la franqueza del cuchillo y superan en clarividencia todo lo que un escritor haya podido alguna vez escribir sobre sí, mostrando la lucidez de una mente que para devenir libre ha sufrido la prueba de lo

Maravilloso». Para mí esta última frase de Maurice Blanchot me parece el epílogo exacto de la aventura surrealista en su conjunto, considerada desde el momento en que comenzó a balbucear sus ambiciones. Creo que Maurice Blanchot tiene razón de implicar en esas palabras el principio mismo de un movimiento que la mayor parte de las veces evitó el escollo y el naufragio espectacular que los últimos años de Antonin Artaud ofrecen a nuestros ojos bajo un resplandor de desastre.

La agitación de Artaud, además, no fue menos significativa al alba que a lo que yo creo fue el crepúsculo del surrealismo. Según mi conocimiento es Antonin Artaud quien redacta lo esencial de esta declaración del 27 de febrero de 1925, la que tal vez no sea la expresión más destacable del surrealismo naciente, pero que conserva el sentido de haber sido el primer texto que me fue comunicado (por Leiris, a su regreso del Mediodía, y en circunstancias que ya relaté) y de haber sido la ocasión de un acuerdo que me imaginaba completo pero que, en verdad, se debía a un malentendido.

Maurice Nadau reproduce dicha declaración en los *Documents surréalistes* (p. 42), y yo reproduzco el segundo párrafo:

“El surrealismo no es un nuevo o más fácil medio de expresión ni, incluso, una metafísica de la poesía; Es un medio de liberación total del espíritu y de todo lo que se le parece”.

El noveno párrafo decía lo siguiente:

“(El surrealismo) es un grito del espíritu que regresa a sí mismo decidido a pulverizar desesperadamente sus cadenas”.

Leí esta declaración en una mesa de café, en el gran desorden de espíritu y la letargia en que me sobrevivía *penosamente*. Hoy, incluso a la primer lectura, tengo la misma reacción que la primera vez, entiendo aún como si hubiera leído, “... del espíritu que se vuelve *contra sí...*” Incluso advertido, me engaño, tan grande ha permanecido mi *odio* hacia el espíritu, no sólo de la inteligencia y de la razón, sino de la entidad mayúscula que

opone sus nubes a lo que está atado suciamente. De la misma forma había leído “*liberación del espíritu*” como si se tratara de ser “*librado del mal*”. Por otra parte tal vez sólo me equivoqué a medias y esta sea la razón por la cual hablo con todo derecho de Artaud, quien si bien en 1925 escribía lo que precede, en 1946 escribía: “... y el aioli te contempla, espíritu!...” Pero finalmente esto está demasiado abierto, demasiado vacío, demasiado semejante al ruido que se extingue decididamente y por último ya no se escucha”.

Tal vez lo fundamental sea la experiencia atea de la locura realizada por Artaud, no de la locura allí, como una piedra o una garrapata sorbiendo a uno de esos miserables que padecen en los manicomios todo el peso de la *cultura* de los otros sino adentro, literalmente estar loco. ¿Para qué —se dirá— tener esa experiencia si yo soy la verdad, si el mundo es este mundo? Se vuelve siempre a lo mismo: ¿por qué no incluir junto a los hombres “*de la verdad*” a los locos? Hemos construido un murallón para detener la avalancha de materia *inorgánica, orgánica, psíquica*, que nos sacude con descargas de piedras, mares, ojos y gritos. Pero ¿qué pasaría si nos dejáramos romper y arrasar? Seamos simples: esa es la imposibilidad del yo (ese “*gendarme*”, ese “*general*”, ese “*capitalista*” investido con todos los atributos del sistema), porque si suprimimos el yo ¿qué queda? El lenguaje hablando solo, la risa riéndose sola, el cuerpo devastado con descargas eléctricas hasta pulverizarlo, Artaud loco.

Pero debemos tener cuidado, porque a la burguesía le gusta convertir todo en su espectáculo, decir “*los artistas son locos*”, y después, una vez inmunizados, vienen las procesiones a contemplarlos detrás de los barrotes como si fueran monos “*cabizbajos, desdentados, babosos*”. En este plano es la burguesía la que está loca, los locos son los cuerdos, y más aún: la poesía “*loca*” de Artaud “*loco*” es.

En todo caso alguien ya señaló aquí una fisura no tan pequeña atravesando el cuerpo social, digamos como una herida abierta (¿cómo

suturar eso?). No el misterio sino el absurdo en carne viva: esta sociedad que se cree la razón es menos que una partícula de polvo flotando sobre el estallido de un volcán demencial. Todo (*labios, dedos, voces*) está pegoteado con mierda, pero no una mierda abstracta, sino mierda. En otras palabras ¿qué sucede cuando el corte se hace justo en la yugular del “yo”, en esa especie de resumidero, y se reivindica el cuerpo, la materia, el mal, el *no-yo*? ¡Como! ¿Y qué ponemos allí, en el hueco que queda en lugar del quien en el quién habla o piensa, allí donde el pensar es pensado por el pensar y el habla es quien habla? Tal es, sin duda, la experiencia de Artaud en su propia carne: la desaparición radical del yo de Artaud, su extinción a mano de su quiste, de eso podrido que pudre todo. Por eso habla de un nuevo cuerpo, de una nueva —vieja— cultura unitaria, y el grito o *pedana na komec tau dedana tau komev na dedanu na komev* surge de la garganta-volcán del hombre estrangulado por la burguesía. “*Todo órgano es un parásito*”, “*La realidad no está aún construida porque los órganos verdaderos del cuerpo humano no fueron todavía creados*”. Su cuerpo sin cabeza, sin brazos, sin pene, sin hígado, sin Saber Absoluto, sin eje, átomos que piensan y se horrorizan de otros átomos cuyos gritos pueden enloquecemos. La locura es un esfínter que descarga mierda. En la muralla de un dique con inmensas cantidades de mierda se abrió una fisura por donde estallará la civilización de la mierda. Artaud hizo en vida, en carne y huesos, en sensibilidad, su revolución (*¿cómo llamarla?*) y lo dijo, las palabras lo usaron para salir, pobres, obscenas, deslumbrantes, hirientes, podridas, tripas de palabras, palabras que volvían al sonido y renacían del sonido, del bramido, del hipo agónico de ese puñado de carne haciéndose en otro cuerpo ante nuestros ojos de espectadores.

Artaud, *la locura*, dice que debemos dejar de ser espectadores y que para eso hay que arrancar el trozo podrido, el “yo”, y que toda su guerra individual es una guerra social, que adentro, en arterias, en tendones y glándulas, transcurren carnicerías tan grandes como las de afuera, y que en

su nuevo estado no hay adentro ni afuera, por eso agregamos, como dice Bataille, que *son hombres de la verdad, que en ellos la verdad habla*. No se trata, por otra parte, de “salvar” a Artaud de la locura, ya sea afirmándola o negándola, sino de un espacio donde los llamados locos y los llamados cuerdos deben destruirse para rehacerse distintos. Paule Thévenin, resistiéndose al enjuague que quieren hacer con Artaud algunos personajes, dice con claridad: *“La obra de Artaud trastorna. Trastorna porque destruye por su base todo un sistema de referencias, porque corroe la cultura específicamente occidental y se dedica a atacar el pensamiento y la sociedad pequeñoburguesa. Pensamiento que se defiende declarando insensatos, privados de sentido y por consiguiente incomprensibles, sus últimos textos. Sociedad que busca preservarse y mantenerse relegándolos al catálogo de las obras de alienados después de haber tenido la precaución de encerrarlo, a él, durante nueve años en asilos para poder así decirle loco cómodamente”*. Se sabe que *“la estructura fundamental de la locura está inscrita en la naturaleza misma del hombre”*, que nuestra sociedad nunca se ha pensado más profundamente que en sus locos, ¿entonces?...

Alberto Drazul

Esta compilación fue llevada a cabo entre los meses de septiembre y octubre del año 2012 en la ciudad de Valparaíso.



